

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5407768045

LEON TOLSTOY

RECUERDOS  
DE MI INFANCIA

CBV

6-79

RECUERDOS DE MI INFANCIA

Reg. Ed (CBV)-46.277



## OBRAS PUBLICADAS

EN LA

## COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

POR EL

## CONDE LEON TOLSTOY

La Sonata de Kreutzer.  
Marido y mujer.  
Dos generaciones.  
El Ahorcado.  
El Principe Nekhli.  
En el Cáucaso.  
La Muerte.  
El Sitio de Sebastopol.  
Los Cosacos.  
Iván el Imbécil.

El Canto del Cisne.  
El Camino de la vida.  
Placeres viciosos.  
El Dinero y el trabajo.  
El Trabajo.  
Mi confesión.  
Los Hambrientos.  
¿Qué hacer?  
Lo que debe hacerse.  
Recuerdos de mi infancia.

---

## LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

### AÑO V

Escrita por BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELLAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZAN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PI Y MARGALL, THEBUSSEM y VALERA. La parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTÚ, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUDET, DOŠTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHPIN, TOLSTOY, TURGUENEV y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 *pesetas*; un año, 30 *pesetas*.—  
En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 *francos*, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir de los meses de Enero y Julio de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

## RECUERDOS DE MI INFANCIA

---

### I

**Nuestro preceptor Karl Ivanovitch.**

**E**l 12 de Agosto de 18..., precisamente el día siguiente al en que había cumplido diez años y recibido regalos muy bonitos, Karl Ivanovitch me despertó á las siete de la mañana, matando una mosca por encima de mi cabeza con un mosquero de papel de pilón de azúcar, atado á la punta de un palo. Se las había arreglado tan torpemente, que rompió



la imagen del ángel de mi guarda, colgada á la cabecera de mi cama de roble, y que la mosca muerta cayó sobre mi cabeza. Saqué la nariz de debajo de la cubierta, paré con la mano la estampa que seguía balanceándose, tiré la mosca muerta al suelo y me puse á mirar á Karl Ivanovitch con ojos adormilados, pero irritados. Karl Ivanovitch, envuelto en su bata de bayeta á ramos, sujeta con un cinturón de la misma tela, tocado con un gorro de punto rojo con borla, y calzado con botas anchas de piel de carnero, seguía tranquilamente mirando y golpeando á lo largo de la pared.

«Es verdad, pensaba yo, que soy un niño; ¿pero por qué me molesta? ¿Por qué no va á matar moscas por encima de la cama de Volodia? ¡Sin embargo, no faltan allí! Pero Volodia es mayor que yo; yo soy el más pequeño de todos, y por eso me ator-

menta. Se pasa la vida, murmuré á media voz, buscando lo que pueda desagradarme. Ve muy bien que me ha despertado y que me ha asustado; pero hace como que no lo nota... ¡El mal hombre! ¡Y bien feo que está con su bata, y su gorro, y su borla!»

Mientras que yo desahogaba así interiormente mi despecho contra Karl Ivanovitch, éste se acercó á mi cama, miró su reloj, que estaba colgado en una relojera bordada de perlas, colgó el mosquero de un clavo, y se volvió hacia nosotros con aire de buen humor.

—¡Vamos, niños, vamos! Ya es tiempo de levantarse. Mamá está ya en el salón — gritó con su acento alemán.

Se sentó á los pies de mi cama y sacó del bolsillo la tabaquera. Yo hacía como que dormía. Karl Ivanovitch comenzó por tomar un polvo, luego se limpió la nariz y sacudió los

dedos, y sólo entonces se ocupó de mí. Se puso á hacerme cosquillas en la planta de los pies, riéndose y diciendo:

—¡Vamos, vamos, perezoso!

Me daban mucho miedo las cosquillas, y, sin embargo, ni salté de la cama ni contesté. Metí la cabeza bajo la almohada, di patadas con todas mis fuerzas, y me contuve para no reirme.

«¡Qué bueno es y cuánto nos quiere! ¿Cómo he podido pensar mal de él?»

Estaba disgustado conmigo y con Karl Ivanovitch; tenía á la vez ganas de reir y de llorar; estaba muy nervioso.

—¡Déjeme V., Karl Ivanovitch!— grité yo con los ojos llenos de lágrimas, sacando la cabeza de debajo de la almohada.

Karl Ivanovitch, sorprendido, dejó tranquilos mis pies y me preguntó



con inquietud qué me pasaba, si había tenido algún mal sueño. Su bondadosa cara alemana, y la solicitud con que trataba de adivinar el motivo de mis lágrimas, hicieron correr éstas aún con más abundancia. Tenía yo remordimientos, y no comprendía cómo un minuto antes había podido no querer á Karl Ivanovitch y encontrar horribles su bata, su gorro y su borla. Al presente, al contrario, todo esto me parecía encantador, y la borla hasta me parecía una prueba evidente de la bondad de Karl Ivanovitch.

Le dije que lloraba porque había tenido un mal sueño: había soñado que mamá había muerto y que iban á enterrarla. Inventaba, porque no me acordaba nada de lo que había soñado aquella noche; pero cuando Karl Ivanovitch, conmovido por mi relato, se puso á consolarme y á tranquilizarme, me pareció que efectiva-

mente había tenido aquel espantoso sueño, y esto fué un nuevo motivo de llanto.

Cuando se fué Karl Ivanovitch y me hube levantado, ocupado en ponerme las medias, se apaciguaron algo mis lágrimas, pero no me abandonaban los sombríos pensamientos despertados por el sueño que había inventado.

Entró Kolia. Era un hombrecillo muy limpio, siempre serio, puntual, respetuoso, gran amigo de Karl Ivanovitch. Traía nuestros trajes y nuestros calzados: botas para Volodia, y para mí zapatos nuevos con cintas. No me habría atrevido á llorar delante de él. Además el sol de la mañana entraba alegremente por la ventana, y Volodia, delante de su jofaina, remedaba á María Ivanovna, el aya de nuestra hermana, riendo con tanta gana, que Kolia mismo, la toalla al hombro, el jabón en una

mano y el jarro del agua en la otra, sonreía diciendo:

—Vamos, Wladimiro Petrovitch, ¿quiere V. lavarse?

Toda mi tristeza desapareció.

—¿Están Vds. dispuestos?—gritó Karl Ivanovitch desde el fondo de la clase.

Su voz era severa y no llegaba hasta la expresión de bondad que me había conmovido hasta el llanto. En clase, Karl Ivanovitch era otro hombre: ya no era más que preceptor. Me vestí de prisa, me lavé y acudí, llevando todavía el cepillo con que alisaba mis cabellos húmedos.

Karl Ivanovitch, con sus gafas sobre la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio de costumbre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos mesitas: la de los niños (la nuestra), y *la suya*, la de Karl Ivanovitch. Sobre la nuestra se encontraban todas



especies de libros, de clase y no de clase, los unos de pie, los otros tendidos. Los únicos apoyados correctamente contra la pared eran dos gruesos volúmenes de la *Historia de los Viajes*, encuadernados en rojo. Venían después libros grandes y pequeños, gruesos y delgados, tapas sin libros y libros sin tapas, todo amontonado no importa cómo, cuando se nos ordenaba, antes del asueto, arreglar la «biblioteca»: así es cómo Karl Ivanovitch llamaba pomposamente á la mesita. En cuanto á los libros *suyos*, si la colección era menos numerosa que la nuestra, era aún más variada. Me acuerdo de tres: un folleto alemán, sin encuadernar, sobre el abono que conviene á las coles; un volumen encuadernado en pergamino (tenía una punta quemada), sobre la guerra de Siete Años, y un curso completo de hidrostática. Karl Ivanovitch pasaba una gran parte del tiempo en

leer, hasta el punto de gastarse los ojos; pero fuera de los libros de la mesita y de *La Abeja del Norte*, no leía nada.

Uno de los objetos que había en la mesa de Karl Ivanovitch me ha quedado muy especialmente en la memoria. Era un redondel de cartón movable, montado sobre un pie de madera. En el redondel había pegada una caricatura representando á una señora y á un peluquero. Karl Ivanovitch era muy hábil para jugar, y él era el que había inventado y fabricado aquel redondel, con objeto de resguardar sus ojos malos de la luz.

Todavía veo delante de mí su larga figura, con la bata de bayeta y el gorro, de donde se escapaban escasos cabellos blancos. Está sentado al lado de una mesita sobre la cual está colocado el redondel de cartón con el peluquero: el redondel proyecta una sombra sobre su rostro; una de sus

manos tiene un libro, la otra descansa en el brazo del sillón; á su lado, su reloj en cuya esfera hay dibujado un cazador, su pañuelo á cuadros, su tabaquera negra y redonda, la caja verde de los anteojos y las despabiladeras en su platillo. Todo esto tan bien arreglado, tan bien ordenado, que basta verlo para adivinar que Karl Ivanovitch tiene la conciencia pura y el alma en paz.

A veces, cansados de correr abajo, por la sala, subíamos de puntillas y nos acercábamos dulcemente á mirar en la clase: Karl Ivanovitch estaba solo, sentado en su sillón y leyendo uno de sus libros favoritos con expresión apacible y solemne. Yo le sorprendía algunas veces no leyendo; sus anteojos se habían resbalado hacia la punta de su gran nariz; sus ojos, medio cerrados, miraban con una expresión particular y sus labios sonreían tristemente. En la habitación silenciosa no



se oía más que el ruido desigual de su respiración y el tic-tac del reloj del cazador.

Sucedíale que no notaba que yo estaba allí, y yo seguía en la puerta y pensaba: ¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos numerosos, nosotros jugamos, nosotros nos divertimos, y él está completamente solo y nadie le mima. A la verdad, dice que es huérfano. ¡Y qué terrible es su historia! Recuerdo que un día se la contó á Kolia. ¡Es horrible estar en su situación! Me daba tanta lástima, que me acercaba á él y le cogía la mano, diciéndole: «¡Mi querido Karl Ivanovitch!» A él le gustaba esto; nunca dejaba de acariciarme y se veía que estaba conmovido.

En la segunda pared de la clase habia colgados mapas, casi todos desgarrados, pero diestramente pegados por Karl Ivanovitch. En la tercera pared, aquella en que estaba la puer-

ta, había colgadas, á un lado, dos reglas: una toda mellada, la nuestra; la otra completamente nueva, la suya, que servía menos para trazar líneas que para estimularnos. Al otro lado de la puerta había un cuadro negro, en el que eran señaladas nuestras grandes faltas con círculos y las pequeñas con cruces. A la izquierda del cuadro, el rincón donde se nos ponía en penitencia, de rodillas.

¡Cómo me acuerdo de aquel rincón! Recuerdo la puerta de la estufa y la puertecilla que había en la puerta, y el ruido que hacía cuando se la tocaba. A veces estaba en el rincón tanto tiempo, que me dolían la espalda y las rodillas. Y me decía: «Me ha olvidado Karl Ivanovitch. El está tranquilamente sentado en un buen sillón y lee su hidrostática... ¿y yo?» Entonces, para hacerle pensar en mí, abría y cerraba muy dulcemente la puertecilla de la estufa, ó hacía caer pedazos de

yeso de la pared. Si por casualidad el pedazo era demasiado grande y hacía mucho ruido al caer, mi miedo era peor que toda mi penitencia. Miraba en seguida del lado de Karl Ivanovitch: no se movía; seguía con el libro y parecía no haber notado nada.

En medio de la habitación había una mesa cubierta con un hule negro, cuyos agujeros dejaban ver los bordes llenos de cortes hechos con navaja. Alrededor de la mesa, algunos esca- beles de madera sin pintar, pulimentados por un largo uso. La cuarta pared estaba ocupada por tres ventanas. He aquí lo que se veía por ellas. Abajo, en frente, un camino en el que no había un bache que yo no conociera, ni un guijarro que no amara. Al otro lado del camino, la calle de tilos recortados y su empalizada; después, la pradera, bardeada de un lado por la cerca, del otro por el bosque; á lo lejos, la casilla del guarda. Por la ven-



tana de la derecha se veía un extremo de la terraza donde las personas mayores iban á sentarse esperando la comida. Me ocurría mirar de este lado, mientras que Karl Ivanovitch me corregía mi dictado, y ver los cabellos negros de mamá, después una espalda y oír un ruido confuso de voces y de rezos. Me disgustaba mucho no estar allá abajo, y pensaba: «Cuando sea grande, ya no daré lecciones; en vez de aprender diálogos alemanes, me pasaré todo el tiempo sentado con los que amo.» Mi despecho se cambiaba en tristeza, y me quedaba tan absorto (Dios sabe por qué y en qué pensaba), que no oía á Karl Ivanovitch reprenderme por mis faltas de ortografía.

Karl Ivanovitch se quitó la bata, se puso una levita azul llena de pliegues en los hombros, se arregló la corbata delante de un espejo y nos llevó abajo á dar los buenos días á mamá.

## II

**Mamá.**

Mamá estaba sentada en el salón y hacia el té. Con una mano cogía la tetera, con la otra el grifo del samovar. La tetera desbordaba y el agua corría al platillo; pero aunque mamá mirase fijamente la tetera, no lo notaba, ni tampoco nos vió entrar.

Cuando se trata de representarse los rasgos de un ser amado, surgen á la vez tantos recuerdos, que turban la vista como lo harían las lágrimas. Son las lágrimas del alma. Cuando trato de recordar á mamá tal como era en aquel tiempo, no veo más que sus ojos oscuros, expresando invaria-

blemente la bondad y el afecto, el lunar de su mejilla, un poco más abajo del sitio donde se rizaban algunos mechoncillos de pelos, su cuello blanco bordado, su mano delicada y delgada, que me acariciaba tan á menudo y que tan á menudo besaba yo: el conjunto se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano inglés de cola. Delante del piano, una niña morena, mi hermana Lioubotchka, estudiaba un ejercicio de Clemente con sus deditos rojos, recién lavados con agua fría. Tenía once años; llevaba una falda corta de guingan y pantalones bordados, y aún no alcanzaba la octava. Junto á ella, un poco de lado, estaba sentada su aya. María Ivanovna, con su cofia con cintas de color de rosa, su casaca azul celeste y su rostro encarnado ó irritado, que tomó una expresión aún más agria desde que apareció Karl Ivanovitch. Le lanzó miradas amena-



zadoras, y sin contestar á su saludo, alzando la voz y acentuando el tono de mando, siguió marcando el compás con el pie: una, dos, tres; una, dos, tres.

Karl Ivanovitch, según su costumbre, no puso ninguna atención en ella y fué en derechura á besar la mano á mamá, á la alemana. Mamá salió de su meditación, sacudió la cabeza como para arrojar ideas tristes, dió la mano á Karl Ivanovitch y lo besó en su arrugada frente mientras que él la besaba en la mano.

—Gracias, mi querido Karl Ivanovitch—dijo en alemán.—¿Han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo de un oído, y en aquel momento no oía nada absolutamente á causa del piano. Se encorvó aún más hacia el diván, un pie en el aire y una mano apoyada en la mesa, se levantó el gorro y dijo con una sonrisa que en

aquel tiempo me parecía la quinta-esencia de las buenas maneras:

—¿Me permite V., Natalia Nicolaievna?

Karl Ivanovitch no se separaba nunca de su gorro por miedo á que se le enfriara la calva cabeza, pero nunca dejaba, al entrar en el salón, de pedir permiso para conservarlo.

—Consérvelo, consérvelo... Le pregunto á V.—dijo mamá, volviéndose hacia él y alzando la voz—si han dormido bien los niños.

Tampoco oyó, y sonrió aún más graciosamente, volviéndose á poner el gorro.

—Paren Vds. un instante, Mimi—dijo mamá á María Ivanovna con una sonrisa—no se oye.

Cuando mamá sonreía—era muy linda mamá—se ponía aún más linda, y se habría dicho que la alegría se esparcía en derredor suyo. Si yo pudiera entrever, solamente entrever,

aquella sonrisa en los momentos difíciles de la vida, no sabría lo que son penas. Me parece que lo que se llama la belleza reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es bello; si no lo cambia, es que el rostro es ordinario; si lo afea, es que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó á atrás y me miró atentamente.

—¿Has llorado?

—No contesté. Me besó en los ojos y dijo en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre del alemán, que sabía muy bien.

Me acordé del sueño que había inventado, con todos sus detalles, y me estremecí involuntariamente.

—He llorado soñando, mamá.

Karl Ivanovitch confirmó mi dicho,



pero guardó silencio acerca de m sueño. Después de una ligera conversación sobre el tiempo, en la cual tomó parte Mimi, mamá puso en el platillo seis pedazos de azúcar destinados á los criados importantes, se levantó y se dirigió á su bastidor de bordar, colocado junto á la ventana.

—Niños, id á buscar á papá y decidle que no se olvide de venir á verme antes de irse al cercado.

Comenzaron otra vez el piano, los *una, dos, tres*, y las miradas amenazadoras. Cruzamos una habitación que había conservado desde el tiempo de mi abuelo el nombre de *sala de los oficiales*, y entramos en el despacho de papá.

### III

#### Papá.

Estaba de pie junto á su mesa señalando con un gesto papeles y montoncitos de dinero y explicando algo, con mucho calor, á nuestro intendente Jacob Mikhaïlof. Este, de pie en su sitio ordinario, entre la puerta y el barómetro, tenía las manos á la espalda y movía los dedos con extrema rapidez.

Cuanto más se calentaba papá, más deprisa se movían los dedos, y cuando papá se callaba, los dedos se paraban; pero así que Jacob se ponía á hablar, había en sus manos movimientos desordenados y sobresaltos extraordina-

rios. Creo que se habría podido adivinar sus pensamientos mirando sus dedos. En cuanto á su rostro, estaba impasible. Se leía en él la conciencia de su valer, junto á ese aspecto de sumisión que parece decir: «Yo soy quien tiene razón; por lo demás, haré lo que V. quiera.»

Al vernos, papá se contentó con decir:

—Dentro de un instante... voy en seguida.

Y nos hizo señas con la cabeza, de cerrar la puerta.

—¡Buen Dios! ¿Qué tienes hoy, Jacob? —continuó.— Recibirás mil rublos del molino, ocho mil por las hipotecas; venderás por tres mil rublos de heno. ¿Te hará esto, si ó no, doce mil rublos?

—Sí, ciertamente—respondió Jacob.

En la agitación de sus dedos vi que iba á hacer objeciones, pero papá no le dejó tiempo.



—Mira, aquí tienes un sobre con el dinero dentro. Envíalo á sus señas.

Yo estaba junto á la mesa. Eché una ojeada al sobre y leí: Para Karl Ivanovitch Mayer.

Papá notó, sin duda, que yo leía lo que no me importaba, porque me puso la mano en el hombro y me indicó con una ligera presión la dirección opuesta á la mesa. No estando seguro de que aquello no fuera una caricia, besé, por lo que pudiera ser, la gruesa mano surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien—dijo Jacob.—¿Y del dinero de Khabarovka?

Khabarovka era la propiedad de mamá.

—No lo tocarás sin orden mía.

Jacob se calló algunos segundos. De pronto sus dedos se movieron con un redoble de rapidez; su aire de sumisión estúpida dejó lugar á una expresión de astucia y comenzó en estos términos:

—Permítame V., Pedro Alejandro-vitch; temo que nuestros cálculos no sean justos.

Se calló un instante y miró á papá con aire profundo.

—¿Por qué?

—Permítame V. El molinero ha venido ya dos veces para pedirme tiempo. Jura que no tiene dinero. Ahí está; ¿quiere V. hablarle? (Papá hizo señal que no.) En cuanto á las hipotecas, no tomará V. nada antes de dos meses, como se lo había dicho. El heno... V. mismo acaba de decir que se sacaría de él acaso tres mil rublos...

Le interrumpió. Sus ojos decían: «V. mismo lo ve. ¿Qué son tres mil rublos?»

Era visible que tenía una multitud de argumentos en reserva; acaso por esto se apresuró papá á cortarle la palabra.

—Será como te he dicho. Sin embargo, si el dinero no ingresara en

seguida, tomarás el de Khabarovka.

—Está bien.

El rostro y los dedos de Jacob expresaron una viva satisfacción.

Jacob era siervo. Era un hombre muy celoso y muy adicto. Como todos los buenos intendentes, tomaba con calor los intereses de su amo, sobre los cuales tenía las nociones más extrañas. Su idea fija era enriquecer al señor á expensas de la señora, demostrando la necesidad de gastar todas las rentas de la señora para Petrovska, la casa de campo que habitábamos. En aquel momento se le notaba la satisfacción de haberlo conseguido. Después de habernos saludado, papá nos declaró que llevábamos en el campo una vida de perezosos, que nos hacíamos grandes y que ya era tiempo de trabajar seriamente.

—Creo que sabéis ya que voy á Moscú y que os llevo conmigo—prosiguió. — Viviréis en casa de vuestra



abuela, y mamá se quedará aquí con los pequeños. No olvidéis que su único consuelo será saber que trabajáis bien y que están contentos de vosotros.

Aunque esperáramos algo extraordinario á causa de los preparativos que veíamos hacía ya muchos días, aquella noticia fué un cañonazo. Volodia enrojeció, y su voz temblaba al hacer el encargo de mamá.

«¡He aquí lo que me anunciaba mi sueño! pensé. ¡Quiera Dios que no suceda algo peor!»

Yo tenía mucha, mucha pena por mamá, y al mismo tiempo el pensamiento de que comenzábamos realmente á ser grandes me halagaba.

«Si nos vamos esta noche, pensé, con seguridad que hoy no tendremos clase. ¡Qué felicidad! Sin embargo, estoy disgustado por Karl Ivanovitch; de otro modo, no habría aquí este sobre para él... Preferiría dar lecciones toda mi vida, no dejar á mamita y no

disgustar á ese pobre Karl Ivanovitch. ¡Es ya tan desgraciado!»

Todos estos pensamientos cruzaban por mi cabeza. No me movía y miraba fijamente las cintas de mis zapatos.

Papá cambió algunas palabras con Karl Ivanovitch sobre el barómetro, que había bajado. Recomendó á Jacob que no diera de comer á los perros, porque quería salir por última vez, después de comer, con los galguitos, y nos envió á trabajar, contra lo que yo esperaba; sin embargo, nos prometió, para consolarnos, llevarnos á la cacería.

Al tomar otra vez el camino del primer piso, me escapé un instante, corriendo por la terraza. Milka, el lebel favorito de papá, estaba tendido al sol, delante de la puerta, entornados los ojos.

—Milkita—le dije acariciándolo y dándole un beso en el hocico — nos

vamos. ¡Adiós! Ya no nos veremos más.

Me enternecí y eché á llorar.

#### IV

##### En clase.

Karl Ivanovitch estaba de muy mal humor. Se veía en sus cejas fruncidas, en la manera como echó su levita sobre la cómoda, en el aire furioso con que se ató el cinturón de su bata é hizo una profunda señal con la uña en el libro de los diálogos alemanes, para indicar hasta dónde debíamos estudiar. Volodia aprendió pasablemente la lección; yo estaba demasiado turbado para trabajar. Miraba mi libro de diálogos, pero mi espíritu



estaba ausente, y las lágrimas que me llenaban los ojos á la idea de la partida me impedían leer. Llegó la hora de recitar mi lección á Karl Ivanovitch, que cerró los ojos para escuchar (esto era mala señal.) Cuando llegué al sitio donde uno dice: «¿De dónde viene V.? y el otro responde: «¡Del café!» me fué imposible contener más tiempo mis lágrimas, y los sollozos me impidieron decir: «¿Ha leído V. el periódico?» Hubo que escribir mi plana. Mis lágrimas produjeron tales huellas, que parecía que había escrito con agua en papel secante.

Karl Ivanovitch se incomodó, pretendió que aquello era terquedad, «una comedia de marionetas» (esta era su expresión favorita), me castigó poniéndome de rodillas, me amenazó con la regla y exigió que pidiera perdón cuando no podía pronunciar una palabra á fuerza de llorar. Al fin, comprendiendo probablemente su in-

justicia, se fué al cuarto de Kolia, dando un portazo.

Desde la clase oímos una conversación.

—¿Sabes, Kolia, que los niños se van á Moscú?—dijo Karl Ivanovitch al entrar en la habitación.

—Sí, lo sé.

Kolia quiso, sin duda, levantarse, porque Karl Ivanovitch le dijo:

—Sigue sentado.

Y después cerró la puerta.

—Dejé mi sitio y fui á escuchar á ésta.

—Por muchos servicios que se preste á las gentes—comenzó Karl Ivanovitch con tono conmovido—por mucha adhesión que se les consagre, es claro que no hay que esperar reconocimiento; ¿verdad, Kolia?

Kolia estaba sentado junto á la ventana y cosía una bota. Hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Hace doce años que estoy en esta

casa—prosiguió Karl Ivanovitch—y, puedo decirlo ante Dios, Kolia (alzó los ojos y levantó su tabaquera hacia el techo) les he sido más adicto y me he tomado más interés por ellos que si hubieran sido mis propios hijos. ¿Te acuerdas, Kolia, de cuando Volodia tuvo calenturas? Pasé nueve días á su cabecera sin cerrar los ojos. Si, en aquel tiempo yo era el buen Karl Ivanovitch, el querido Karl Ivanovitch; me necesitaban. Al presente (sonrió irónicamente), los niños se han *hecho grandes; es tiempo de trabajar seriamente*. Vamos, ¿que aquí no aprenden nada, Kolia?

—Como aprender mejor, con seguridad—dijo Kolia dejando la lezna y tirando con las dos manos del cabo.

—Sí, ahora que ya no tienen necesidad de mí me ponen á la puerta. ¿Qué se ha hecho de las promesas y del reconocimiento? Siento un profundo respeto y un gran afecto por



Natalia Nicolaïevna (se puso la mano sobre el corazón); pero Kolia, ¿qué es ella aquí? No supone nada en la casa, esta es la verdad. (Al pronunciar estas palabras, tiró al suelo las recortaduras de cuero con un gesto expresivo). Sé quien me ha jugado esta partida y por qué soy ya inútil: es porque no soy un adulator y porque no digo amén á todo, como *ciertas personas*. Tengola costumbre (tomó un tono digno) de decir siempre la verdad, y delante de todo el mundo. ¡Que Dios lo perdone! No los enriquecerá el no tenerme, y yo, gracias á Dios, encontraré siempre donde ganar un pedazo de pan; ¿verdad, Kolia?

Kolia levantó la cabeza y miró á Karl Ivanovitch como para asegurarle que encontraría realmente un pedazo de pan; pero no contestó.

Karl Ivanovitch habló durante largo tiempo en este tono. Contó cuánto mejor habían apreciado sus servicios

en casa de un general donde había estado antes de venir á nuestra casa (me dió mucha pena saber esto); habló de Sajonia, de sus padres, de su amigo el sastre Schöuheit, etc., etc.

Yo compadecía su dolor, y me era penoso ver que papá y Karl Ivanovitch, á los que amaba tanto al uno como al otro, no se entendían. Volví á mi sitio, me senté sobre mis talones y me puse á pensar en los medios de reconciliarlos.

Al volver á la clase, Karl Ivanovitch me dijo que me levantara y que preparara mi cuaderno de dictado. Cuando todo estuvo dispuesto, se instaló majestuosamente en su sillón, y con voz que parecía salir de un abismo, me dictó lo que sigue:

—*De todos los defectos, el más detestable es...* ¿Estamos?

Se detuvo, aspiró largamente un polvo de tabaco, y continuó con mayor energía:

—*El más detestable es la In-gra-ti-tud.* I mayúscula.

Creyendo que iba á continuar, le miraba:

—Punto—dijo con una sonrisa apenas perceptible.

Me hizo señas de que le diera el cuaderno. Leyó muchas veces aquella máxima en voz alta, con entonaciones variadas y muestras de profunda satisfacción: expresaba bien el pensamiento que lo ahogaba. Nos dió luego á aprender una lección de historia y se sentó junto á una ventana. Su rostro no estaba ya irritado; expresaba la satisfacción del hombre que ha vengado con dignidad una afrenta.

Era la una menos cuarto; Karl Ivanovitch no tenía el aire de despedirnos y nos daba siempre nuevas lecciones. El fastidio y el hambre aumentaban. Yo vigilaba con extrema impaciencia todas las señales que anunciaban la comida. «Ahí está la



criada con su paño que va á secar los platos. Remueven la vajilla en el aparador. Oigo empujar la mesa y colocar las sillas. Ahí está Mimi con Lioubotchka y Catalina (la hija de Mimi, doce años) que vuelve del jardín; pero no veo á Foca (el mayordomo, el que anuncia que está servida la comida). Cuando vea á Foca, podremos tirar el libro y escapar sin ocuparse de Karl Ivanovitch, pero no antes.»

Al fin se oyeron pasos en la escalera.

¡No era Foca! Conocía yo bien el paso de Foca y el crujido de sus botas. Se abrió la puerta y vi aparecer una cara completamente desconocida.

## V

**El inocente.**

Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro pálido, señalado por la viruela, largos cabellos grises y algunos pelos de barba rojizos. Era tan alto, que tuvo literalmente que doblarse para pasar por la puerta. Su traje era de jirones y de una forma indefinible: era un término medio entre caftán y sotana. Llevaba en la mano un enorme bastón con el que golpeó el suelo con toda su fuerza al entrar; luego frunció las cejas, abrió una boca desmesurada y lanzó una carcajada espantosa. Era tuerto, y su ojo sin vista, siempre en movimiento, acababa de hacerlo horroroso.

—¡Ah, ah! ¿Atrapado?—gritó, acercándose á Volodia y cogiéndole la cabeza. Le examinó atentamente el cráneo, lo soltó, se acercó á la mesa y sopló con aire muy serio bajo el hule, haciendo cruces debajo.

—¡Oh, oh, oh! ¡Qué lástima!... ¡Oh, oh, oh!... ¡Mal hecho!. ¡Oh, oh, oh! ¡Pobrecitos!... ¡Ha volado!—continuó mirando á Volodia con aire enternecido.

Se echó á llorar y se secó los ojos con la manga.

Tenía la voz áspera y enronquecida, los movimientos precipitados y nerviosos; sus discursos eran descosidos y desprovistos de sentido (jamás se servía de pronombres), y con todo esto, el tono era tan conmovedor, su desdichada cara amarilla tomaba por momentos una expresión tan profundamente triste, que experimentaba uno á su pesar, escuchándole, una mezcla de lástima, de espanto y de melancolía.



Era Gricha, el inocente, el viajero perpetuo.

¿De dónde era? ¿Quiénes eran sus padres? Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie sabía nada. Todo lo que puedo decir, es que se le conocía en el país hacía más de treinta años y que siempre se le había visto en el estado de inocente. Iba miserablemente descalzo en invierno y en verano, frecuentaba los conventos, distribuía menudos objetos religiosos á las gentes que le agradaban y pronunciaba palabras enigmáticas en las que ciertas personas veían profecías. Jamás había sido más que el «inocente». Iba de cuando en cuando á casa de mi abuela. Según unos, sus padres eran ricos y era digno de lástima y de interés. Según otros, Gricha era un simple mujik y un holgazán.

Al fin apareció Foca, el exacto Foca, esperado con tanta impaciencia. Ba-

jamos, y Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias. Golpeaba los escalones con su palo.

Papá y mamá se paseaban por el salón hablando á media voz. Mimi, en actitud digna, estaba sentada en un sillón colocado en ángulo recto con el diván. Las niñas estaban sentadas á su lado, y Mimi les daba sus instrucciones en voz baja, pero severa. Desde que entró Karl Ivanovitch, Mimi le lanzó una mirada, é inmediatamente le volvió la espalda, poniendo una cara que quería decir:

«No lo conozco á V., Karl Ivanovitch.»

Se veía en los ojos de las niñas que ardían en deseos de comunicarnos una gran noticia, pero que no había que pensar en acudir á hablarnos: esto habría sido infringir la regla de Mimi. La regla exigía que nosotros hiciéramos en primer lugar una reverencia, diciendo: «Buenos días, Mimi», des-

pués de lo que tendríamos el derecho de hablar.

¡Era insoportable aquella Mimi! Imposible hablar cuando ella estaba delante: todo lo encontraba inconveniente. Además, siempre os perseguía con su «hablen francés», precisamente en el momento, parecía que lo hacía exprofeso, en que teniais más ganas de charlar en ruso. En la mesa, si encontrabais un plato bueno y teniais gana de comer en paz sin ser molestado, indefectiblemente Mimi: «Coma V. con pan. ¿Cómo coge V. el tenedor?» «¿Qué le importa?—pensaba yo.—¡Que se ocupe de las niñas! Para eso está. De nosotros está encargado Karl Ivanovitch.» En el fondo de mi corazón yo compartía el odio de Karl Ivanovitch hacia las *ciertas personas*.

Pasamos al comedor, las personas mayores las primeras. Catalina me cogió por la manga, y me dijo en voz baja:



—Pide á tu mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería.

—Bueno, lo intentaremos.

Gricha comía con nosotros, pero en una mesita aparte. No levantaba los ojos de su plato, lanzaba suspiros, hacía gestos horribles y se hablaba á sí mismo: «¡Qué lástima!... Ha volado... volado, pichón, cielo... ¡Ah, piedra sobre tumba!» Y otras frases por el mismo estilo.

Desde por la mañana, mamá parecía agitada, y la presencia de Gricha, con sus disparates y sus gestos, aumentaba violentamente su malestar.

—¡Ah! Se me olvidaba pedirte una cosa—dijo á papá alargándole un plato de sopa.

—¿Qué?

—Que encierres tus horribles perros. Poco ha faltado para que muerdan al pobre Gricha cuando ha entrado en el patio. Serían capaces de morder á los niños.

Gricha oyó que se trataba de él. Se volvió en la silla, y dijo con la boca llena, enseñando su ropa hecha jirones:

—Quería hacer morder... Dios no ha permitido. Cazar con perros, ¡pecado, gran pecado! No pegar *anciano*... (1), ¿por qué pegar? Dios perdona.

—¿Qué es lo que dice?—preguntó papá mirándolo fijamente con aire de descontento.—No comprendo nada de ello.

—Yo sí lo comprendo—replicó mamá.—Me ha contado que uno de tus cazadores ha excitado expresamente á su perro á que se arrojase sobre él. Te dice: «Ha querido hacer que me muerda, pero Dios no lo ha permitido», y te pide que no castigues al cazador.

—¡Ah!—dijo papá.—¿Pero cómo

---

(1) Llamaba así á todos los hombres sin distinción.—(N. DEL A.)

sabe que quiero castigar al cazador? Mira—continuó en francés—en general, no me gustan esos hombres; pero éste me disgusta especialmente; y estoy seguro...

—¡Oh, no digas eso!—le interrumpió mamá con aire de susto.—¿Qué sabes tú?

—No me han faltado las ocasiones para estudiar esa casta de pájaros—siempre tienes la casa llena de ellos—todos están cortados por el mismo patrón. Eternamente la misma historia...

Se veía que mamá no era del todo de la opinión de papá y que no quería disputar.

—Pásame los pastelillos — dijo.— ¿Están buenos hoy?

—¡No!—continuó papá, cogiendo el plato de los pastelillos y teniéndolo en el aire, fuera del alcance de mamá.—¡No! Me irrito cuando veo gentes inteligentes é instruídas dejarse engañar.



Y golpeó la mesa con el tenedor.

—Te he pedido los pastelillos—repitió mamá, alargando el brazo.

—Hace bien la policía en recoger á esas gentes—prosiguió papá, empujando su plato.—No sirven absolutamente más que para agitar á las personas nerviosas—añadió con una sonrisa, notando que aquella conversación disgustaba á mamá, y le dió los pastelillos.

—Te contestaré una solución—dijo mamá.—Es difícil admitir que un hombre que va descalzo en invierno y en verano á su edad, que lleva siempre bajo sus ropas una cadena que pesa más de sesenta libras, que ha rehusado siempre, cuando se le ofrecía una vida tranquila donde todo lo tuviera costado, es difícil admitir que este hombre haya hecho todo esto únicamente por pereza. Por lo que hace á las predicciones (suspiró y se calló un instante), tengo motivo para

creer en ellas. Me parece haberte contado que Kirincha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho?—dijo papá sonriendo y poniendo la mano á modo de pantalla en el extremo de su boca, del lado donde estaba Mimi (cuando papá hacia este gesto, yo escuchaba con todos mis oídos, convencido de que iba á decir algo muy chistoso)—¿Por qué me has hecho pensar en sus pies? Los he mirado, y ya no podré comer.

La comida tocaba á su fin. Liubotchka y Catalina no cesaban de hacernos señas; movíanse en sus sillas y daban todas las muestras de una violenta agitación. Sus señas querían decir: «¿Por qué no pedís que nos lleven á la cacería?» Yo daba á Volodia con el codo, y Volodia me devolvía el codazo. Al fin se decidió. Con voz al pronto tímida, luego bastante firme y bastante fuerte, explicó

que estando en el momento de partir, queríamos llevar á las niñas á la caza con nosotros. Después de un corto conciliábulo entre las personas mayores, nos fué concedido lo que pedíamos, y corrimos á vestirnos para la cacería. Yo sentía una extrema impaciencia. Al fin se oyó el paso de papá en la escalera. Algunos minutos después estábamos en camino.

## VI

### **Qué especie de hombre era mi padre.**

Era un hombre del siglo pasado, y como toda la juventud de entonces, tenía un yo no sé qué de caballeresco, de emprendedor: de seguro, de amable y de libertino. Experimentaba un profundo desprecio por las gentes de nuestro siglo, y su desprecio venía á

la vez de una hostilidad orgullosa y del despecho de que no podía ya tener en nuestra época la influencia y los éxitos que había tenido en su tiempo. Sus dos grandes pasiones eran las cartas y las mujeres. Ganó ó perdió al juego en el curso de la vida muchos millones, y amó á un número incalculable de mujeres de todas las clases de la sociedad.

Era alto y de hermosa presencia; andaba muy singularmente, á pasos cortos, y tenía una contracción nerviosa en un hombro. Ojillos siempre sonrientes, gran nariz aguileña, boca irregular, un poco gesticulante, y sin embargo agradable, un defecto de pronunciación (silbaba al hablar) y cabeza completamente calva; tal era mi padre en la época á que remontan mis recuerdos más antiguos. Con este exterior, no sólo supo pasar por un hombre de buenas fortunas y serlo en efecto, pero supo agradar á todo el



mundo sin excepción, grandes y pequeños, en particular á los que quería agradar.

En todas sus relaciones se las arreglaba de modo que no estuviera nunca en situación de inferioridad. Sin haber pertenecido jamás al gran mundo, frecuentaba continuamente el trato de gentes que formaban parte de él, y se hacía respetar de ellas. Conocía el grado preciso de orgullo y de presunción que realza á un hombre en la opinión del mundo sin ofender al prójimo. Era original, pero á sus horas; se servía de la originalidad para suplir en ciertos casos las buenas maneras y la riqueza. Nada le asombraba en el mundo; en cualquier elevada situación que se hubiera encontrado habría parecido haber nacido para ella. Sabía tan perfectamente ocultar á los demás y alejar de sí mismo el lado enojoso de la vida, el de las pequeñas contrariedades y de las

molestias, que era imposible no envidiarlo. Era inteligente en todo lo que procura al hombre comodidad y adorno, y sabía aprovecharlo. Tenía una idea fija: las brillantes relaciones que debía en parte á la familia de mi madre, y en parte á sus amistades de la juventud; no perdonaba á sus antiguos camaradas de haber llegado á elevadas posiciones, mientras que él seguía siendo teniente de la guardia retirado.

Como todos los antiguos militares, no sabía vestirse á la moda. En cambio lo hacía á su manera y con gusto. Llevaba siembre un traje muy ancho y muy ligero, de tela magnífica, un gran cuello y grandes puños remangados. Por lo demás, con su alta estatura, su aspecto de vigor, su cabeza calva y sus movimientos tranquilos y fáciles, todo le sentaba bien. Era sensible, y hasta lloraba á poca costa. A menudo, cuando leía en voz alta, su

voz comenzaba á temblar al acercarse al pasaje patético, se humedecían sus ojos, y cerraba el libro con despecho. Le gustaba la música, y cantaba acompañándose al piano romanzas de su amigo A\*\*\*, arias tziganas y motivos de ópera; pero no era aficionado á la música sabia, y decía francamente, sin cuidarse de la opinión pública, que las sonatas de Beethoven le daban sueño, y que no conocía nada en música superior al *No me despertéis*, cantado por Semenof, ó al *No estoy sola*, cantado por la tzigana Tanioucha.

Era de esas gentes á las cuales para hacer una buena acción es absolutamente indispensable tener un público. Por lo demás, no existía otro bien á sus ojos que lo que el público encontraba bien. ¿Tenía en moral algunos principios? Sólo Dios lo sabe; pero su vida había estado tan llena de seducciones de todo género, que no debía haberle quedado tiempo para tener

principios; por lo demás, era demasiado dichoso para ver la necesidad de ellos.

Al avanzar en edad, se formó opiniones definidas y reglas fijas, pero únicamente desde el punto de vista práctico; todo lo que le proporcionaba placer y dicha estaba bien, y esto es lo que había que hacer siempre en el porvenir. Contaba de una manera encantadora, y creo que este talento contribuía á hacer sus principios elásticos; según el giro que daba á su relato, la misma acción era una broma graciosa ó la última de las villanías.

## VII

**En el despacho y en el salón.**

Comenzaba ya á oscurecer cuando volvimos de la cacería. Mamá se puso



al piano. Los niños fuimos á buscar papel, lapiceros y colores, y nos pusimos á dibujar en la mesa redonda. Yo no tenía más que azul; pero esto no me detuvo, y emprendí el dibujo de nuestra cacería de la tarde. Bien pronto tuve hecho un niño azul montado en un caballo azul, y corriendo detrás de perros azules; pero me acudieron escrúpulos en cuanto á la liebre; ¿se podía hacer una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá en su despacho.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía. Me contestó sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, las hay.

De vuelta en la mesa, hice una liebre azul, después de lo cual juzgué indispensable cambiarla en matorral. El matorral me desagradó también. Hice de él un árbol; el árbol se convirtió en un haz de heno, el haz en nube, de tal modo, que todo el papel

fué azul. Lo rasgué con cólera, y me fui á echar un sueño en un sillón.

Mamá tocaba el segundo concierto de Field, su profesor. Yo dormitaba, y desde el fondo de mi memoria subían recuerdos ligeros, luminosos, por decirlo así, transparentes. Comenzó la *Sonata patética*, de Beethoven, y me acudieron recuerdos tristes, penosos y sombríos. Mamá tocaba á menudo estas dos piezas; por eso me acuerdo tan bien del efecto que me producían. Aquello se asemejaba por completo á recuerdos; pero ¿recuerdos de qué? Parece que se acuerda uno de cosas que no han existido nunca.

Enfrente de mí estaba la puerta que conducía al despacho de papá. Entreví á Jacob que entraba seguido de muchos individuos de grandes barbas con caftanes. La puerta se cerró enseguida detrás de ellos. «¡Comienzan los negocios!» pensé. A mis ojos no había

en todo el universo negocios más importantes que los que se trataban en el despacho de papá. Me había confirmado en mi idea la observación de que al acercarse á su puerta las gentes se ponían á hablar bajo y á andar de puntillas. Desde el salón se oía la voz sonora de papá, y se percibía el olor de su cigarro, que siempre me había encantado no sé por qué. De pronto oí por entre mi somnolencia un crujido de zapatos muy conocido; Karl Ivanovitch se dirigía al despacho de puntillas, pero con rostro sombrío y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron, y volvió á cerrarse la puerta.

«¡Con tal que no suceda una desgracia!, pensé. Karl Ivanovitch está encolerizado; es capaz de todo.»

Y volví á dormir.

No sucedió ninguna desgracia. Al cabo de una hora fui despertado por el mismo crujir de zapatos. Karl Iva-

novitch pasó secándose con el pañuelo sus mejillas inundadas de lágrimas, y mascullando palabras ininteligibles. Papá le seguía y entró en el salón.

—¿Sabes lo que acabo de decidir?— dijo alegremente á mamá, poniéndole la mano en el hombro.

—¿Qué?

—Me llevo á Karl Ivanovich con los niños. Hay sitio en la britchka. Los niños están acostumbrados á él, él parece serles muy adicto. Setecientos rublos al año no son gran cosa, y además, en el fondo, es un pobre diablo.

Jamás pude comprender por qué papá injuriaba así á Karl Ivanovitch.

—Me alegro mucho por los niños y por él—dijo mamá.—Es un hombre excelente.

—¡Si hubieras visto qué conmovido estaba cuando le he dicho que se guardara los quinientos rublos, que eran



un regalo!... Pero lo más gracioso de todo es la nota que me ha entregado. Vale la pena de verla—añadió con una sonriza, alargando á mamá un papel de letra de Karl Ivanovitch.— ¡Es adorable!

La nota estaba concebida así:

«Para los niños: dos anzuelos, 70 kopeks.

Papel de flores, oropel, cola y armazón de cesta, para regalos, 6 rublos 55 kopeks.

Libro y arco, regalos para los niños, 8 rublos 16 kopeks.

Dado á Kolia un pantalón, 4 rublos.

Reloj de oro prometido en Moscú, en 18..., por Pedro Alexandrovitch, 140 rublos.

Se debe, pues, á Karl Ivanovitch, además de su sueldo, la suma de 159 rublos 41 kopeks.»

Al leer esta nota, en la que Karl Ivanovitch reclamaba el dinero de los regalos que había hecho y del regalo

que se le había prometido, todos los lectores pensarán que Karl Ivanovitch era un hombre sin corazón y un alma interesada, y se engañarán todos los lectores.

Al entrar en el despacho con su papel en la mano, llevaba preparado en su cabeza un hermoso discurso sobre todas las injusticias que le habían sido hechas en nuestra casa. Cuando hubo comenzado á hablar con aquella misma voz conmovida y con aquellas mismas entonaciones, llenas de sentimiento, de que se servía para dictarnos, su elocuencia obró violentamente sobre él mismo; de suerte que llegado á un pasaje donde decía: «Cualquiera que sea la tristeza que yo experimente al separarme de los niños...», la emoción le apretó la garganta. Su voz temblaba, y se vió obligado á sacar el pañuelo de cuadros.

«Sí, Pedro Alexandrovitch — dijo entonces á través de sus lágrimas (no

había una palabra de esto en el discurso preparado)—estoy de tal modo acostumbrado á los niños, que no sé qué será de mí sin ellos. «Preferiría servir á V. por nada»—añadió, secándose las lágrimas con una mano y presentando la nota con la otra.

»Afirmo que Karl Ivanovitch era sincero al pronunciar estas últimas palabras, porque conozco su buen corazón; en cuanto á poner de acuerdo la oferta de servir por nada y la nota, soy incapaz de ello: esto será siempre un misterio para mí.»

—Si le disgusta á V. dejarnos, todavía me disgustaría más á mí perderlo—dijo papá, dándole un golpecito en el hombro. He cambiado de opinión.

Un poco antes de la cena, Gricha entró en el salón. Desde el momento en que puso el pie en casa, no había dejado de lanzar suspiros y de llorar. Para los que le concedían el don de

prever el porvenir, esto era señal de que amenazaba á nuestra casa una desgracia. Se despidió y declaró que partiría el día siguiente por la mañana. Hice señas á Volodia de que me siguiera, y salí.

—¿Qué?

—Si queréis ver las cadenas de Gricha, subamos pronto á los cuartos de los criados. Gricha duerme en el segundo, podemos sentarnos en el descanso y lo veremos todo.

—¡Buena idea! Espérame aquí; voy á buscar á las niñas.

Las niñas acudieron corriendo, y subimos. Después de habernos disputado quién entraría primero en el cuarto oscuro, nos sentamos y esperamos.



## VIII

**Gricha.**

No estábamos muy seguros en el oscuro reducto. Nos apretábamos unos contra otros sin decir nada. Gricha nos siguió muy de cerca. Andaba sin ruido, llevando en una mano su cayado y en la otra una candela en un candelero de cobre. Conteníamos el aliento.

«¡Señor Jesucristo! ¡Virgen Santísima! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...»

Se interrumpió para respirar y comenzó de nuevo con las varias entonaciones y las abreviaturas usadas únicamente por las personas que repiten á menudo estas palabras.

Sin dejar de rezar dejó el cayado en un rincón, examinó la cama y comenzó á desnudarse. Soltóse el viejo cinturón negro, se quitó lentamente la blusa de nankin, la dobló cuidadosamente y la puso en el respaldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta é idiota que le era habitual. Al contrario, estaba sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

Cuando estuvo desnudo se sentó dulcemente en la cama, que cubrió de señales de la cruz, y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin esfuerzo; se vió el esfuerzo en la contracción de sus rasgos. Contempló un instante con aire preocupado los agujeros de la camisa; se levantó, comenzando otra vez á rezar; cogió la candela, que levantó á la altura de las imágenes; se persignó y volcó el candelero. La candela crepitó y se apagó.

La luna, entonces casi llena, daba

en la ventana del cuarto. Sus rayos pálidos y argentados iluminaban de un lado el prolongado rostro blanco del inocente; el otro lado aparecía todo negro, y su sombra, mezclada con las sombras del marco de la ventana, caía sobre el pavimento, trepaba á lo largo de la pared y hasta el techo. En el patio, el vigilante golpeó en la plancha de cobre.

Gricha se callaba. De pie delante de las imágenes, las enormes manos juntas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, respiraba trabajosamente. Después se puso de rodillas con dificultad y rezó.

Recitó al principio muy bajo oraciones conocidas, dándose golpes de pecho en ciertas palabras; luego volvió á comenzar las mismas oraciones, más alto y animándose; por fin, se puso á improvisar. Trataba de expresarse en eslabón, y se comprendía que esto le costaba trabajo. Aquello era incohe-

rente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á las gentes que lo recibían en su casa), entre otros, por mamá y por nosotros; rogó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonara sus grandes pecados; se puso á repetir: «¡Dios mío, perdona á mis enemigos!» Se levantó gimiendo, se tendió á todo lo largo en tierra, repitiendo siempre las mismas palabras, y se volvió á levantar, á pesar del peso de las cadenas, que hacían un ruido seco y metálico al tocar en el suelo.

Volodia me pellizcó en la pierna y me hizo mucho daño, pero ni siquiera volví la cabeza. Me contenté con rascarme la pierna y seguí mirando y escuchando á Gricha con una mezcla de asombro infantil, de lástima y de veneración.

En vez de divertirme y de reirme, como había pensado al entrar en el cuarto oscuro, me sentía estremecer de espanto.



Gricha permaneció todavía mucho tiempo en una especie de éxtasis, siguiendo improvisando oraciones. En tanto, repetía muchas veces: *¡Señor, ten piedad de nosotros!*, pero cada vez con más fuerza y con una entonación diferente; en tanto, decía: *¡Perdóname, Señor; enséñame lo que debo hacer..., enséñame lo que debo hacer, Señor!*, y se habría dicho, por su acento, que esperaba recibir en seguida una respuesta; en tanto, no se oía más que sollozos lastimeros... Se alzó sobre las rodillas, juntó las manos sobre el pecho y se calló.

Adelanté dulcemente la cabeza por la puerta, conteniendo la respiración. Gricha no se movió. Profundos suspiros se escapaban de su pecho. Su ojo tuerto, cuya turbia pupila iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas.

«¡Sí, cúmplase tu voluntad!» clamó de pronto con una expresión imposible de copiar, y dejándose tocar la

frente con la tierra, sollozó como un niño.

Muchas cosas han pasado después; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en visiones confusas; Gricha el viajero ha terminado hace mucho tiempo su último viaje; pero jamás se borrará la impresión que produjo en mí; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh Gricha! ¡Oh gran cristiano! Tu fe era tan ardiente, que sentías la proximidad de Dios; tu amor era tan grande, que las palabras brotaban espontáneamente de tus labios; no pedías á la razón que las examinara... ¡Y con qué magnificencia loabas la grandeza del Omnipotente, cuando no encontrando palabras, te arrojabas á tierra llorando!...

El enternecimiento con que yo escuchaba á Gricha no podía prolongarse mucho tiempo; en primer lugar,

porque mi curiosidad estaba saciada; después, porque tenía las piernas entumecidas á fuerza de estar sentado en el mismo sitio, y, en fin, porque oía moverse y cuchichear detrás de mí y sentía ganas de hacer como los demás. Alguno me cogió la mano y me dijo al oído: «¿De quién es esta mano?» Estaba muy oscuro, pero en el tacto y en el sonido de la voz reconocí á Catalina.

Instintivamente cogí su bracito, desnudo hasta más arriba del codo, y lo besé. Catalina, asombrada sin duda de mi proceder, retiró el brazo, y al hacerlo tropezó con una silla que allí había. Gricha levantó la cabeza, miró alrededor suyo y envió señales de la cruz á todos los rincones recitando una oración. Escapamos ruidosamente y cuchicheando.

## IX

### Natalia Savichna.

Hacia mediados del siglo último se veía correr por la alda de Kabarovka una niña groseramente vestida, descalza, pero fresca y alegre. Era Natachka, la hija de Sawa, el tocador de clarinete. Para recompensar los servicios de Sawa, y á petición suya, mi abuelo tomó á Natachka en su casa, y llegó á ser una de las criadas de mi abuela. Se distinguió por su dulzura y su celo, y cuando nació mi madre, Natachka fué escogida para ser su niñera. Mostró en estas nuevas funciones una actividad y un afecto á su joven ama, que le valieron elogios y



recompensas. Los cabellos empolvados, los calzones cortos y los zapatos con hebillas del oficial de boca, Foca, entonces joven y galán, hicieron impresión en el corazón sencillo pero amante de Natachka. El servicio de ambos los ponía en relaciones continuas. Natachka fué subyugada y tomó por sí misma la resolución de ir á pedir á mi abuelo permiso para casarse con Foca. Mi abuelo se incomodó, la trató de ingrata, y la envió en penitencia á cuidar el corral en un caserío de la estepa. Al cabo de seis meses, como era imposible de reemplazar, se la hizo volver á la casa. Llegó del destierro con su traje de corral, fué á presentarse á mi abuelo, se echó á sus pies y le suplicó que la perdonara, que le devolviera su benevolencia y olvidara un momento de locura que no volvería más, lo juraba. Y mantuvo su palabra.

Desde aquel día, Natachka fué Na-

talia Savichna y usó el gorro de las doncellas. Dedicó á su amita los tesoros de ternura reunidos en su corazón.

Cuando llegó el momento de dar un aya á mi madre, Natalia recibió las llaves de la lencería y de las provisiones. En todas las cosas desplegaba el mismo celo y la misma adhesión. No vivía más que para los intereses de los amos, por todas partes veía derroche y trabajaba por todos los medios para impedirlo.

Cuando mamá se casó, quiso recompensar á Natalia sus veinte años de buenos servicios. La hizo venir, le expresó su cariño en los términos más halagüeños, le entregó un papel que contenía su acta de manumisión y añadió que unía á ello una pensión de trescientos rublos, quedara ó no Natalia en la casa. Natalia escuchó aquel discurso sin decir una palabra, luego cogió el papel, lo miró con aire furio-

so, refunfuñó algo entre dientes y se fué dando un portazo. Mamá no comprendía nada de aquello. Esperó algún tiempo: nadie. Entró entonces en el cuarto de Natalia, á la que encontró sentada en un baúl, enrojecidos los ojos, ocupada en desgarrar su pañuelo de bolsillo mirando fijamente los pedazos del acta de manumisión esparcidos por el suelo.

—¿Qué es lo que tienes, mi buena Natalia Savichna?—preguntó mamá cogiéndola la mano.

—Nada, madrecita. Aparentemente la he disgustado á V., puesto que me echa... Está bien; me voy.

Retiró su mano con fuerza tratando de contener sus lágrimas y quiso salir. Mamá se lo impidió, la abrazó, y las dos se echaron á llorar.

De lo más atrás á que alcanzan mis recuerdos, me acuerdo de las pruebas de ternura y las caricias de Natalia Savichna, pero sólo ahora las sé apre-

ciar; cuando era niño no tenía ninguna sospecha de lo que valía aquella anciana; no sospechaba que era una criatura adorable y como hay pocas. No sólo no hablaba nunca de sí, pero ni siquiera pensaba en ello: toda su vida no fué más que amor y abnegación. Estaba yo de tal modo acostumbrado á su afecto desinteresado por nosotros, que no imaginaba que pudiera ser de otro modo y no se lo agradecía del todo; jamás pensaba en preguntarme si era feliz y si estaba contenta.

A veces, en clase, pedía yo salir, pero era un pretexto y corría al cuarto de Natalia. Me sentaba y comenzaba á soñar en alta voz, sin que me embarazara su presencia. Jamás estaba ella sin hacer nada. En tanto hacía media, en tanto revolvía en los cofres de que estaba lleno su cuarto, en tanto apuntaba la ropa. Yo le contaba que cuando fuera gene-



ral me casaría con una mujer de maravillosa belleza, me compraría un caballo alazán, me construiría una casa de cristal y escribiría á Sajonia para hacer venir á los padres de Karl Ivanovitch. Ella escuchaba todas mis tonterías, repitiendo de cuando en cuando: «Sí, padrecito mío, sí.» De ordinario, cuando me levantaba para irme, abría un cofre azul celeste, sobre cuya tapa (¡cómo lo recuerdo!) había pegados un húsar iluminado, una estampita procedente de un bote de pomada y un dibujo hecho por Volodia. Sacaba de aquel cofre un braserillo, lo encendía y lo agitaba en el aire. «Esto, padrecito, procede de Otchakov. Cuando su difunto abuelo de V.—Dios tenga su alma—fué á batirse contra los turcos, lo trajo. No queda más que este pedacito. Se ha concluido»—añadía con un suspiro.

En los cofres, de que estaba lleno su cuarto, había de todo. Cuando fal-

taba no importa qué, se decía: «Vamos á pedir á Natalia Savichna», y, en efecto, ella revolvía en sus cofres, encontraba el objeto pedido y lo daba diciendo: «Es una felicidad que lo haya guardado.» Tenía así centenares de objetos de todas las variedades imaginables, de los que nadie, excepto ella, conocía la existencia ni se cuidaba.

Una vez me incomodé con ella. He aquí en qué ocasión:

Estábamos comiendo. Al echarme *kvas*, volqué mi copa é inundé el mantel.

— Llamad á Natalia Savichna — dijo mamá — es preciso que admire á su favorito.

Llegó Natalia Savichna. Al ver mi lago movió la cabeza. Mamá le dijo algo al oído y salió dirigiéndome un gesto de amenaza.

Después de la comida estaba yo muy alegre y me dirigía saltando ha-

cia la sala, cuando de pronto Natalia Savichna salió de detrás de una puerta, con el mantel en la mano, me cogió, y á pesar de mi resistencia desesperada, me restregó por la cara el sitio mojado, repitiendo: «¡No manches los manteles, no manches los manteles!» Esta conducta me pareció de tal modo ofensiva, que aullé de rabia.

«¡Cómo!—me decía yo paseándome por la sala y ahogándome á fuerza de llorar.—¡Natalia me tutea y además me frota con un mantel mojado, como si yo fuera un siervo! ¡Esto es horrible!»

Cuando Natalia Savichna me vió babear de cólera, se escapó corriendo. Yo seguía paseando por la sala pensando en el medio de vengar la injuria que me había hecho aquella impudente Natalia.

Al cabo de algunos minutos reapareció Natalia Savichna. Se acercó á mí tímidamente:

—Basta, padrecito mío, no llore V.... perdón... he sido estúpida... perdón, pichoncito mío... Esto para V.

Sacó de debajo de su pañuelo un cucurucho de papel rojo, que me alargó con mano temblorosa. Dentro había dos caramelos y un higo seco. No tuve valor para mirar la cara de la buena vieja. Cogí el cucurucho volviéndome, y mis lágrimas corrieron con más abundancia, pero no era ya de cólera: era de ternura y de vergüenza.

## X

### La partida.

El día siguiente de los acontecimientos que he contado, á mediodía, la carretela y la britchka estaban delante de la escalinata. Kolia estaba



en traje de viaje, es decir, que llevaba el pantalón metido en las botas, un gabán viejo y un cinturón bien apretado por encima del gabán. Estaba de pie en la britchka y arreglaba las mantas y los almohadones. Cuando le parecía que éstos estaban muy altos, se sentaba sobre ellos y saltaba hasta que los había aplastado.

—Por caridad, Kolia, ¿no podría V. tomar este cofrecillo?—dijo el ayuda de cámara de papá saliendo muy sofocado de la carretela.

—Debía V. haberlo dicho antes, Miguel Ivanovitch—respondió Kolia hablando de prisa y arrojando impacientemente, con todas sus fuerzas, un paquetito al fondo del carruaje.— ¡Tiene uno ya la cabeza mareada y es preciso que aún venga V. con su cofrecillo!—añadió quitándose la gorra y secándose gruesas gotas de sudor sobre su frente curtida.

La servidumbre se había reunido

alrededor de la escalinata, los hombres descubierta la cabeza, con caftán ó en mangas de camisa, los niños descalzos, las mujeres con falda de algodón y pañuelo rayado, y sus mamones en brazos. Todos miraban los carruajes y hablaban entre sí. Uno de los postillones (un viejo muy encorvado con gorra de pieles y un armiak de invierno) había empuñado la lanza de la carretela y la movía examinando el juego delantero con aire inteligente. El otro postillón era un guapo mocetón con camisa blanca con cuadros de algodón rojo en el brazo, con sombrero de fieltro negro que inclinaba en tanto sobre una oreja, en tanto sobre la otra, al rascarse la cabeza rubia y rizada. Había puesto su armiak sobre el pescante, echado las riendas sobre el armiak, y restallaba el látigo mirando alternativamente á sus botas y á los dos cocheros que engrasaban la britchka. Uno de éstos le

vantaba el carruaje con esfuerzo; el otro, acurrucado debajo, engrasaba el eje y su caja con mucho cuidado; hasta dió una última vuelta, comenzando por abajo, para no perder lo que había quedado en la brocha.

Los caballos de posta, rocines de todos los colores, movían la cola á causa de las moscas. Los unos dormían, estirada hacia adelante una de sus patas velludas. Los otros, para matar el aburrimiento, se rascaban mutuamente, ó mordían unas matas de hierba coriácea que habían brotado al pie de la escalinata. Muchos lebreles estaban tendidos al sol jadeantes; otros, se habían deslizado á la sombra de la carretela y de la britchka y lamían la grasa de los ejes. El aire estaba lleno de una especie de vapor polvoriento, y el horizonte era de un gris lila, pero no tenía una sola nube. Un fuerte viento del Oeste levantaba torbellinos de polvo sobre el camino,

y en los campos doblaba la copa de los grandes tilos y de los abedules del jardín y arrastraba á lo lejos las hojas amarillas. Yo estaba sentado junto á la ventana, y esperaba con impaciencia el fin de todos aquellos preparativos.

Cuando todo el mundo se reunió en el salón, alrededor de la mesa redonda, para pasar por última vez algunos minutos juntos, yo no pensaba de ningún modo en la tristeza del instante que nos esperaba. Los pensamientos más fútiles se agitaban en mi cabeza. Me proponía á mí mismo estos problemas: «¿Cuál de los postillones irá con la britchka, cuál con la carretela? ¿Quién de nosotros irá con papá, quién con Karl Ivanovitch? ¿Por qué se quiere absolutamente envolverme en una bufanda y en un caftán uatado? ¿En qué se me cree delicado? Con seguridad que no me helaré. Quisiera que todo esto hubiera acabado... subir al carruaje, y partir.»



Natalia Savichna entró en el salón, los ojos hinchados y enrojecidos y con un papel en la mano.

—¿A quién quiere la señora que dé la lista de la ropa de los niños?—preguntó á mamá.

—Dásela á Kolia, y venid todos á decirles adiós.

La vieja quiso decir alguna cosa, pero no pudo hablar. Se tapó la cara con el pañuelo, agitó la mano y salió. Esto me hizo efecto, y mi corazón se oprimió algo; sin embargo, la impaciencia de partir era superior á todo, y seguí escuchando con perfecta indiferencia la conversación de mis padres. Hablaban de cosas que no les interesaban evidentemente ni al uno ni al otro: de lo que habría que comprar para la casa, de lo que habría que decir á la princesa Sofía y á madama Julia, de si el camino era bueno.

Foca apareció en la puerta, y exactamente con el mismo tono con que

anunciaba: «La comida está servida», anunció: «Los carruajes están prestos.» Noté que mamá se estremeció y palideció, como si no se hubiera esperado aquella noticia.

Dijeron á Foca que cerrase todas las puertas. Encontré esto muy divertido: se habría dicho que todos nos ocultábamos de alguien.

Se sentaron. Foca hizo como los demás, pero en el borde de una silla. En el mismo instante rechinó la puerta, y todo el mundo volvió la cabeza. Natalia Savichna entró precipitadamente y fué á sentarse, sin alzar los ojos, en la misma silla que Foca, al lado de la puerta. Aún veo la cabeza calva y la cara arrugada é inmóvil de Foca, la espalda encorvada y el rostro bondadoso de Natalia, con su cofia por debajo de la cual asomaban cabellos grises. Los dos se aprietan para tenerse en la misma silla, y los dos están mal.

Yo seguía sin preocuparme é impaciente. Los diez segundos durante los cuales estuvieron sentados con las puertas cerradas, me parecieron una hora. Al fin, todos se levantaron é hicieron la señal de la cruz; después comenzaron los adioses. Papá estrechó á mamá entre sus brazos, y la besó muchas veces.

—Vamos, querida, que no nos separamos para siempre.

—¡De todos modos es triste!—dijo mamá con voz entrecortada por las lágrimas.

Cuando oí aquella voz, y vi aquellos labios temblorosos y aquellos ojos llenos de lágrimas, olvidé todo lo demás, y sentí tan horrible tristeza, tal dolor, que habría querido escapar y no decirle adiós. Comprendió en aquel momento que al besar á papá nos había dado ya interiormente sus adioses.

Había ella besado tanto á Volodia y hecho sobre él tantas señales de la cruz,

que creía llegada mi vez, y me deslicé á su lado; pero seguía bendiciéndolo y estrechándolo entre sus brazos. Pude al fin besarla, y aferrándome á ella, lloré, lloré sin pensar en otra cosa que en mi pena.

Cuando salimos para subir á los carruajes, encontramos en el vestíbulo á toda la servidumbre que había acudido para despedirnos. Sus «deme V. la manta», sus grandes besos sonoros, y el olor á sudor de sus cabezas, despertaron en mí un sentimiento muy vecino de la irritación. Bajo la influencia de aquel sentimiento, besé con mucha frialdad á Natalia Savichna sobre su cofia, cuando me dijo adiós sollozando.

¡Cosa extraña! Todavía veo á todos los criados, y podría dibujar sus retratos hasta en los menores detalles; pero el rostro y la actitud de mamá se me escapan enteramente. Esto procede acaso de que, durante toda aque-



lla escena, no tuve ni una sola vez valor para mirarla. Me parecía que si la miraba, su pena y la mía excederían todos los límites.

Me arrojé en la carretela antes de que subiera nadie, y me senté en el fondo. Como estaba levantada la capota, ya no veía nada; pero un instinto me decía que mamá estaba todavía allí.

«¿La miraré todavía una vez?... ¡Será la última!» Me incliné fuera de la carretela, del lado de la escalinata. Durante aquel tiempo, mamá, que había tenido la misma idea, daba la vuelta al carruaje y me llamaba por la otra portezuela. Al oír su voz á mi espalda, me volví tan bruscamente, que tropezaron nuestras cabezas. Sonrió tristemente, y me besó por última vez abrazándome estrechamente.

Después de arrancar los carruajes, quise volver á verla. El viento agitaba el *fichú* azul anudado sobre sus ca-

bellos. Subía lentamente la escalinata, baja la cabeza y oculto el rostro en sus manos. Foca la sostenía.

Papá estaba á mi lado y no decía nada. Yo me atragantaba á fuerza de sollozar, y mi garganta estaba tan apretada, que tenía miedo de ahogarme. Al volver en la carretera, vimos un pañuelo blanco que se movía en el balcón de la casa. Agité el mío, y este movimiento me calmó un poco. Seguía llorando, pero el pensamiento de que mis lágrimas mostraban mi sensibilidad, me era agradable y me consolaba.

Al cabo de una versta, estuve más tranquilo y me puse á mirar delante de mí, con obstinada atención, el objeto más próximo: era la grupa del caballo de costado. Lo miraba agitar la cola y galopar; galopaba mal: el postillón le dió un latigazo, corrigió su andar. Miraba el arnés danzar sobre la grupa y cubrirse de espuma.

Luego me puse á mirar los guardacantones del camino, los campos ondulantes de cebada granada, el negro barbecho, donde se veía un arado, un mujik, una yegua y su potro. Hasta eché una mirada sobre la silla para ver qué postillón llevábamos, y las lágrimas no se habían aún secado en mis ojos, cuando mi pensamiento estaba lejos de mi madre, de quien acababa de separarme acaso para siempre. Sin embargo, todos los recuerdos que cruzaban por mi espíritu llevaban hacia ella mi pensamiento. Me acordaba de la seta que había encontrado la víspera en la calle de abedules. Liubotchka y Catalina habían disputado por quién la cogería, y también ellas habían llorado al decirnos adiós.

¡Me daban mucha pena! Natalia Lavichna también me daba pena, y la calle de abedules, y Foca. ¡Hasta la odiosa Mimí me daba pena! ¡Todo,

todo me daba pena! ¿Y la pobre mamá? Mis ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, pero no por mucho tiempo.

## XI

### La infancia.

¡Infancia, dichosa infancia! ¡Tiempo dichoso que no volverá jamás! ¿Cómo no amarla, cómo no acariciar su recuerdo? Este recuerdo refresca y levanta mi alma; es para mí la fuente de los mejores goces.

Me acuerdo de que cuando estaba cansado de correr, iba á sentarme delante de la mesa de té en mi silloncito alto de niño. Era ya tarde, había acabado hacía ya mucho tiempo mi taza de leche con azúcar y mis ojos se cerraban de sueño; pero no me movía;



me estaba quieto y escuchaba. ¿Cómo no escuchar? Mamá habla con una de las personas presentes, y el sonido de su voz ¡es tan dulce, tan amable! ¡El sólo me dice tantas cosas!

La miro fijamente con ojos enturbiados por el sueño, y de pronto se hace pequeñita, muy pequeñita; su cara no es mayor que uno de mis botones, pero queda clara; veo que mamá me mira y que sonríe. Encuentro divertido tener una mamá tan pequeña. Entorno todavía más los párpados, y ella disminuye, disminuye; se hace no mayor que los niños que se ven en el fondo de los ojos de las gentes. Pero me he movido, y se ha roto el encanto. Entorno los ojos, cambio de postura, me doy mucho trabajo para llamar el encanto: es en vano.

Me dejo deslizar hasta el suelo, y voy muy dulcemente á acostarme con mucha comodidad en un gran sillón.

—Te duermes, Nicolasito—me dice mamá.—Mejor harías en acostarte.

—No tengo gana de dormir, mamá.

Ensueños vagos, pero deliciosos, llenan mi imaginación; el buen sueño de la infancia cierra mis párpados, y al cabo de un instante estoy dormido. Siento sobre mí, á través de mi sueño, una mano delicada; la reconozco sólo en la manera de tocar, y, aun dormido, la cojo y la oprimo con fuerza sobre mis labios.

Todo el mundo se ha dispersado. Una sola bujía arde en el salón. Mamá ha dicho que ella se encargaba de despertarme. Se embute en el sillón en que duermo, pasa su bella mano fina por entre mis cabellos, se inclina á mi oído y murmura con su linda voz que conozco tan bien: «Levántate, alma mía; ya es hora de ir á acostarse.»

Ninguna mirada indiferente le estorba; no teme derramar sobre mí

toda su ternura y todo su amor. Yo no me muevo, pero beso su mano aún con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Pone la otra mano en mi cuello y me acaricia con sus afilados dedos. El salón, silencioso, está en una semioscuridad; mis nervios son excitados por las caricias y el despertar; mamá está sentada pegada á mí; me toca, siento su perfume y oigo su voz; me levanto de un salto, la echo los brazos al cuello, me aprieto contra su pecho murmurando: «¡Oh mamá, querida mamita, cuánto te quiero!»

Ella sonríe con su sonrisa triste y encantadora, coge mi cabeza con las dos manos, me besa en la frente y me sienta en sus rodillas.

—¿Me quieres mucho?—Se calla un instante, luego continúa:—Mira, quiéreme siempre; no me olvides nunca. Si no tuvieras ya á tu mamá, ¿verdad que no la olvidarías? ¿Di, Nicolasito mío?

Me besa aún más tiernamente. Yo exclamo:—¡Oh, no digas eso, mamá querida, mamita mía!

Beso sus rodillas, y arroyos de lágrimas brotan de mis ojos en un transporte de amor.

Cuando después de esta escena subo á acostarme y me arrodillo ante las santas imágenes, envuelto en mi bata uatada, ¡qué sentimiento extraño experimento al decir: «Dios mío, vela sobre papá y sobre mamá!» Mientras que recito las oraciones que mis labios de niño han aprendido repitiéndolas junto á mi querida mamá, mi amor á ella y mi amor á Dios se funden en un solo y mismo sentimiento.

Después de mi rezo, voy á acurrucarme entre mis sábanas, el alma en paz y el corazón ligero. Las imágenes se empujan unas á otras en mi cabeza; ¿qué representan? Son inaccesibles, pero llenas de puro amor y de luminosas esperanzas dedicha. Pienso en Karl



Ivanovitch y en su amarga suerte. Este es el único hombre desgraciado que conozco, y me da tanta lástima, me siento dominado por él de tal ternura, que las lágrimas brotan de mis ojos y me digo : « ¡ Que Dios le de la felicidad! ¡Que me de el poder de socorrerlo y de aliviar su dolor! Estoy dispuesto á sacrificarlo todo por él.» Pienso en seguida en mi juguete favorito, un conejito ó un perrito de porcelana; lo he metido bajo mi almohada de pluma y admiro lo bien que está allí y qué caliente.

Rezo todavía una oración en que pido á Dios que todo el mundo sea dichoso y esté contento, y que haga buen día mañana para el paseo; me vuelvo del otro lado; las ideas y los sueños se mezclan y se confunden, y me duermo dulcemente, apaciblemente, el rostro húmedo todavía de lágrimas.

¿Volverás á encontrar jamás la frescura, la despreocupación, la nece-

sidad de cariño y la fe de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que las dos primeras de todas las virtudes, la alegría inocente y la sed insaciable de cariño, eran los resortes de tu vida?

¿Dónde están aquellas ardientes plegarias? ¿Dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? El ángel del consuelo acudía; enjugaba tus lágrimas con una sonrisa y murmuraba dulces sueños á la imaginación inocente del niño.

¿La vida ha pateado tan pesadamente sobre mi corazón, que ya no podré jamás conocer aquellas lágrimas y aquellos transportes? ¿No me quedan más que los recuerdos?

## XII

## Los versos.

Próximamente un mes después de nuestra llegada á Moscú, estaba yo sentado á una gran mesa en el piso segundo de la casa de nuestra abuela, y escribía. Enfrente de mí, el profesor de dibujo acababa de corregir una cabeza de turco con turbante, hecha al lápiz. Volodia, de pie detrás del profesor de dibujo, adelantaba la cabeza por encima de su hombro y lo miraba hacer. Era el primer dibujo al lápiz de Volodia, y debía ser ofrecido el mismo día á nuestra abuela, que celebraba su santo.

—¿No pone V. una poca más de sombra aquí?—preguntó Volodia al-

zándose sobre la punta de los pies y señalando el cuello del turco.

—No, es inútil—respondió el profesor metiendo los lapiceros en un estuche.—Está bien así, no lo toque V. más. Y V., Nicolasito — continuó levantándose y mirando al turco de lado—¿no nos dirá V. su secreto? ¿Qué ofrece V. á su abuela? Lo mejor habría sido también una cabeza. Adiós, señores.

Cogió el sombrero y el estuche, y salió.

En aquel momento también pensaba yo que habría valido más una cabeza que lo que yo me encarnizaba en hacer. Cuando se nos anunció que el santo de la abuela se acercaba y que había que preparar nuestros regalos, se me ocurrió la idea de hacerle versos. Encontré en seguida dos que rimaban, y creí que los otros saldrían con la misma facilidad. No puedo recordar cómo se me metió en la cabeza idea tan



disparatada para un niño, pero me acuerdo de que estaba encantado con ella, y que á todas las preguntas respondía que seguramente haría un regalo á la abuelita, pero que no quería decir lo que era.

Contra lo que esperaba, me fué imposible encontrar la continuación. Por más que me encarnizaba en ello, estaba siempre en los dos versos compuestos en un momento de inspiración. Me puse á leer poesías en nuestros libros de clase, pero ni Dmitrief ni Derjavine me sirvieron de nada; al contrario me hicieron sentir más vivamente mi incapacidad. Sabía que á Karl Ivanovitch le gustaba hacer versos. Fui muy dulcemente á revolver en sus papeles, y encontré, entre diversas poesías alemanas, una rusa que me pareció ser de él:

*«A la señora L\*\*\*, en Petrowskoe, 3 de Junio de 1823.*

» Acuérdesse de cerca,—acuérdesse de lejos,—acuérdesse de mí siempre.—Cuando esté en la tumba,—acuérdesse aún,—de cuán fielmente he sabido amar.

KARL MAYER.»

Estos versos estaban escritos en hermosa letra redondilla, en papel fino de cartas. Me gustaron porque estaban llenos de sensibilidad. Los aprendí de memoria y resolví tomarlos por modelo. Las cosas marcharon desde entonces mucho más fácilmente. El día de la fiesta, tenía dispuesta una felicitación en doce versos; no me faltaba más que copiarlos en papel vitela, y esto es lo que hacía en la clase, sentado á la mesa.

Había estropeado ya dos hojas de papel, no porque se me ocurriera

cambiar nada en mis versos: me parecían admirables; pero á partir del tercero, los renglones comenzaban á levantarse por la punta cada vez más, de manera que, aun de lejos, se veía que aquello estaba escrito de través.

La tercera hoja estaba tan de través como las primeras, pero resolví no volver á comenzar. En mi obra felicitaba á mi abuela, le deseaba muchos años de buena salud y terminaba así:

«Nosotros nos esforczaremos por ser tu consuelo.—Y te amaremos como á nuestra propia madre.»

Esto no estaba mal del todo; sin embargo, el último verso me extrañaba al oído. Me repetía á media voz: *Y te amaremos como á nuestra propia madre.*—¿Qué otra rima en *adre* se podría poner? ¿*Padre*? ¿*Taladre*?... ¡Bah! ¡Siempre serán mejor estos que los de Karl Ivanovitch!

Escribí el último verso y me fui á

mi cuarto á leer mi obra en voz alta, dándole expresión y haciendo gestos. Mis versos eran todos falsos. No me paraba en tan poco, pero el último me desagradaba más cada vez. Me senté en la cama y me puse á reflexionar.

«¿Por qué he puesto: *como á nuestra propia madre?* Mamá no tiene nada que ver con esto; era inútil hacer pensar en ella. Ciertamente, quiero á mi abuela, siento respeto hacia ella, pero de ningún modo es la misma cosa... ¿Por qué he puesto esto? ¿Por qué mentir? Verdad es que se trata de versos; pero de todos modos era inútil.»

En este momento entró el sastre. Nos llevaba trajes nuevos.

—¡Tanto peor!—exclamé con despecho, escondiendo los versos bajo la almohada, y corrí á probarme el traje del sastre de Moscú.

Los trajes de Moscú eran soberbios. Nuestros fraques color de canela, con botones dorados, se ajustaban perfec-



tamente al talle—aquello no se parecía á lo que se hacía en el campo;—nuestros pantalones negros, igualmente ajustados, dibujaban las formas y caían admirablemente sobre las botas.

«¡Al fin—pensé—tengo pantalones con trabillas, de las verdaderas!» Estaba loco de alegría y me miraba las piernas en todos sentidos. La verdad es que mi traje ajustado me molestaba y que no me encontraba cómodo; pero me guardaba de confesarlo. Declaré, al contrario, que me encontraba muy cómodo, y que si mi traje tenía algún defecto era ser demasiado ancho. Me pasé en seguida mucho tiempo delante del espejo, peinándome. Aunque me había puesto mucha pomada y trabajé mucho, no pude conseguir nunca que mis cabellos quedasen alisados en lo alto de la cabeza. Así que dejaba de sujetarlos con el cepillo, se levantaban y se esparcían en todos

sentidos, dándome una expresión soberanamente ridícula.

Karl Ivanovitch se vestía en el otro cuarto, y le entraron por la clase un frac azul, acompañado de objetos blancos. Oí, á la puerta que daba á la escalera, la voz de una de las doncellas de mi abuela. Salí al descanso para saber qué quería. Llevaba en las manos una camisa muy almidonada, y me contó que no se había acostado aquella noche para que la camisa estuviera lavada y planchada á tiempo. Me ofrecí á llevársela á Karl Ivanovitch, y pregunté si se había levantado mi abuela.

—¡Cómo si se ha levantado! Y ha tomado el café, y ha llegado el arcipreste. ¡Qué guapo está V.!—añadió con una sonrisa, mirando mi traje nuevo.

Esta observación me puso colorado. Giré sobre un talón, hice sonar mis dedos y di un salto. Estos movimien-

tos estaban destinados á hacerle comprender que no sabía ella bién hasta qué punto era guapo.

Cuando entré en el cuarto de Karl Ivanovitch con la camisa, era demasiado tarde; Karl Ivanovitch se había puesto otra. Lo encontré encorvado delante de un espejito puesto sobre la mesa y arreglándose la corbata de los días solemnes. Estaba viendo si no dificultaba los movimientos de la barba recién afeitada, y, recíprocamente, si la barba entraba con facilidad en la corbata. Estiró nuestros fraques por delante y por detrás, rogó á Kolia que le hiciera á él el mismo servicio y nos llevó á las habitaciones de la abuela. Me río al pensar en el olor á pomada que esparcíamos los tres por la escalera.

Karl Ivanovitch llevaba una cajita de cartón, fabricada por él. Volodia su dibujo, y yo mis versos. Cada uno de nosotros tenía en la punta de la



lengua el cumplimiento que debía acompañar á su regalo. En el momento en que Karl Ivanovitch abrió la puerta de la sala, el sacerdote se había revestido ya la casulla y comenzaba la oración de acción de gracias.

Mi abuela, muy encorvada y apoyándose con las manos en el respaldo de una silla, estaba de pie junto á la pared. Papá estaba á su lado. Se volvió hacia nosotros y sonrió al vernos ocultar precipitadamente nuestro regalo á nuestra espalda y detenernos cerca de la puerta con la esperanza de no ser notados. Habíamos contado con el efecto de la sorpresa: el efecto había fallado por completo.

Cuando comenzó el desfile me sentí de pronto paralizado por un acceso de timidez insuperable. Comprendí que jamás tendría valor para ofrecer mi regalo y me escondí detrás de Karl Ivanovitch, que soltaba á mi abuela un cumplimiento de los más floridos.



Pasó en seguida su caja de la mano derecha á la mano izquierda, la entregó á mi abuela y se apartó algunos pasos, á fin de dejar lugar á Volodia. Mi abuela pareció extasiarse á la vista de la caja, que estaba adornada con listitas de papel dorado, y expresó su reconocimiento con la más amable sonrisa. Se veía, sin embargo, que no sabía dónde poner aquel objeto. Para desembarazarse de él se lo dió á admirar á papá.

Cuando este lo hubo mirado bastante, pasó la caja al arcipreste, que pareció encontrarla muy de su gusto. Movía la cabeza y miraba con curiosidad, en tanto la caja, en tanto al hombre capaz de ejecutar semejante obra maestra.

Volodia ofreció su turco, que recibió también las alabanzas más halagüeñas. Me tocaba la vez : mi abuela se volvió hacia mí con una sonrisa de aliento.

Las gentes tímidas saben que la timidez aumenta en razón directa del tiempo, y que el valor disminuye en la misma proporción. En otros términos, cuanto más se prolonga la situación que intimida, más invencible se hace la timidez y menos valor os queda.

Todo lo que me quedaba de atrevimiento había volado mientras que Karl Ivanovitch y Volodia ofrecían sus regalos, y mi acceso de timidez había llegado al estado agudo. Me sentía ruborizarme, ponerme de todos colores; las orejas me ardían, gruesas gotas de sudor me corrían por la frente y por la nariz, todo mi cuerpo se estremecía y transpiraba. Me columpiaba de un pie al otro sin avanzar.

—Vamos, Nicolasito—me dijo papá—enséñanos lo que tienes. ¿Es una caja ó un dibujo?

Hubo que decidirse. Alargué á mi abuela, con mano temblorosa, el fatal

papel, que había arrugado por completo, pero me fué imposible articular una sola palabra. Estaba trastornado por la idea de que al recibir mis condenados versos, en vez del dibujo esperado, ella los leería en alta voz, de suerte que todo el mundo sabría que yo no quería á mi mamá y que la había olvidado, puesto que prometía querer á mi abuela *como á mi propia madre*.

¿Cómo pintar mis angustias mientras que mi abuela comenzaba efectivamente á leer en voz alta, se paraba en medio de un verso, que no podía descifrar, miraba á papá con una sonrisa que me parecía irónica, no daba las entonaciones que yo habría querido, y, finalmente, renunciaba á causa de su mala vista y alargaba el papel á papá, rogándole que le leyera toda la composición desde el principio? Creí que ella renunciaba porque encontraba fastidioso leer tan

malos versos, escritos todos torcidos, y porque queria que papá pudiera leer él mismo el último verso, que probaba tan claramente mi falta de corazón. Me esperaba que papá me tirara el papel á la cara, diciendo: «¡Bribón, que olvida á su madre... toma, esto es lo que mereces!» Pero no sucedió nada de esto, al contrario; cuando papá acabó, mi abuela me dijo: «¡Preciosos!» Y me besó en la frente.

La caja, el dibujo y los versos fueron colocados en la mesita adosada al sillón de mi abuela, al lado de dos pañuelos de batista y de una tabaquera adornada con el retrato de mamá.

«¡La princesa Bárbara Ilinitch!»— anunció uno de los dos grandes lacayos que montaban en la trasera de la carroza de mi abuela.

Mi abuela no contestó nada. Consideraba con aire absorto el retrato de mamá, sobre la tabaquera de concha.



—¿Ordena Su Excelencia que la introduzca?—preguntó el lacayo.

### XIII

#### Las visitas.

—Introdúzcala—dijo mi abuela acomodándose en su sillón.

La princesa Kornakof era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, delgadita y amarilla, con cabellos y cejas rojos y ojillos verdosos, cuya expresión contrastaba con el gesto en corazón de su boca. Hablaba mucho y siempre como si se la contradijera, hasta cuando nadie había dicho nada.

Por mucho que besó la mano á mi abuela y que le repetía á cada minuto: « Mi buena tía », noté que mi abuela tenía algo contra ella y enarcaba

las cejas con aire singular al escuchar la historia del príncipe Miguel que habría deseado tanto acompañar á su mujer y que no había podido.

— Sé que tiene siempre muchos asuntos, y además, ¿qué placer tendría en ver á una vieja?—dijo mi abuela, y sin dejar á la princesa tiempo de contestar, continuó:—¿Cómo están tus hijos, querida?

—Crecen, tía mía, trabajan, se hacen unos bribonzuelos...

Mi abuela, á quien los hijos de la princesa no interesaban nada y que deseaba hacer brillar á sus nietos, sacó con precaución mis versos de debajo de la caja y desdobló el papel. La princesa se volvió hacia papá:

—Figúrate, primo, que el otro día imaginó Esteban...

No entendí la continuación. Cuando concluyó se echó á reir, y dijo mirando á papá con aire interrogador:

—Habría merecido el látigo; pero

la cosa tenía tanta gracia, que lo perdoné.

La princesa miró á mi abuela, sin dejar de sonreír.

—¿Es que *pegas* á tus hijos, querida?—preguntó mi abuela enarcando las cejas y recalcando sobre la palabra *pegar*.

—¡Oh! Ya sé, tía mía, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Pero yo creo que no se hace nada de los niños sin el temor. ¿Verdad, primo? Nada les da tanto miedo como los azotes.

Aquí fué á nosotros á quienes miró con aire interrogador; confieso que no me encontraba á gusto. «¡Qué dicha, pensé, que no sea hijo suyo!»

Mi abuela volvió á doblar mis versos y los puso otra vez debajo de la caja. Sin duda no juzgaba á la princesa digna de escuchar mis obras.

—Cada cual es libre de pensar como quiera—dijo en un tono que ponía fin á la discusión.

La princesa se calló con una sonrisa de condescendencia, después nos miró con aire afable y exclamó:

—Hacedme hacer el conocimiento de vuestros jovencitos.

Nos levantamos y no supimos qué hacer; ¿por qué medios se mostraba que se hacía conocimiento?

—Besad la mano á la princesa—dijo papá.—Este—continuó señalando á Volodia—será hombre de mundo. Aquél será poeta.

En el mismo instante en que decía estas palabras, besaba yo la seca mano de la princesa, donde me parecía ver disciplinas.

—¿Cuál?—preguntó ella.

—Este pequeño, con sus cabellos encrespados—dijo alegremente papá.

«¿Qué le han hecho mis cabellos? ¿Es que no se puede hablar de otra cosa?» —pensé, y fui á meterme en un rincón.

Tenía yo las ideas más extrañas



sobre la belleza: Karl Ivanovitch me parecía el hombre más hermoso del universo entero; pero sabía muy bien que yo era feo, y toda alusión á mi exterior me hería dolorosamente.

Recuerdo perfectamente que un día en la mesa—tenía yo entonces seis años—se pusieron á hablar de micara. Mamá se esforzaba por descubrir en ella alguna cosa buena; decía que yo tenía ojos inteligentes, sonrisa graciosa. Al fin, vencida por los argumentos de papá y por la evidencia, confesó que era feo, y después de la comida me dió una palmadita en la mejilla, diciendo:—Nicolasio, ten en cuenta que nadie te querrá nunca por tu cara. Así, trata de ser un buen muchacho y de tener talento.»

Estas palabras me persuadieron, no sólo de que no era guapo, sino de que sería con seguridad buen muchacho é inteligente.

A despecho de este convencimiento,

tenía á menudo instantes de desesperación. Me imaginaba que no podía haber felicidad en la tierra para un un hombre que tuviera la nariz tan grande, los labios tan gruesos y los ojos tan pequeños. Pedía á Dios que hiciera un milagro y me volviera hermoso. Estaba dispuesto á darlo todo, en lo presente y en lo por venir, á cambio de una cara linda.

La princesa tuvo que escuchar mis versos. Colmó á su autor de alabanzas y mi abuela se dulcificó, dejó de decirla «querida mía», y la invitó á que viniera á pasar la velada con todos sus hijos. La princesa aceptó, y al cabo de un instante se retiró.

Llegaron tantas visitas de felicitación, que durante todo el día hubo constantemente muchos carruajes en el patio, junto á la escalinata.

—¡Felices dias, querida prima!— dijo uno de los visitantes al entrar, y se acercó á besar la mano á mi abuela.

Era un hermoso anciano de setenta años, con uniforme. Llevaba grandes charreteras, y se veía en su pecho una gran condecoración blanca. Su fisonomía era abierta y serena, sus movimientos tenían una facilidad y una sencillez que me impresionaron. Aunque ya no tenía dientes ni casi cabellos, era todavía muy guapo.

El príncipe Iván Ivanovitch había tenido desde muy temprano una brillante posición, gracias á sus ventajas exteriores, á su bravura, á su noble carácter, gracias también á una familia elevada y de posición poderosa y á una buena suerte particular. Su inteligencia era mediana, pero era bueno y tenía sentimientos elevados. Era uno de los últimos representantes de la educación clásica francesa á la moda del siglo XVIII, y le gustaba citar á Racine, Corneille, Boileau, Montaigne, Fenelón. Era también muy versado en la mitología. En cuanto á



las ciencias y á la literatura moderna, ni siquiera tenía una tintura. Hablaba sencillamente y bien, detestaba la originalidad bajo todas sus formas y era muy del gran mundo.

La mayoría de sus contemporáneos habían desaparecido. No le quedaban ya muchas personas como mi abuela, pertenecientes al mismo círculo, que hubieran recibido la misma educación y compartieran las mismas maneras de ver. Así, daba un gran precio á su antigua amistad, y mostraba siempre á mi abuela las mayores consideraciones.

Yo no me atrevía á alzar los ojos sobre él. Sus grandes charreteras, la deferencia que todos le atestiguaban, la alegría que manifestó mi abuela al verlo y el hecho de que sólo él en el mundo no le tenía miedo, que tenía su hablar franco y que hasta se atrevía á llamarla: «prima mía», todo esto me penetraba de una veneración



hacia él igual al menos á la que me inspiraba mi abuela. Cuando le enseñaron mis versos, me llamó.

—¿Quién sabe, prima mía? Acaso será un nuevo Derjarvine—dijo pellizcándome en la mejilla. Me hizo tanto daño, que si no hubiera adivinado que aquello era una caricia, habría gritado.

Se fueron las visitas, papá y Volodia salieron del salón, y quedamos solos el príncipe, mi abuela y yo.

Hubo un instante de silencio.

—¿Por qué no ha venido nuestra querida Natalia Nicolayevna?—preguntó de pronto el príncipe Iván Ivanovitch.

—¡Ah querido!—replicó mi abuela bajando la voz y poniéndole la mano sobre la manga de su uniforme. —Probablemente habría venido si fuera libre de hacer lo que quiere. Me ha escrito que Pedro le había ofrecido traerla, pero que ella se ha negado

porque no ha tenido rentas este año. Añade que, aun sin esto, no habría querido traer toda su familia á Moscú este año; que Liubotchka es todavía demasiado pequeña, y que está mucho más tranquila por los niños sabiendo que están en mi casa que si estuvieran con ella...—Todo esto está muy bien—continuó mi abuela con un tono que demostraba claramente que no lo encontraba tan bien. Ya era tiempo de enviar á los niños aquí para que aprendan algo y se acostumbren á la sociedad. ¿Qué educación se les podía dar en el campo?... El mayor va á cumplir trece años y el otro once. Ya habrás visto, primo mío, que son verdaderos salvajitos... No saben entrar en la habitación.

—No comprendo—respondió el príncipe—esas lamentaciones perpetuas sobre sus negocios. El tiene una fortuna muy buena. Natalia tiene Kabarovka—nosotros hemos representado

allí comedias en nuestro tiempo—la conozco como mi bolsillo, es una finca magnífica, que debe siempre dar muy buenas rentas.

—Aquí, para entre nosotros, te diré como á un verdadero amigo—interrumpió mi abuela con expresión de tristeza—que todo esto tiene el aspecto de desgracias que *él* ha inventado para estar aquí sin ella y poder recorrer los círculos, las cenas y Dios sabe qué. Y ella no sospecha nada. Ya sabes que es un ángel: cree todo lo que *él* le dice. La ha convencido de que era necesario traer á los niños á Moscú, pero que era preciso que ella se quedara sola en el campo con su imbécil de aya, y lo ha creído. Si *él* le dijera que era necesario azotar á los niños, como la princesa Bárbara Ilinitch azota á los suyos, lo creería—dijo mi abuela volviéndose en el sillón con el aire de un profundo desprecio.—Sí, amigo mío—prosiguió des-

pués de un momento de silencio, cogiendo de la mesita uno de los pañuelos y secándose una lágrima—me digo á menudo que es incapaz de comprenderla y de apreciarla, y que por mucho que ella lo ame, por buena que sea y trate de ocultar su pena—lo sé muy bien—no puede ser feliz con él. Acuérdate de lo que te digo, si *él* no...

Mi abuela ocultó la cara en el pañuelo.

—¡Eh, mi buena amiga!—dijo el príncipe en tono de reproche.—Veo que no te has hecho más razonable; siempre recomiéndote y llorando por penas imaginarias. ¿Cómo no te avergüenzas? Hace mucho tiempo que *lo* conozco por un excelente marido, bueno y atento, y además es un perfecto hombre honrado.

Habiendo oído involuntariamente una conversación que no me estaba destinada, me escabullí de puntillas. Estaba muy conmovido.



## XIV

## Los Ivine.

—¡Volodia! ¡Volodia! ¡Los Ivine!  
—grité al ver por la ventana tres niños con gabanes azules con cuellos de castor, que atravesaban la calle en frente de nuestra casa, precedidos de un joven ayo elegante.

Los Ivine eran parientes nuestros y próximamente de nuestra edad. Los habíamos conocido al llegar á Moscú y nos habíamos hecho amigos.

El segundo de los Ivine, Sergio, era moreno y con el pelo rizado. Tenía una naricilla arremangada y firme, labios muy rojos y demasiado frescos que dejaban, casi siempre, ver sus blancos dientes un poco salientes. Los ojos, de un azul oscuro, eran sober-

bios, la expresión del rostro singularmente atrevida. Jamás sonreía; ó bien estaba completamente serio, ó reía á carcajadas, con una risa sonora, justa y extraordinariamente seductora. Su original belleza me había impresionado desde la primera ojeada. Sentíame irresistiblemente atraído hacia él. Me bastaba verle para ser dichoso, pero todas las fuerzas de mi alma estaban concentradas en el deseo de aquella dicha. Cuando me ocurría estar tres ó cuatro días sin verle, comenzaba á aburrirme y me ponía triste hasta llorar; dormido ó despierto, no pensaba más que en él. Me acostaba deseando soñar con él; cerraba los ojos, lo veía, y trataba de retener aquella visión querida, el más delicioso de los goces. A nadie en el mundo habría confiado lo que experimentaba: me era demasiado caro mi sentimiento. En cuanto á él, sea que encontrara enojoso hallar perpetua-

mente mis ojos inquietos fijos en él, sea, más sencillamente, que yo no le inspirara ninguna simpatía, le gustaba mucho más jugar con Volodia que conmigo. De todos modos, yo estaba satisfecho. No deseaba nada, no exigía nada, estaba dispuesto á sacrificárselo todo.

El atractivo apasionado que ejercía sobre mí se mezclaba con otro sentimiento no menos violento: el temor de disgustarlo, de molestarlo en algo, de desagradarle. Acaso era esta la expresión altanera de su rostro, acaso el precio exagerado que la vergüenza de mi fealdad me hacía dar á la belleza en los demás, acaso, y esto es lo más probable, el efecto infalible del cariño: en todo caso, mi temor era igual á mi ternura.

La primera vez que Sergio me dirigió la palabra, quedé de tal modo aturdido de aquella felicidad inesperada, que palidecí, enrojecí y no pude

proferir una palabra. Tenía él la mala costumbre, cuando reflexionaba, de mirar fijamente al mismo punto, guiñando los ojos y haciendo gestos con nariz y cejas. Todo el mundo concedía que esto le perjudicaba. A mí, aquel movimiento nervioso me pareció tan lindo, que me puse involuntariamente á imitarlo: algunos días después de nuestra primera entrevista con los Ivine, mi abuela preguntó si yo tenía malos los ojos y por qué los guiñaba como un mochuelo. Jamás fué pronunciada entre Sergio y yo una palabra afectuosa. El comprendía su poder y lo ejercía inconsciente, pero tíranicamente. Yo, por ganas que tuviera de decirle todo lo que tenía en el corazón, le temía demasiado para osar hablar, me esforzaba por parecer indiferente y me sometía con resignación. Su dominación me parecía á veces pesada, insoportable, pero era incapaz de sacudirla.



No puedo pensar sin tristeza en aquellos sentimientos frescos y puros, en aquella ternura inmensa y desinteresada, que murió sin haberse expresado y sin haber despertado eco.

¡Cosa singular! Cuando yo era niño, trataba de parecerme á los grandes, y desde que fui grande, he deseado parecerme á los pequeños. ¡Cuántas veces, en mis relaciones con Sergio, el temor de parecer niño hizo retroceder mis sentimientos y me hizo hipócrita! No sólo no me atrevía á abrazarlo, aunque á veces sintiese gran deseo de ello, ni á cogerle la mano, ni á decirle que estaba contento de verlo, pero ni siquiera me atrevía á llamarlo con el diminutivo de su nombre, y le decía siempre Sergio: así estaba establecido entre nosotros. Toda muestra de sensibilidad nos parecía *infantil*. Todavía no habíamos atravesado las amargas experiencias que hacen á las personas mayores pru-

dentes y reservadas en sus relaciones, y nos privábamos de las inocentes alegrías, de las dulces amistades de la infancia, únicamente por el singular placer de remedar á *los grandes*.

Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les saludé y me precipité escapado en las habitaciones de mi abuela, á quien anuncié su llegada con el mismo tono y la misma cara que si aquella noticia hubiera de hacer á mi abuela profundamente dichosa. Los seguí en seguida al salón, sin quitar la mirada de Sergio y sin perder uno de sus movimientos. Cuando mi abuela fijó en él sus ojos penetrantes, diciéndole que había crecido mucho, sentí la mezcla de temor y de esperanza del artista, cuya obra es sometida á un juez respetado y que espera su fallo.

Fuimos á jugar. Sergio cayó corriendo y se dió un golpe tan fuerte en la rodilla, que creí que se la había

roto. No sólo no lloró, sino que siguió jugando como si no hubiera pasado nada. No podría expresar el efecto que me produjo aquel heroísmo. Bien pronto tuve otra ocasión de admirar todavía más su valor y la firmeza extraordinaria de su carácter.

Lino Grapp había ido también á jugar con nosotros. Lino era hijo de un extranjero pobre, á quien mi abuelo había prestado en otro tiempo un servicio y que se hacía ahora un deber de enviarnos á menudo á su hijo. Si se figuraba que éste podía sacar honra ó placer de nuestro conocimiento, se engañaba por completo. No sólo no éramos amables con el joven Grapp, sino que no nos ocupábamos de él más que para burlarnos. Tenía trece años; era alto, delgado, pálido, con una desdichada cara de pájaro y una expresión débil y humilde. Sus vestidos eran muy pobres, pero se ponía tanta pomada, que nosotros pretendíamos



que se derretía los días de sol y le corría por el cuello. Cuando pienso ahora en Grapp, me digo que era un niño muy bueno, dulce y servicial; en aquel tiempo me hacía el efecto de uno de esos seres despreciables que no merecen ni siquiera que se les compadezca y que se piense en ellos.

Nos entregábamos á diversos ejercicios gimnásticos. Lino nos consideraba con una sonrisa de admiración tímida, y siempre que le proponíamos que tratara de imitarnos, rehusaba, diciendo que no tenía ninguna fuerza. A una de aquellas negativas, Sergio se dirigió á él:

—¿Por qué no quiere hacer nada? ¡Qué marica!... Es menester que se tenga sobre la cabeza.

Y lo cogió por el brazo.

—¡Sí, sí, sobre la cabeza!—gritamos todos rodeando á Lino, que tuvo miedo y palideció.

—¡Dejadme! ¡Que me desgarráis



la ropa! — gritaba la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron otra cosa que excitarnos más. Nos retorcíamos de risa. Las ropas de Lino crujían por todas las costuras. Le pusimos la cabeza sobre un diccionario, lo cojimos por sus delgadas piernecillas y le levantamos los pies en el aire.

Ocurrió que de pronto se detuvieron nuestras ruidosas risas. Reinó en la habitación tan profundo silencio, que no se oía más que la respiración oprimida del pobre Grapp. En aquel instante no estaba yo muy seguro de que aquello tuviera gracia y fuera divertido. Lo soltamos, cayó, y todo lo que pudo decir llorando fué:

—¿Por qué me atormentáis?

Cuando vimos aquella cara lastimosa, hinchada á fuerza de llorar; aquellos cabellos en desorden, aquellos pantalones remangados y descubriendo cañas de botas sucias, expe-

rimentamos cierto malestar; nos llamamos con sonrisas forzadas.

Sergio, á quien Lino, al resistirse, había dado una patada en un ojo, fué el primero en reponerse.

—¡Viejo, vete de aquí! ¡Andrajoso! —dijo, dándole con el pie.—No se puede bromear con él.

—¡Eres malo! —dijo Lino sollozando.

—¡Ah! ¡Da puntapiés y se queja! —gritó Sergio cogiendo el diccionario y blandiéndolo.—¡Toma! ¡Allá va!

Yo miraba con compasión al niño, que seguía en el suelo. Se resguardaba la cara con las manos y lloraba tan fuerte, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh, Sergio! —dije.—¿Por qué haces eso?

—¡Bueno!... ¿Lloré yo cuando casi me rompí la pierna?

«Es verdad—pensé—Grapp es un llorón. ¡Sergio sí que es valiente!... ¡Valiente!»

No se me ocurrió que el pobre niño lloraba menos del dolor físico que de la idea de que cinco niños, hacia los cuales se sentía acaso atraído, se ligaban, sin ninguna especie de razón, para odiarlo y perseguirlo.

No me explico verdaderamente mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Cómo no me puse de su parte? ¿Cómo no lo defendí y consolé? ¿Qué se había hecho de la compasión que me hacía llorar al espectáculo de un pajarillo caído de su nido, ó de un perrillo recién nacido que tiraban, ó de una gallina que el cocinero cogía para echarla en el puchero?

Este precioso sentimiento, ¿estaba ahogado por mi pasión por Sergio y por el deseo de parecerle tan determinado como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos es á los que debo las únicas manchas de las páginas en que inscribo mis recuerdos de infancia.

XV

**Llegada de los invitados.**

Se esperaba mucha gente para la noche. Era fácil adivinar en la agitación que reinaba entre los criados y en la brillante iluminación, que daba una fisonomía nueva y un aire de fiesta á los objetos familiares del salón y de la gran sala. Por lo demás, el príncipe Iván Ivanovitch había enviado su música, y era claro que aquello era para algo.

Cada vez que yo oía un carruaje me precipitaba á la ventana, colocaba mis manos á modo de pantalla en mis sienes, y miraba á la calle, la nariz pegada á los cristales, con curiosidad é impaciencia. En el primer momento todo parecía negro. Poco á



poco nuestra antigua conocida, la tien-decita de enfrente, salía de la oscuridad con su farol. Luego era la torre de la gran casa de al lado con sus dos ventanas bajas iluminadas. En fin, en medio de la calle se perfilaba algún miserable trineo de alquiler ó un cochero que volvía á su casa á pie.

Al fin llegó un carruaje á colocarse delante de la escalinata. Convencido de que eran los Ivine, que habian prometido ir temprano, corrí á su encuentro hasta la antecámara. En vez de los Ivine aparecieron, detrás del brazo con librea que abría la puerta, dos personas del sexo femenino: la una alta, envuelta en una capa azul, con cuello de cibelina; la otra pequeña, muy arropada en un chal verde, de donde no salían más que dos piececitos en botitas con piel. Creí de mi deber hacer un saludo, pero la pequeña fué á colocarse delante de la alta sin prestar ninguna atención á mi presen-

cia, y quedó inmóvil. La alta desató el pañuelo que envolvía la cabeza de la pequeña y le quitó el chal. Cuando el lacayo hubo tomado aquellos objetos y quitado las botitas con piel, en el lugar de la persona arropada apareció una encantadora niña de unos doce años, con falda de muselina, corta y descotada, y con pantalón blanco.

Llevaba unos diminutos zapatitos y un terciopelo negro en su blanco cuello. Su cabecita estaba toda rizada, y sus bucles castaños sentaban tan bien á su rostro encantador y á sus hombros desnudos, que ni el mismo Karl Ivanovitch hubiera dicho que aquellos cabellos estaban rizados por haber estado todo el día en papillotes en pedazos de la *Gaceta de Moscú*, y porque se les había prensado en un hierro caliente. Para mí, había debido nacer con aquella cabeza rizada.

Lo que chocaba en su cara eran los ojos. Eran inmensos, muy cubiertos,

y su grandor formaba contraste singular, pero agradable, con la pequeñez de la boca. Los labios estaban apretados, y la mirada, cuya expresión seria se comunicaba á toda la fisonomía, hacía uno de esos rostros de los que no se espera una sonrisa, y cuya sonrisa es, por tanto, más hechicera.

Me escurrí á la sala, evitando atraer la atención, y juzgué indispensable pasearme todo á lo largo, con el aire de un hombre absorto que no nota nada de lo que sucede en el mundo. Cuando las invitadas estuvieron en medio de la sala, fingí salir de pronto de mi meditación, hice la reverencia y dije que mi abuela estaba en el salón. La señora Valakhine me hizo con la cabeza una señal benévola. Su cara me gustó mucho, porque le encontré un gran parecido con su hija Sonia.

Mi abuela pareció encantada de ver á Sonia. Le hizo acercarse, arregló un

bucle que se obstinaba en caerle sobre la frente, y dijo mirándola con fijeza:

—¡Qué niña tan encantadora!

Sonia sonrió, se ruborizó y se puso tan linda, que yo también me ruboricé mirándola.

—Espero que no te aburrirás en mi casa, monina—dijo mi abuela cogiéndole la barba y alzándole la carita.—Quiero que te diviertas bien y que bailes mucho. Tenemos ya una señora y dos caballeros—añadió, dirigiéndose á la señora Valakhine y tocándome con la mano.

Esta presentación me fué tan agradable, que me ruboricé de nuevo.

Sintiendo crecer mi timidez y oyendo llegar otro carruaje, creí deber alejarme. Encontré en la antecámara á la princesa Kornakof con su hijo y un número inverosímil de hijas. Estas tenían todas la misma cara; se parecían todas á su madre, y todas eran feas; gracias á esta semejanza, nin-



guna llamaba la atención. Cuando se hubieron quitado los abrigos y los boas, se pusieron de pronto á charlar todas á la vez y á reir—probablemente de verse tan numerosas.—El hijo, Esteban, era un muchacho de trece años, alto y grueso, con rostro descompuesto, ojos hundidos y ojerosos, pies y manos enormes para su edad. Era torpe y tenía una voz desagradable y desigual, pero parecía satisfecho de sí. Así era como yo me representaba á un muchacho á quien se castigaba con el látigo.

Permanecimos bastante tiempo de pie, uno enfrente de otro, sin decir nada y mirándonos con atención. Hicimos después un movimiento de avance como para abrazarnos; pero habiéndonos mirado á los ojos, cambiamos de opinión. Cuando hubieron pasado por delante de nosotros las faldas de todas las hermanas, pregunté á Esteban, para entablar conversación,

si no habian venido muy estrechos en el carruaje.

—No sé—me respondió negligente-mente.—Jamás voy dentro del carruaje, porque mamá sabe que me pongo malo en seguida. Cuando salimos por la tarde, voy siempre en el pescante, esto es, mucho más divertido; se ve todo, y Felipe me deja guiar. Algunas veces tomo el látigo. Y los transeun-tes, sabe V., algunas veces...—Hizo un gesto expresivo.—¡Es cosa tan di-vertida!

—Excelencia—dijo un lacayo en-trando—Felipe pregunta dónde ha puesto el señorito el látigo.

—¿Cómo que dónde lo he puesto? Se lo he devuelto.

—Dice que no.

—Entonces lo habré colgado en el farol.

—Felipe dice que no, y haría mejor el señorito en decir que lo ha tomado y que lo ha perdido: de otro modo,

Felipe se verá obligado á pagar las travesuras del señorito con su dinero—continuó el lacayo irritado, animándose más cada vez.

Aquel hombre tenía un aire respetable y arisco. En el calor con que tomaba el partido de Felipe, se comprendía que estaba decidido á poner á toda costa aquel asunto en claro. Por un espontáneo sentimiento de delicadeza, me aparté fingiendo no ver ni oír nada. Los lacayos que se encontraban en la antecámara obraron de manera contraria. Se acercaron y miraron al viejo servidor con aire de aprobación.

—Pues bien, bueno; lo he perdido —dijo Esteban eludiendo más explicaciones.—Yo le pagaré el látigo. Es cosa de morirse de risa —añadió acercándose á mí y llevándome hacia el salón.

—¿Y con qué lo pagará el señorito? Ya sé yo cómo paga. En ocho meses

ha dado veinte kopeks en junto á María Vasilevna, otro tanto á mí en dos años, á Pedro...

—¿Te quieres callar?—gritó el joven príncipe palideciendo de cólera.  
—¡Lo diré!

—¡Lo diré, lo diré!—murmuró el lacayo.—¡Eso no está bien, excelencia!—gritó con un redoble de energía en el momento en que entrábamos en la sala, y se llevó los abrigos.

—¡Tiene razón!—dijo detrás de nosotros, con tono aprobador, una voz que venía de la antecámara.

Mi abuela tenía un talento especial para expresar su manera de pensar sobre las gentes, por el modo de distribuir y de acentuar los *tú* y los *usted*. Cuando empleaba el singular ó el plural al revés del uso corriente, aquellas palabras tomaban en su boca una significación completamente particular. Cuando el joven príncipe se acercó á saludarla, ella le dirigió algunas



frases diciéndole *usted*, y lo midió con la vista con tal desprecio, que, en su lugar, yo no habría sabido dónde meterme. Pero Esteban era de otra pasta. No puso ninguna atención ni en la acogida de mi abuela ni en ella misma, y saludó á toda la concurrencia, si no con gracia, al menos con desenvoltura.

Sonia absorbía toda mi atención. Recuerdo que cuando hablamos Volodia, Esteban y yo, en un sitio de la sala desde donde veíamos á Sonia y ella podía vernos y oírnos, me complacía en hablar; me ocurría decir alguna cosa que me parecía graciosa ó atrevida, alzaba la voz y lanzaba ojeadas por la puerta del salón; cuando, por el contrario, nos encontrábamos en un sitio donde no se nos podía ver ni oír desde el salón, no encontraba ningún placer en la conversación y me callaba.

Poco á poco se llenaron el salón y

la sala. Como sucede siempre en los bailes de niños, había entre los invitados algunos niños grandes que no habían querido perder una ocasión de divertirse y que, á creerlos, no bailaban más que para complacer á la dueña de la casa.

Cuando llegaron los Ivine, en vez del gusto que me causaba de ordinario la aparición de Sergio, experimentó una especie de irritación singular, de que iba á ver á Sonia y á ser visto de ella.

## XVI

### Antes de la mazurka.

—¡Oh, parece que se va á bailar!— dijo Sergio saliendo del salón y sacando del bolsillo un par de guantes

de piel enteramente nuevos. — Hay que ponerse guantes.

«¿Cómo arreglármelas? — pensé. — No tenemos guantes, hay que subir á buscarlos.»

Pero por mucho que revolví las cómodas, no encontré más que en una, nuestros guantes de viaje de lana verde, y en la otra, un guante de piel que no podía servirme de nada, por tres razones: la primera, que estaba muy viejo y muy sucio; la segunda, que era demasiado grande para mí; la tercera, que le faltaba el dedo de enmedio, que Karl Ivanovitch había cortado hacía mucho tiempo para hacerse un dedil, un día que había tenido mala la mano. Me puse, sin embargo, aquel resto de guante, y consideré fijamente mi dedo de enmedio, que estaba invariablemente lleno de tinta.

«Si estuviera aquí Natalia Savichna, se encontrarían guantes en sus

cofres. Imposible bajar de este modo: si me preguntan por qué no bailo, ¿qué contestaré? Imposible quedarme aquí: verán abajo que no estoy allí. ¿Qué hacer?» —dije agitando las manos.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Volodia que entró corriendo.— Ven en seguida á invitar á alguna niña... Va á comenzar el baile.

—Volodia—le dije enseñándole mi mano, dos de cuyos dedos salían por el agujero del guante sucio, y con una voz que denunciaba una situación desesperada:—Volodia, ¿no has pensado en esto!

—¿En qué?—dijo con impaciencia. —¡Ah, los guantes!—añadió con la mayor indiferencia mirándome la mano.—Es verdad, no tenemos; hay que pedirselos á la abuela... ¿Qué va á decir?—Y sin pensar más bajó corriendo.

La sangre fría con que trataba una



circunstancia que me parecía tan importante, me calmó. Me dirigí apresuradamente al salón, olvidando por completo el horrible guante que llevaba en mi mano izquierda.

Me acerqué con precaución al sillón de mi abuela, le tiré ligeramente de la manteleta y le dije muy bajo:

— ¡Abuela! ¿Qué hacer? ¡No tenemos guantes!

— ¿Cómo, hijo mío?

— Que no tenemos guantes—repetí acercándome á ella insensiblemente y poniendo las manos en el brazo del sillón.

— Pues, ¿y esto?—dijo cogiéndome de pronto la mano izquierda.—Vea V., querida—continuó dirigiéndose á la señora Valakhine—vea V. qué elegante se ha puesto este joven para bailar con su hija de V.

Mi abuela me tenía cogido vigorosamente y miraba con seriedad á los

asistentes con aire interrogador. No me soltó hasta que la curiosidad de todos los invitados estuvo satisfecha y estalló una carcajada general.

Me habría mortificado profundamente ser visto por Sergio en aquella situación, descompuesto por completo de vergüenza y haciendo vanos esfuerzos por retirar la mano; pero no sentí ningún embarazo respecto de Sonia, que se reía con tanta fuerza que lloraba, y que sus bucles danzaban alrededor de su carita empurpurada. Comprendí que su risa era demasiado franca para ser mala; al contrario, el hecho de que reíamos á la vez mirándonos, constituía una aproximación. El episodio del guante, que habría podido tomar mal giro, tuvo la ventaja de quitarme todo embarazo con la sociedad del salón, que me había parecido siempre horriblemente intimidante. En la sala no estaba intimidado lo más mínimo.

Los sufrimientos de las gentes tímidas provienen de que desconocen la impresión que han producido. Desde que esta impresión, cualquiera que sea, se ha manifestado claramente, cesa el sufrimiento.

¡Qué linda estaba Sonia Valakhine mientras que me hacía *vis á vis* en una cuadrilla con el torpón de Kornakof! ¡Con qué graciosa sonrisa me daba su manita al hacer la cadena! ¡Qué gentilmente saltaban sus bucles castaños, á compás, en su cabecita, y de qué modo hacían sus piernecitas las mudanzas! En la cuarta figura, cuando mi pareja cruzó y yo me preparaba á hacer una figura solo, Sonia apretó los labios con aire serio y volvió la cabeza, mientras que yo esperaba el momento de entrar á compás. Pero hacía mal en tener miedo por mí. Hice atrevidamente *chasé* adelante, *chasé* atrás, balancé, y, acercándome á ella, le mostré alegremente

el guante, con dos dedos saliendo por el agujero. Ella soltó una carcajada con toda su alma, y sus piececitos se deslizaron aún con más gracia por el piso. Recuerdo también que en el momento en que hacíamos el corro, cogidos todos de la mano, se inclinó y frotó la punta de su naricita con su guante, sin soltarme. Veo todo esto como si estuviera pasando, y oigo la cuadrilla á cuyos sonidos pasaban estas cosas.

Bailé la segunda contradanza con Sonia. Cuando estuve colocado al lado suyo, me sentí atrozmente embarazado. No sabía absolutamente de qué hablarla. Prolongándose demasiado mi silencio, temí que me tomara por tonto, y resolví sacarla á toda costa de semejante error.

—¿Vive V. en Moscú?—le dije en francés.

Y habiendo recibido respuesta afirmativa, proseguí:



—Yo no he frecuentado todavía la capital.

Fiaba yo mucho en el efecto de la palabra «frecuentar»; sin embargo, sentía que después de aquel brillante comienzo, que demostraba lo fuerte que estaba en francés, me sería imposible sostener la conversación en el mismo diapasón. Faltaba aún mucho tiempo para que nos tocase nuestro turno en el baile, y había comenzado de nuevo el silencio. La miraba con inquietud, deseoso de saber qué impresión le producía, y esperando que acudiera en mi socorro.

—¿De dónde ha sacado V. ese pícaro guante?—preguntó de pronto, y esta pregunta me causó un placer y un alivio extremos.

Le expliqué que el guante pertenecía á Karl Ivanovitch, y me extendí con cierta ironía acerca de la persona de Karl Ivanovitch. Conté cuán grotesco estaba cuando se quitaba su go-

rrero rojo, de qué modo había caído un día del caballo con su levita verde, precisamente en un charco, etc. La cuadrilla pasó como un relámpago. Todo aquello estaba muy bien; pero ¿por qué me burlaba de Karl Ivanovitch? ¿Habría perdido el buen concepto de Sonia si hubiera hablado de él con el cariño y el respeto que me inspiraba?

Cuando acabó la contradanza, Sonia me dijo «gracias» tan gentilmente, que no habría tomado otro tono si me hubiera debido reconocimiento. Yo estaba loco de entusiasmo, fuera de mí de alegría, no me reconocía: ¿de dónde había sacado aquella alegría, aquel aplomo, hasta aquella audacia? «Nada del mundo podrá intimidarme, pensaba, paseándome con indiferencia por la sala; ¡estoy dispuesto á todo!»

Sergio me propuso hacerle *vis á vis*.

—Bueno—le dije—no tengo pareja, pero yo la encontraré.

Recorrí la sala con mirada resuelta. No había disponible más que una señorita, de pie en la puerta del salón. Acercábase á ella un joven, evidentemente para invitarla; él no estaba más que á dos pasos, y yo estaba en el otro extremo de la sala. Me deslicé graciosamente sobre el piso, volé, estuve delante de ella en un abrir y cerrar de ojos, le hice una reverencia y le rogué con voz firme que me concediera la contradanza. La señorita sonrió con aire protector, me dió la mano, y el joven se quedó sin pareja.

De tal modo tenía yo la conciencia de mi fuerza, que no puse ninguna atención en el despecho del joven. Después supe que había preguntado quién era aquel niño con los pelos alborotados, que le había quitado su pareja en sus narices.

## XVII

### La mazurka.

Aquel joven era de la primera pareja de la mazurka. Se lanzó de su sitio, teniendo á su pareja de la mano, y en vez de ejecutar el «paso vasco» como nos lo había enseñado Mimi, se contentó con correr hacia adelante. Llegado al ángulo opuesto de la sala, se detuvo, separó los pies, golpeó el suelo con el tacón, se volvió, dió un saltito y continuó su carrera.

Yo no tenía pareja para la mazurka. Me había sentado detrás del sillón de mi abuela y miraba.

«¿Qué es eso que hace?—me decía á mí mismo.—Eso no es de ningún modo lo que Mimi nos ha enseñado. Ella aseguraba que todo el mundo baila la



mazurka sobre la punta de los pies, deslizándose y haciendo vueltas de pierna; pero eso no es nada de esto. Los Ivine, Esteban, todos danzan y ninguno hace el «paso vasco»; y Volodia ha adoptado la nueva manera. ¡No es feo eso!... ¡Qué deliciosa está Sonia! ¡Ah, ahora le toca á ella! Yo era completamente feliz.

La mazurka tocaba á su fin. Algunas personas de edad llegaron á despedirse de mi abuela y se fueron. Los lacayos cruzaban la sala evitando á los bailarines y llevaban con precaución con qué poner la mesa en las habitaciones del fondo. Mi abuela estaba visiblemente fatigada, no hablaba más que á la fuerza y con tono cansado. Los músicos volvían á comenzar lánguidamente, por la trigésima vez, el mismo motivo. La señorita con quien yo había bailado hacía la figura. Me vió, sonrió pérfidamente y se acercó á mí, sin duda para compla-

cer á mi abuela, llevando á Sonia y á una de las innumerables Kornakof.

—¿Rosa ú ortiga? — me preguntó.

—¡Ah! ¿Estás aquí?—dijo mi abuela volviéndose en el sillón. — Anda, hijo mío, anda.

Yo tenía más ganas de esconderme bajo el sillón de mi abuela, que de ir; pero ¿cómo rehusar? Me levanté, respondí: «Rosa», y miré tímidamente á Sonia. Antes de que me diera cuenta de ello, se encontraba en la mía una mano enguantada de blanco y la joven princesa Kornakof se ponía en movimiento con la sonrisa más comprometida; no sospechaba que yo no sabía absolutamente qué hacer con mis piernas.

Sabía que el «paso vasco» no era á propósito, y que hasta podría proporcionarme una afrenta; sin embargo, como el aire conocido de la mazurka produjera sobre mis nervios auditivos una excitación familiar, el oído

transmitió aquella excitación á las piernas, que se pusieron á ejecutar involuntariamente sobre la punta de los pies el aire fatal, con resbalones y vueltas de pierna. Me miraban con asombro. Seguía yo en línea recta, pero noté que al volver, si no tenía cuidado, me encontraría inevitablemente delante de mi pareja. Para evitar esto, me paré con la intención de imitar lo que había visto hacer tan elegantemente al joven de la primera pareja. Pero en el momento mismo en que iba á saltar, la joven princesa giró precipitadamente alrededor mío y se puso á contemplar mis pies con aire de estúpida curiosidad y de asombro. Esto me perdió. Me turbé hasta el punto de que en vez de bailar pataleé sobre el mismo sitio, de la manera más extravagante y hasta sin compás. Aquello no se parecía á nada, y acabé por pararme por completo. Todo el mundo me miraba, quién con

sorpresa, quién con curiosidad, quién con aire burlón, quién con compasión; sólo mi abuela con completa indiferencia.

—¡No debía V. bailar, si no sabe hacerlo!—dijo á mi espalda la voz irritada de papá; y, apartándome, tomó de la mano á mi pareja, dió con ella una vuelta á la moda antigua, lo que le valió un éxito, y la acompañó á su sitio. En el mismo instante acabó la mazurka.

«¡Dios mío! ¿Por qué me castigas tan cruelmente?»

.....

«Todo el mundo me desprecia y me despreciará siempre... De hoy tengo cerrados todos los caminos: amistad, amor, honores... ¡todo está perdido para mí! ¿Por qué Volodia me hacía señas que veía todo el mundo y que no podían servirme de nada? ¿Por qué aquella espantosa princesa miraba de aquel modo mis pies? ¿Por qué Sonia...



es muy linda, pero por qué se sonreía? ¿Por qué papá ha enrojecido y me ha cogido del brazo? ¿Es que se avergonzaba de mí? ¡Oh, esto es horroroso! ¡Si mamita estuviera aquí, nose avergonzaria de su Nicolasito!...» Mi imaginación vuela á lo lejos, hacia esta querida imagen. Vuelvo á ver la pradera delante de la casa, los grandes tilos del jardín, el estanque transparente sobre el que las golondrinas vuelan girando, el cielo azul sembrado de nubes blancas y diáfanas, los haces olorosos de heno nuevo, y muchas otras imágenes apacibles, de hermosos colores, que flotan en mi turbada imaginación.

## XVIII

### Después de la mazurka.

En la cena, el joven á quien yo había quitado la pareja, se colocó con nosotros en la mesa de los niños. Se ocupaba de mí de una manera que me habría halagado infinitamente, si yo hubiera podido ser sensible á algo después de la desgracia que me había ocurrido. Se habría dicho que quería á toda costa animarme otra vez: me decía lisonjas, me trataba de valiente, aprovechaba los momentos en que no nos miraban las personas mayores para servirnos vinos variados, que me obligaba á beber. Al fin de la cena, cuando el mayordomo se acercó con una botella de champagne envuelta en una servilleta, y no me puso

más que una gota, el joven insistió para que llenase la copa, y me la hizo beber de un trago. Sentí un calor agradable en todo mi cuerpo, mi corazón se llenó de ternura por mi alegre protector, y me eché á reir á carcajadas.

De pronto la música tocó el «abuelo», y nos levantamos de la mesa. Este fué el fin de mis relaciones con el joven. Fué á reunirse con las personas mayores, y yo, no atreviéndome á seguirle, fui á escuchar lo que la señora Valakhine decía á su hija.

—Todavía media horita—decía Sonia con tono persuasivo.

—Es verdaderamente imposible, ángel mío.

—Te lo ruego, haz estopor mí—in-sistía con voz acariciadora.

—¿Te gustará que yo esté mañana mala?—preguntó la señora Valakhine, y tuvo la imprudencia de sonreír.

—¡Lo quieras! ¿Nos quedamos?— exclamó Sonia saltando de alegría.

—Habrá que hacer lo que quieras. Vaya, ve á bailar... mira, aquí tienes pareja—dijo señalándome.

Sonia me dió la mano y corrimos hacia la sala.

El vino que había bebido, unido á la presencia de Sonia y á su alegría, me hizo olvidar completamente el triste desenlace de la mazurka. Ejecuté los pasos más cómicos. En tanto imitaba al caballo é iba al trote corto levantando orgullosamente los pies, en tanto pataleaba haciendo el carnero que hace frente á un perro; y me reía con toda mi alma, sin inquietarme lo más mínimo, de lo que pensaban los espectadores. Sonia tampoco cesaba de reir. Dábamos vueltas en redondo, cogidos de las manos, y ella se reía. Mirábamos un viejo que alargaba la pierna lentamente, como si fuera un gran obstáculo, por enci-



ma de un pañuelo caído, y ella soltaba la carcajada. Saltaba yo hasta el techo, para demostrar mi agilidad, y ella se retorcia de risa.

Al cruzar el gabinete de mi abuela, eché una mirada al espejo. Yo estaba empapado en sudor, todo desgredado, mis cabellos estaban más de punta que nunca. A pesar de esto, mi cara tenía tan buena expresión, tal aire de salud y de alegría, que me gusté.

«Si estuviera siempre como en este momento, pensé, hasta podría agradar.»

Pero cuando torné mis ojos sobre el lindo rostro de mi pareja, vi en él una belleza tan delicada y tan exquisita, unida á aquella como expresión de salud, de alegría y de indiferencia, que me había gustado en mí, que me puse furioso contra mí mismo: comprendí lo absurdo de esperar que yo pudiera atraer la atención de una criatura tan maravillosa.

No sólo no esperaba correspondencia, sino que ni siquiera pensaba en ella: mi alma no la necesitaba para desbordar de felicidad. No sabía que más allá del sentimiento del amor que inundaba mi corazón de delicias, existe aún una dicha más grande, que se puede desear algo más que no cesar nunca de amar. Estaba contento así. Mi corazón latía como el de un pichón; la sangre aflucía á él sin cesar y tenía ganas de llorar.

Seguimos el corredor. Al pasar por delante de la habitación oscura de debajo de la escalera, la miraba y pensaba: «¡Qué dicha si pudiera vivir toda mi vida con ella en esa habitación oscura, sin que nadie supiera que estábamos ahí!»

—¿Verdad que nos divertimos bien esta noche?—dije en voz baja y temblorosa, y apreté el paso asustado menos de lo que había dicho que de lo que hubiera querido decir.

—¡ Oh, sí... mucho! —respondió volviendo su cabecita hacia mí con una expresión tan franca y tan buena, que se me fué el miedo.

—Sobre todo después de la cena...

—Si supiera V. qué disgustado estoy (quería decir «triste», pero no me atreví) al pensar que se va V. á ir y que no nos veremos más...

—¿Por qué no hemos de vernos más?

—dijo mirando fijamente la punta de sus zapatitos y pasando un dedito por una mampara en celosía, por delante de la cual pasábamos. Todos los martes y los viernes vamos, mamá y yo, á pasearnos en carruaje por el bulevar Tveskøe. ¿No va V. á paseo?

—Pediremos seguramente ir el martes, y si no me lo permiten, me escaparé solo, sin nada á la cabeza. Sé el camino.

—¿Sabe V. una cosa? — dijo de pronto Sonia.—Hay niños que van á casa y les digo siempre de *tú*. Hablé-

monos también de *tú*. ¿Quieres?—añadió moviendo la cabeza y mirándome fijamente á los ojos.

En aquel instante entrábamos en la sala, donde comenzaba otra repetición, muy animada, del «abuelo.»

—Báilela... V. conmigo — dije, aprovechando un momento en que la música y el ruido podían cubrir mi voz.

—*Báilala, no báilela* — dijo Sonia, y se echó á reír.

El «abuelo» se acabó sin que yo hubiese conseguido colocar una sola frase con *tú*, aunque no hubiera cesado de inventarlas, en las cuales el *tú* entraba muchas veces. Me faltó audacia. «¿Quieres? *Baila*», estas palabras me resonaban en los oídos y me emborrachaban. No veía nadani á nadie, excepto á Sonia. Vi que le recogían los ensortijados cabellos y que se los echaban detrás de las orejas, descubriendo así las sienes y una parte



de frente que aún no había visto. Vi que la envolvían de la cabeza á los pies en el chal verde, de manera que no se veía más que la punta de su naricita. Noté que si ella no hubiera hecho, con sus deditos derosa, una abertura delante de la boca, se habría seguramente ahogado. Vi que al bajar la escalera detrás de su madre se volvió vivamente de nuestro lado, hizo una seña con la cabeza y desapareció por la puerta.

Volodia, los Ivine, el joven príncipe, todos estábamos enamorados de Sonia, todos estábamos en la escalera siguiéndola con los ojos. Ignoro á cuál de nosotros se dirigía aquella seña; pero en aquel instante estaba firmemente convencido de que me estaba destinada.

Al decir adiós á los Ivine, hablé á Sergio y le estreché la mano con perfecta libertad de espíritu y hasta con cierta frialdad. Si él comprendió que

á partir de aquel día había perdido mi amistad y su imperio sobre mí, es evidente que lo lamentó, aunque se esforzara por manifestar una completa indiferencia.

Por la primera vez de mi vida había yo variado en mis afecciones, y por la primera vez, sentía la dulzura del cambio. Me parecía delicioso trocar un afecto pasado al estado de hábito, y, por decirlo así, disminuido por un amor fresco, lleno de misterio y desconocido. Además, cesar de amar y comenzar á amar, todo á la vez, es amar dos veces más que antes.

## XIX

**En mi cama.**

«¿Cómo he podido amar á Sergio tan apasionadamente y tanto tiempo? —me decía yo una vez acostado.—

No, nunca ha comprendido, ni apreciado, ni merecido mi cariño... ¿Y Sonia? ¡Es deliciosa! ¿Quieres?... *Comienza tú.*»

Di un salto al representarme con vivacidad su carita, estiré la cubierta sobre mi cabeza, me enrollé en ella de modo que no quedara ninguna abertura y me volví á tender. Sentí un agradable calor, y me perdí en sueños y recuerdos deliciosos. Mis ojos miraban fijamente el forro de la cubierta calada, y *la* veía tan claramente como una hora antes. Hablaba mentalmente con ella, y aquella conversación, enteramente desprovista de sentido por lo demás, me procuraba goces indescriptibles, porque los *tú* hormigueaban en ella.

Aquellos sueños eran tan preciosos, que el placer y la emoción me impedían dormir y tenía necesidad de compartir con alguien mi exceso de felicidad.

—¡Qué lindo es!—dije casi alto, volviéndome bruscamente del otro lado.—¿Duermes, Volodia?

—No—respondió con voz adormilada.—¿Qué pasa?

—Estoy enamorado, Volodia. Completamente enamorado de Sonia.

—Bueno, ¿y qué?—replicó, estirándose.

—¡Oh Volodia! No puedes figurarte lo que me sucede... Mira: me había tapado la cabeza con la cubierta, y la veía como si la viera, y hablaba con ella... esto es asombroso. ¿Y sabes otra cosa? Aquí, acostado, cuando pienso en ella, me pongo muy triste, Dios sabe por qué, y tengo ganas de llorar.

Volodia se movió en su cama.

—Yo no pediría más que una cosa—continué;—estar siempre con ella, verla siempre y nada más. Y tú, ¿estás enamorado de ella? Di la verdad, Volodia.

Por extraño que esto sea, yo habría



querido que todo el mundo estuviera enamorado de Sonia y lo dijera.

—¿Qué te importa eso?—dijo Volodia, volviéndose de mi lado.

—¡Tú no tienes ganas de dormir, lo finges!—exclamé, notando en sus ojos brillantes que no pensaba de ningún modo en dormir.

Rechacé la cubierta, y continué:

—¡Hablemos de ella! ¿Verdad que es deliciosa?... Tan deliciosa, que si me dijera: «Nicolás, tírate por la ventana» ó «arrójate al fuego», te juro que lo haría enseguida y con alegría. ¡Ah, qué deliciosa es!—añadí, representándome que estaba allí delante de mí, y á fin de gozar bien de su imagen, me volví bruscamente del otro lado y metí la cabeza bajo la almohada.

—¡Tengo una gana terrible de llorar, Volodia!

—¡Bobo!—dijo sonriendo.

Después de un instante de silencio continuó:

—Yo no soy del todo como tú. Si pudiera, querría, en primer lugar, sentarme á su lado y hablar...

—¡Ah! ¿Luego también tú estás enamorado?—interrumpí.

—Después—prosiguió Volodia, sonriendo tiernamente—besaría sus dedos, sus ojitos, su boquita, sus naricitas, sus piececitos... la besaría toda...

—¡Qué tonterías!—exclamé desde debajo de mi almohada.

—No comprendes nada—dijo Volodia en tono de desprecio.

—De ningún modo; comprendo, y tú eres quien no comprendes y dices tonterías—dije llorando.

—Vaya, no hay motivo para llorar. ¡Qué marica!

## XX

## La carta.

El 16 de Abril, cerca de seis meses después del día que he descrito, entró mi padre en nuestro cuarto durante la clase y anunció que partiríamos con él aquella misma noche para el campo. A esta noticia se oprimió mi corazón y pensé en seguida en mamá.

La causa de aquella partida imprevista era la carta siguiente:

Petrovskoë 12 de Abril.

«Son las diez de la noche, acabo de recibir tu buena carta del 3 de Abril, y, según mi costumbre, contesto á ella en seguida. Fedor la había traído de la ciudad ayer; pero como era tarde, no se la ha dado á Mimi hasta

esta mañana. Mimi, con pretexto de que yo estaba enferma y agitada, se la ha guardado todo el día. En efecto, tenía yo una poca fiebre, y, para decirte la verdad, hace cuatro días que no me encuentro bien y que no me levanto.

»Te ruego que no te asustes; no estoy enferma, y si Iván Vassilitch lo permite, me levantaré mañana.

»El viernes de la semana pasada salí en carruaje con los niños. En el momento de llegar á la carretera, cerca del puentecillo que siempre me ha dado miedo, la carretela se atascó. El tiempo era soberbio, y tuve la idea de ir á pie hasta la carretera, mientras sacaban el carruaje. Al llegar á la capilla, me sentí muy fatigada y me senté para descansar; pero como se necesitó cerca de media hora para reunir gente y sacar la carretela, me enfrié, los pies sobre todo, porque llevaba botinas finas y se me



habían mojado. Después de la comida sentí escalofríos; seguí, sin embargo, yendo y viniendo, y después del te me puse á tocar á cuatro manos con Liubotchka (no la conocerás, ha adelantado mucho). ¡Figúrate mi asombro cuando noté que me era imposible contar los compases! Volví á intentarlo muchas veces; pero todo se embrollaba en mi cabeza y tenía como un gran ruido en los oídos. Contaba uno, dos, tres, y luego, ocho, quince; advertí que me equivocaba y que no había medio de contar bien. Al fin, Mimi vino en mi ayuda y me acostó casi á la fuerza. He aquí, amigo mío, en detalle, cómo me he puesto mala por mi culpa. El día siguiente tuve fiebre bastante alta, y vino nuestro buen Iván Vassilitch. Desde entonces no se ha ido de casa, y asegura que pronto saldré. ¡Qué hombre tan excelente! Mientras que he tenido fiebre y delirio ha pasado la noche junto á mi cama,

sin pegar ojo. En este momento, sabiendo que escribo, ha ido á buscar á las niñas. Oigo que les cuenta cuentos alemanes y que ellas se ríen á carcajadas.

»La *hermosa flamenca*, como tú la llamas, está aquí hace cerca de quince días, porque su madre ha ido á pasar una temporada fuera, y me atestigua un verdadero cariño. Me ha confiado todos los secretos de su alma. Con su linda cara, su buen corazón y su juventud, *habría con qué hacer una joven encantadora en todos conceptos, si estuviera en buenas manos. En la sociedad en que vive, y á juzgar por lo que cuenta, se perderá completamente. Se me ha ocurrido que si yo no tuviera ya bastante con mis hijos haría una buena obra admitiéndola en casa.*

»Liubotchka quería escribirte, pero ha roto ya tres plieguecillos de papel; dice que «papá es demasiado burlón,

y que si ella cometiera una falta él se la enseñaría á todo el mundo». Catalina sigue siempre tan gentil. Mimi tan buena y tan fastidiosa.

»Hablemos ahora de cosas serias. Me escribes que tus negocios no van bien este invierno y que te verás obligado á tomar el dinero de Khabarovka. ¡Cómo pides permiso para hacerlo! Esto me ha parecido muy singular. ¿Es que lo mío no es tuyo?

»Eres tan bueno, querido mío, que me ocultas la situación de tus negocios por miedo á afligirme; pero yo adivino que has perdido mucho al juego y te juro que no te lo echo en cara de ningún modo. Con tal que las cosas puedan arreglarse, no pienses más en ello, te lo suplico, y no te atormentes inútilmente. Estoy acostumbrada á no contar para los niños con tus ganancias, ni siquiera (no te enfades) con tu fortuna. No siento más placer cuando ganas que disgusto

cuando pierdes. No me disgusta más que tu desdichada pasión por el juego, que me roba una parte de tu corazón y me obliga á decirte verdades duras como en este momento. ¡Dios sabe, sin embargo, si esto me es doloroso! No le pido más que una cosa, y es que nos preserve, no de la pobreza (¿qué importa la pobreza?), sino de esa situación terrible en que los intereses de los niños, que yo debería defender, fueran opuestos á los nuestros. Hasta ahora Dios me ha escuchado. Tú no has pasado el límite más allá del cual nos veríamos obligados, sea á sacrificar una fortuna que no es nuestra, sino de nuestros hijos, sea á... Es horrible sólo pensarlo, y esa terrible desgracia nos amenaza siempre. ¡Qué pesada cruz nos ha dado á llevar el Señor!

»Me vuelves á hablar en tu carta de los niños, y vuelves á nuestra antigua cuestión; me pides que consienta



en que los pongas en pensión. Ya conoces mis prevenciones contra las pensiones.

»Ignoro, querido marido, si me concederás mi súplica; pero te ruego, en nombre de tu cariño por mí, que me prometas que jamás, ni durante mi vida, ni después de mi muerte, si Dios nos separa, harás eso.

»Me escribes que no podrás dispensarte de ir á Petersburgo para nuestros asuntos. ¡El Señor te acompañe, esposo mío! Parte y vuelve lo más pronto posible. ¡Nos aburríamos tanto sin ti! La primavera es soberbia. Se ha quitado ya la puerta de la galería; la senda que lleva á la estufa de los naranjos está completamente seca hace cuatro días; los albérchigos están en flor; no quedan más que algunas manchas de nieve acá y allá; han llegado las golondrinas, y Liubotcka me ha traído hoy las primeras flores. El doctor dice que dentro de tres días

estaré restablecida del todo y que podré ir á calentarme al sol y á respirar el buen aire de la primavera. Adiós, querido amigo, te lo ruego, no te inquietes, ni de mi enfermedad, ni de tus pérdidas. Termina lo más pronto tus asuntos y vuelve para todo el verano con los niños. Tengo planes magníficos para este verano; sólo nos faltas tú para ejecutarlos.»

La continuación de la carta estaba escrita en francés, con letra desigual y casi ilegible, en otro pliego de papel.

«No creas lo que te he escrito de mi enfermedad. Nadie sospecha hasta qué punto es seria. Sólo yo sé que no me volveré á levantar. No pierdas un minuto; ven y trae á los niños. Acaso podré besarlos y bendecirlos por última vez; este es mi único y último deseo. Sé qué golpe cruel te doy; pero más pronto ó más tarde, por mí ó por

los demás, lo habrías recibido. Trátemos de soportar esta desgracia con valor y de esperar en la misericordia de Dios. Sometámonos á su voluntad.

» No te figures que lo que te escribo aquí sea el delirio de una imaginación enferma; al contrario, mis ideas son perfectamente claras, y en este momento estoy por completo serena. No acaricies la vana esperanza de que sean estos presentimientos vagos y engañosos de un alma medrosa. No, siento, sé (y lo sé porque Dios ha querido revelármelo) que no me queda más que muy poco tiempo que vivir.

» Mi cariño á ti y á los niños, ¿acabaré con mi vida? Esto no puede ser; mi corazón siente demasiado vivamente en este mismo momento para creer que ese amor sin el cual yo no comprendía la vida pueda jamás dejar de ser. Mi alma no puede existir sin mi amor á vosotros, y sé que ella existirá eternamente, aunque no fuera más



que porque un sentimiento parecido no podría nacer si debiera acabar alguna vez.

»No estaré ya con vosotros, pero estoy firmemente persuadida de que mi amor no os abandonará nunca, y este es un pensamiento tan consolador, que espero la muerte tranquilamente y sin temor.

»Si, estoy tranquila, y Dios sabe que he mirado siempre la muerte como el tránsito á una vida mejor; pero ¿de dónde vienen las lágrimas que me ahogan?... ¿Por qué privar á los niños de su querida mamá? ¿Por qué darte un golpe tan terrible y tan inesperado? ¿Por qué muero, cuando vuestro cariño me hacía tan profundamente dichosa?

»¡Cúmplase su santa voluntad!

»Las lágrimas me impiden continuar. Acaso no te volveré á ver. Te doy las gracias, mi precioso amigo, por toda la dicha que me has dado en



esta vida. Allá arriba pediré á Dios que te lo recompense. Adiós, mi querido amigo; acuérdate de que si yo no vivo, mi amor estará siempre contigo. ¡Adiós, Volodia; adiós, ángel mío, mi Benjamín, Nicolasito mío!

» ¡Me olvidarán!... »

A la carta iba unido un billetito de Mimi en francés, y concebido así:

« Los tristes presentimientos de que habla á V. este ángel han sido demasiado confirmados por el doctor. Anoche había dado ella la orden de llevar esta carta enseguida al correo; creyendo que deliraba, he esperado hasta esta mañana, y me he decidido á abrirla. Apenas había roto el sobre, cuando Natalia Nicolaievna me preguntó qué había yo hecho de la carta, y me ordenó que la quemase si no había salido. No cesa de hablar de ella, y asegura que esta carta le mataría á V. Venga en seguida si quiere volver

á ver á este ángel antes de que nos deje. Dispense V. estas mal hilvanadas líneas. Hace tres noches que no he dormido. ¡Ya sabe V. cuánto la amo!»

Natalia Lavichna, que había pasado toda la noche del 11 al 12 de Abril en el cuarto de mamá; me ha contado que después de haber escrito la primera parte de su carta, mamá la puso á su lado, en la mesilla, y se durmió.

«Yo misma—decía Natalia Lavichna—confieso que me había adormecido en mi butaca, y que había dejado caer la media en que trabajaba. He aquí que á través de mi sueño (podía ser la una de la mañana) la oigo hablar sola. Abro los ojos, y miro; mi pichoncita estaba sentada en la cama; juntaba sus manitas... y lloraba á mares, y dijo:

—» ¿De modo, que todo ha acabado?

» Y se tapó la cara con las manos.  
Yo no di más que un salto:

—» ¿Qué tiene V.?

—» ¡Ah, Natalia Lavichna, si supieras lo que acabo de ver!

» Por muchas preguntas que le hice no pude saber más. Sólo me dijo que le acercara la mesita; escribió un poco, hizo cerrar la carta delante de ella, y ordenó que la llevaran enseguida al correo. Desde entonces fué cada vez á peor.»

## XXI

### Lo que nos esperaba en el campo.

El día 25 de Abril bajamos de una calesa de viaje delante de la escalinata de Petrovskoë. Al salir de Moscú, papá parecía preocupado. Como Volodia le preguntase: «¿Es que mamá

está enferma?», lo miró tristemente haciéndole con la cabeza señal de que «sí», sin pronunciar una palabra. Durante el viaje se tranquilizó; pero al acercarse á la casa su rostro tomó una expresión cada vez más triste, y fué con los ojos húmedos y la voz mal segura como al bajar del carruaje preguntó á Foca:

—¿Dónde está Natalia Nicolaievna?

El buen Foca, que acudía sofocado, echó á hurtadillas una mirada sobre nosotros los niños, bajó los ojos, abrió la puerta del vestíbulo, y respondió volviéndose:

—Hace seis días que no ha salido de su cuarto.

Milka, que por lo que supe después, no había cesado de gemir desde que mamá estaba enferma, se lanzó alegremente hacia mi padre; se levantaba de patas, ladraba, le lamía las manos. Pero mi padre lo apartó y cruzó el salón, luego el diván, desde



donde se entraba directamente á la alcoba. Cuanto más se acercaba á aquella alcoba, mas se mostraba su inquietuden todossus movimientos; al entrar en el diván andaba de puntillas y contenía su aliento, y se persignó antes de decidirse á poner la mano sobre el botón del picaporte. En el mismo momentó, Mimi acudía por el corredor, despeinada y con los ojos enrojecidos.

—¡Ah, Pedro Alejandrovitch!— dijo á media voz con la expresión de una desesperación sincera.

Luego, al notar que papá hacía girar el botón, añadió muy bajo:

—No se pasa por ahí...; por la otra puerta.

¡Oh, qué impresión de angustia produjo todo aquello sobre mi imaginación de niño, preparada á una desgracia por horribles presentimientos!

Dimos la vuelta por la habitación de las criadas. En el corredor encon-

tramos á Akime, el idiota cuyos gestos nos divertían tanto; en aquel momento, no sólo no me pareció cómico, sino que nada me hizo un efecto tan doloroso como el aspecto de su rostro estúpido é indiferente. En el cuarto de las criadas, dos muchachas que trabajaban en no sé qué, se levantaron para saludarnos, con una expresión tan triste, que me dejó trastornado. Atravesamos aún el cuarto de Mimi; papá abrió la puerta de la alcoba, y entramos. A la derecha de la puerta había dos ventanas, sobre las cuales habían tendido dos chales. Natalia Savichna estaba sentada delante de una de las ventanas, con sus gafas sobre la nariz y haciendo media. No se acercó á besarnos como hacía de ordinario; se contentó con levantarse, nos miró á través de sus gafas, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Me disgustaba mucho que todo el mundo se echara á llorar al

vernos, mientras que antes todos estaban completamente tranquilos.

A la izquierda de la puerta había muchos biombos, unos delante de otros, la cama, la mesilla, un *etagère* cubierto de frascos de botica, y un gran sillón en el que el doctor dormitaba. Al lado de la cama, una joven muy rubia y de notable belleza, con peinador blanco, las mangas un poco subidas, ponía hielo sobre la cabeza de mamá, que yo no veía dónde estaba. Aquella joven era la «hermosa flamenca» de que mamá hablaba en su carta, y que jugó después un papel tan importante en nuestra familia. Al entrar nosotros, se apresuró á quitar una de sus manos de la cabeza de mamá para arreglarse por delante las pliegues del peinador, después de lo cual cuchicheó:

—Está sin conocimiento.

Yo tenía una pena violenta, pero notaba involuntariamente los nadas más



insignificantes. La alcoba estaba muy sombría, hacía calor, y allí se olía á la vez á menta, á agua de Colonia, á manzanilla y á las gotas de Hoffmann. Aquel olor me impresionó de tal modo, que no sólo cuando lo hue-lo, sino nada más con pensar en él, mi imaginación me transporta al instante á aquella alcoba oscura y sofocante, y me representa todos los menores detalles de aquel minuto atroz.

Los ojos de mamá estaban abiertos, pero no veía... ¡Oh, jamás olvidaré aquella espantosa mirada! ¡Expresaba tanto sufrimiento!...

Nos sacaron de allí.

Cuando interrogué después á Natalia Savichna sobre los últimos instantes de mamá, he aquí lo que me contó.

—Después que os sacamos, se agitó todavía mucho tiempo, pichoncito mío, como si la sofocara algo; enseguida dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se durmió tan dulcemente, tan



apaciblemente, que se la habría tomado por un ángel de Dios. Había yo salido un minuto para llevarle algo de beber...; vuelvo, y ¿qué es lo que veo? Movía los brazos, alma mía, alrededor suyo, y hacía señales á papá. Este se inclina sobre ella, pero se ve que no tenía fuerzas para hablar; abre solamente la boca, y comienza á gemir: «¡Dios mío! ¡Señor! ¡Los niños, los niños!» Yo iba á correr á buscarlos á Vds.; Iván Vassilitch me detuvo diciéndome que esto la agitaría aún más, y que era mejor no ir. Después sólo levantó la mano y la dejó caer. ¡Dios sabe lo que quería decir con esto! Yo creo que quería bendecirlos á Vds., aunque no estaban allí. Evidentemente, Dios no ha permitido que volviera á ver á sus queridos pequeños antes de morir. Después se levantó, puso así sus manos, y dijo de pronto con una voz que no puedo pensar en ella: «¡Madre de Dios, no los

abandones!...» Entonces le acometió el mal del corazón, y se veía en sus ojos que sufría horriblemente. Volvió á caer sobre la almohada, mordía las sábanas, y se echó á llorar, padrecito mio...

—¿Y después?—pregunté.

Natalia Savichna no podía hablar; se volvió, y lloró amargamente.

Mamá murió entre horribles sufrimientos.

## XXII

### La pena.

El día siguiente por la noche, ya tarde quise volver á verla una vez más. Haciéndome superior á un involuntario sentimiento de espanto, abrí dulcemente la puerta de la sala y entré de puntillas.

En medio de la habitación, sobre una mesa, estaba el ataúd; alrededor del ataúd, en grandes candeleros de plata, cirios encendidos; en un rincón alejado de la sala, un chantre leía los salmos en voz baja y monótona.

Me paré en la puerta y me puse á mirar, pero tenía los ojos tan fatigados á fuerza de llorar y los nervios tan trastornados, que no distinguía nada. Todo se confundía de una manera extraña: los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candeleros, la almohada de color de rosa, guarnecida de encajes, el velo colocado sobre la frente, la toca con cintas y cierta cosa transparente y color de cera que había en medio de todo aquello. Me subí á una silla para verla la cara, pero en el sitio en que debía estar encontré también aquella cosa de un blanco amarillento y transparente. No podía creer que aquello fuese su rostro. Me puse á considerar aquella

cara con más atención, y poco á poco encontraba en ella rasgos encantadores y familiares. Me estremecí de terror cuando estuve convencido de que era *ella*. ¿Por qué están tan hundidos sus ojos cerrados? ¿Por qué esta espantosa palidez y esta mancha negra en la mejilla, bajo la piel diáfana? ¿Por qué la expresión de todo el rostro es tan severa y tan fría? ¿Por qué están tan blancos los labios y por qué el pliegue de la boca es tan hermoso, tan solemne? ¿Por qué expresa una paz tan por encima de esta tierra, que al mirarla siento un estremecimiento helado correr por mi cuerpo y en mis cabellos?

Miraba y sentía que una fuerza inexplicable é irresistible atraía á mis ojos hacia aquel rostro sin vida. No podía apartarlos, y mientras miraba, mi imaginación me representaba cuadros brillantes de vida y de dicha. Olvidaba que el cuerpo muerto tendi-



do delante de mí, y que contemplaba estúpidamente como si aquel objeto no hubiera tenido nada de común con mis recuerdos, era *ella*. Me la representaba en tanto en una actitud, en tanto en otra: llena de vida, alegre, sonriente; luego, de pronto, quedaba impresionado por cualquier detalle del pálido rostro sobre el que estaban fijos mis ojos; recordaba la terrible realidad, me estremecía, pero seguía mirando. Las visiones del pasado reemplazaban de nuevo á la realidad; el sentimiento de la realidad desvanecía de nuevo las visiones, y así sucesivamente. Al fin, mi imaginación cansada cesó de engañarme; el sentimiento de la realidad se borró con las visiones, y ya no tuve conciencia de nada.

Ignoro cuánto tiempo duró aquello, sería incapaz de analizar el estado en que me encontraba; solamente sé que había perdido el sentimiento de mi

existencia y que experimentaba una especie de goce sublime, triste, y al mismo tiempo de una dulzura inexplicable.

Acaso desde el mundo mejor adonde había volado, su hermosa alma contemplaba con tristeza el mundo en que nos había dejado; veía mi pena y tenía piedad de ella; con una divina sonrisa de compasión descendía á la tierra, llevada en alas del amor, para consolarme y bendecirme.

Rechinó la puerta y entró un chanfre; iba á reemplazar al otro. Aquel ruido me hizo volver en mí, y mi primer pensamiento fué que al verme en pie sobre aquella silla, secos los ojos y en una actitud que no tenía nada de conmovedora, el chanfre podría tomarme por un muchacho desprovisto de sensibilidad, que se subía á las sillas para curiosear: hice la señal de la cruz, me incliné y me eché á llorar.

Cuando pienso ahora en lo que ex-

perimentaba entonces, comprendo que mi único minuto de verdadera pena fué aquél minuto de inconsciencia. Antes y después del entierro no cesé de llorar y de estar triste; pero me avergüenzo de recordar aquella tristeza, porque estaba siempre mezclada con un sentimiento personal; en tanto el deseo de mostrar que tenía más pena que los demás, en tanto la preocupación del efecto que producía, en tanto una curiosidad sin objeto, que fijaba mis ojos en la cofia de Mimi ó en los rostros de los asistentes. Me despreciaba por no estar enteramente absorbido por el dolor y me esforzaba por disimular los demás sentimientos que me ocupaban; resultaba de esto que á mi pena le faltaba naturalidad y sinceridad. Experimentaba, por lo demás, cierto placer en pensar que era un hijo desdichado, trataba de despertar la conciencia de mi desdicha, y este sentimiento egoísta con-



tribuía más que los demás á ahogar en mí la verdadera pena.

Dormí aquella noche profunda y tranquilamente, como sucede siempre después de un gran dolor, y me desperté con los nervios tranquilizados y las lágrimas agotadas. A las diez nos llamaron para el funeral que se celebraba antes de levantar el cadáver. La sala estaba llena de criados y de campesinos que llegaban llorosos á dar el último adiós á la señora. Durante la ceremonia, lloré convenientemente; hice mis señales de la cruz y me prosterné hasta el suelo; pero mi plegaria no partía del corazón y estaba bastante indiferente. Estaba muy ocupado con mi traje nuevo que me hacía mucho daño en las sisas; cuidaba de no manchar demasiado las rodillas del pantalón, y examinaba con el rabillo del ojo á los asistentes. Mi padre estaba en pie á la cabecera del ataúd, blanco como el pa-



pel y costándole trabajo contener las lágrimas. Su alta estatura, su traje negro, su rostro pálido y expresivo, sus movimientos, graciosos y seguros como de ordinario cuando hacía la señal de la cruz y se inclinaba hasta tocar el suelo con la mano, ó cuando tomó el cirio que le dió el sacerdote y se acercó al ataúd, todo aquello producía un gran efecto; pero, no sé por qué, me disgustaba que precisamente en aquel instante pudiera producir tanto efecto.

Mimí se apoyaba en la pared y parecía que le costaba trabajo tenerse en pie; su falda estaba arrugada y el gorro ladeado, sus ojos enrojecidos é hinchados, temblábale la cabeza; se tapaba la cara con las dos manos y el pañuelo, y sollozaba hasta partir el corazón. Me pareció que sus sollozos no eran francos y que se tapaba la cara á fin de poder parar de cuando en cuando sin que lo notaran.

Recuerdo que la víspera había dicho á mi padre que la muerte de mamá era para ella un golpe que no esperaba soportar, que lo perdía todo, que aquel ángel (así es como ella llamaba á mamá) no la había olvidado en el momento de morir y había expresado el deseo de asegurar su suerte y la de Catalina. Al hacer este relato, lloraba á lágrima viva, y es posible que su pena fuese sincera, pero no era desinteresada.

Liubotchka, vestida de negro, el rostro inundado de lágrimas, baja la cabeza, echaba de tarde en tarde una mirada al ataúd, y su fisonomía no expresaba entonces más que un espanto infantil. Catalina estaba al lado de su madre, y su cara triste no le impedía estar fresca y encarnada como siempre. La naturaleza franca de Volodia aparecía hasta en su pena. En tanto se absorbía en sus pensamientos y miraba fijamente un objeto cual -

quiera, en tanto su boca se torcía súbitamente y se apresuraba á persig-narse y á prosternarse. Todos los ex-traños que asistían al entierro me eran insoportables. Las frases de pé-same que dirigían á mi padre, «que ella estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para esta tierra», me causaban una especie de irritación.

—¿Qué derecho tienen—pensaba—á hablar de ella y á llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si nosotros tuviéramos necesidad de ellos para saber que los niños que se quedan sin madre se llaman huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, exactamente como se apresuran las gentes para ser los primeros en llamar «señora» á una recién casada.

En el rincón más retirado de la sala, ocultándose detrás de la puerta abier-ta, estaba arrodillada una anciana de cabellos grises y de espalda encorva-



da. Juntas las manos y la vista en el cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios; le pedía que la reuniera bien pronto con la que había amado más que todo en el mundo, y esperaba firmemente que Dios le concediera pronto lo que le pedía.

«Esa es la que la amaba verdaderamente» pensé, y tuve vergüenza de mí mismo.

Terminó la ceremonia. Fué descubierto el rostro de la muerta, y todos los asistentes, excepto nosotros, se acercaron uno después de otro para besarla.

De las últimas, fué una campesina que llevaba en los brazos una preciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe para qué la había llevado allí. Acababa de caérseme mi pañuelo humedecido y me bajaba para recogerlo, cuando oí un grito penetrante, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que no lo olvidaré nunca aun-



que viviera cien años, y que, cuando pienso en él, todavía me hace estremecer. Alcé la cabeza; la campesina estaba subida en el taburete, al lado del ataúd, y se esforzaba por retener á la niña que se resistía y se echaba atrás con una expresión de espanto y miraba al cadáver con ojos dilatados, lanzando espantosos alaridos. Di un grito aún más espantoso, me parece, que los suyos, y huí á escape de la sala.

Hasta aquel momento no comprendí de dónde procedía el olor pesado y pronunciado que se mezclaba al olor del incienso y llenaba la habitación; la idea de que aquel rostro, tan hermoso y tan amable algunos días antes, el rostro de lo que yo amaba más en el mundo, podía inspirar espanto, me desveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

## XXIII

### Ultimos recuerdos tristes.

Ya no vivía mamá, y nuestra vida seguía girando en el mismo círculo. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en las mismas habitaciones. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo era como antes. Las mesas y las sillas estaban en sus sitios de costumbre. Nada había cambiado en la casa y en nuestra existencia; solamente ella ya no estaba allí...

Me parecía que después de una desgracia semejante, todo habría debido cambiar, que nuestra marcha de vida acostumbrada era una ofensa á su memoria y hacía sentir demasiado vivamente su ausencia.

La víspera del entierro, después de la comida, había yo tenido ganas de dormir y había ido á la alcoba de Natalia Savichna con la intención de tenderme en su buena cama de plumas, bajo el caliente cubrepies calado. Al entrar, la encontré acostada y parecía dormir. Al ruido de mis pasos se levantó, se quitó un pañuelo de lana destinado á resguardarse la cabeza de las moscas, se arregló la cofia y se sentó en el borde de la cama.

Me había sucedido á menudo ir después de la comida á echar un sueño en su cuarto. Adivinó á qué había ido, y me dijo haciendo un movimiento para levantarse.

—¿Qué, mi pichoncito ha venido á descansar? Acuéstese.

—¡Qué idea, Natalia Savichna!— dije deteniéndola por el brazo.—No ha sido para eso... Había venido... Está V. fatigada; acuéstese V. más bien.

—No, padrecito mío, he dormido bastante—me dijo (bien sabía yo que no se había acostado hacia tres días). —Y además, no es este el momento de dormir—añadió con un profundo suspiro.

Tenía yo ganas de hablar algo de nuestra pena con Natalia Savichna. Conocía su sinceridad y su adhesión, y me habría sido dulce llorar con ella.

—Natalia Lavichna—dije después de un momento de silencio, sentándome en la cama—¿se lo esperaba V.?

Me miró con aire perplejo y curioso, no comprendiendo por qué le preguntaba aquello.

—¿Quién podía esperarlo?—continué.

—¡Ah, padrecito mío!—dijo mirándome de un modo singularmente doloroso y tierno—no se podía esperar, y todavía no puedo pensar en ello. Soy vieja: hace mucho tiempo que mis viejos huesos deberían descansar, y



yo soy quien les entierra á todos: su abuelo de V., de eterna memoria, el príncipe Nicolás Mikhailovitch, sus dos hermanos, su hermana Annuchka, á todos los he enterrado, y todos eran más jóvenes que yo, padrecito mío, y he aquí que es preciso también que yo la sobreviva, por mis pecados seguramente. ¡Que se haga su santa voluntad! El se la ha llevado porque era digna de ello; allá arriba tiene necesidad de los buenos.

Esta cándida idea me produjo una impresión consoladora y me acerqué á Natalia Savichna. Había ella cruzado las manos sobre el pecho y miraba hacia arriba; sus ojos húmedos y hundidos expresaban un dolor inmenso, pero tranquilo. Esperaba firmemente que Dios no la separaría por mucho tiempo de aquí, sobre la cual, hacía tantos años, se habían concentrado todas las fuerzas de su corazón.

—Sí, padrecito mío, hace ya mucho

tiempo que yo era su niñera, y que la envolvía. Me llamaba Nacha. Corría á mí, me cogía con sus manitas y me besaba diciendo: «Nacha mía, rica, gallinita mía.» Y yo, para hacerla rabiar, decía: «V. no me quiere, madrequita mía; cuando sea grande se casará y olvidará á su Nacha.» Entonces reflexionaba: «No—decía—prefero no casarme si no puedo llevarme á Nacha; jamás me separaré de Nacha.» Y he aquí que me ha dejado, que no me ha esperado. ¡Sin embargo, me quería! A decir verdad, ¿á quién no quería? Sí, padrecito, es imposible que olvide V. á su mamá; no era una criatura humana, era un ángel del cielo. Cuando esté en el paraíso, seguirá amándolo y regocijándose á causa de V.

—¿Por qué dice V. «cuando esté en el paraíso» Natalia Savichna?—pregunté.—Creo que está ya.

—No, padrecito mío—dijo Natalia

Savichna bajando la voz y acercándose á mí en el borde de la cama; —ahora su alma está aquí.

Señalaba al techo. Hablaba casi bajo, con tanta emoción y fe, que alcé involuntariamente los ojos y miré á las cornisas buscando algo en ellas.

—Antes de que el alma del justo vaya al paraíso, sufre todavía cuarenta pruebas; padrecito mío, durante cuarenta días, y puede seguir en su casa...

Siguió largo tiempo en este tono, expresándose con tanta sencillez y convicción, como si se hubiera tratado de cosas completamente naturales, que había visto con sus ojos y sobre los cuales nadie podía tener la menor sombra de duda. Yo la escuchaba conteniendo mi respiración. No comprendía muy bien lo que me decía, pero la creía con toda mi alma.

—Sí, padrecito mío—dijo terminando—en este momento está aquí, nos

mira, escucha acaso lo que decimos. Bajó la cabeza y se calló. Tuvo necesidad de un pañuelo para secarse las lágrimas; se levantó, me miró frente á frente y dijo con voz temblorosa de emoción:

—El Señor me ha hecho acercarme bastantes pasos á él, con este golpe. ¿Qué me queda que hacer aquí? ¿Para qué vivir? ¿A quién amar?

—¿Es que no nos ama V.? — pregunté en tono de reproche y pronto á llorar.

—Dios sabe si los amo á Vds., pichoncitos míos; pero amar á alguien como la amaba, no he podido jamás y no puedo.

No pudo decir más. Se volvió y sollozó ruidosamente.

Yo no pensaba ya en dormir. Seguíamos sentados uno junto á otro y llorábamos.

Entró Foca. Al ver nuestra situación, tuvo miedo de estorbarnos; se



paró cerca de la puerta y nos miró tímidamente sin decir nada.

—¿Qué quieres, Foca?—preguntó Natalia Savichna secándose los ojos con el pañuelo.

—Libra y media de pasas, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para la kutia (1).

—En seguida, en seguida, padrecito.

Natalia Savichna tomó de prisa un polvo de rapé y se dirigió á un cofre. Las últimas huellas de la tristeza causada por nuestra conversación borráronse así que se ocupó en su servicio, que ella juzgaba de la más alta importancia.

—¿Por qué cuatro libras?—dijo en tono gruñón, cogiendo azúcar y poniéndola en el peso. Tres y media es bastante.

---

(1) La kutia se come después de los entierros.—(N. DEL T.)

Quitó muchos terrones del platillo.

—¿Y qué significa esto? ¡Di anoche ocho libras de arroz y piden más! Tú dirás lo que quieras, Foca, pero yo no doy más arroz. Vanka estará contento porque la casa esté revuelta: cree que no se parará atención. ¡No, yo dejaré derrochar la fortuna de mis amos! ¡Habrán visto! ¡Ocho libras!

—¿Qué hacer? Dice que se ha comido todo.

—¡Bueno, aquí está! ¡Tómelo!

En la época de que hablo, me impresionó mucho aquel brusco pase de un enternecimiento conmovedor á refunfuños y roñerías. Después comprendí, reflexionando en ello, que lo que pasaba en su alma le dejaba la presencia de espíritu necesaria para pensar en sus asuntos, y que la fuerza de la costumbre la atraía hacia sus ocupaciones ordinarias. La pena era tan violenta, que encontraba inútil disimular, que era capaz de ocuparse

de cosas indiferentes; ni siquiera habría comprendido que se pudiera tener semejante idea.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con un dolor verdadero, y, al mismo tiempo, es de tal modo parte integrante de la naturaleza humana, que pierde raramente sus derechos ante una pena, aun la más violenta. Preséntase entonces como deseo de aparecer afligido, ó desgraciado, ó animoso, y estos sentimientos bajos, que no nos confesamos ni á nosotros mismos, pero á los cuales apenas escapamos—ni aun en la pena más viva—enervan nuestro dolor, lo envilecen y le quitan su sinceridad. Pero Natalia Savichna era demasiado profundamente desgraciada para que hubiera sitio en su alma para un deseo cualquiera: no vivía más que por la fuerza de la costumbre.

Entregó á Foca las provisiones pedidas y le recordó la pasta destinada

á la mesa del clero. Cuando aquél se fué, cogió la media y se volvió á sentar á mi lado.

La conversación comenzó de nuevo sobre el mismo asunto, volvimos á llorar y nos secamos otra vez los ojos.

Yo iba todos los días á hablar así con Natalia Savichna. Sus lágrimas dulces, sus discursos tranquilos y piadosos me hacían bien y me consolaban.

Pero nos separaron bien pronto. Tres días después del entierro partimos todos para Moscú, y yo no debía volver á ver á Natalia Savichna.

Mi abuela no supo la espantosa noticia sino á nuestra llegada, y su pena fué terrible. No nos dejaron verla, porque no estaba en su juicio. Esto duró toda una semana, y los médicos temieron por su vida, tanto más, cuanto que no quería tomar ningún remedio, que se negaba á hablar ó á comer y que no dormía. A veces, sentada en su



sillón, sola en su cuarto, la acometía de pronto un acceso de risa, seguido de sollozos, sin lágrimas, que concluían en convulsiones, luego en gritos furiosos, en frases sin sentido ó espantosas. Era aquella su primera gran pena, y la abrumaba. Tenía necesidad de acusar á alguien y pronunciaba palabras horribles, amenazas furibundas. Levantábase bruscamente de su sillón, recorría rápidamente la pieza á grandes pasos y caía desvanecida.

Una vez entré en su cuarto. Estaba sentada en su sillón, como de ordinario, y parecía tranquila; pero su mirada me impresionó. Los ojos, muy abiertos, miraban vagamente y como atontados. Los fijaba en mí y parecía no verme. Entreabriéronse lentamente sus labios, sonrió y dijo con voz tierna que conmovía:

—Ven aquí, ángel mío, acércate.

Yo creí que era á mí á quien ha-

blaba y me acerqué: no era á mí á quien veía.

—¡Ah, si tu supieras, hija de mi alma, cuánta pena he tenido y qué contenta estoy de que hayas llegado!...

Comprendí que se imaginaba ver á mamá y me detuve.

—Me han dicho que habías muerto —continuó frunciendo las cejas;— ¡qué tontería! ¿Es que puedes morir antes que yo?

Y soltó una carcajada nerviosa, horrible de oír.

Las personas capaces de cariños vigorosos son las únicas capaces de penas vigorosas; pero la misma necesidad de amar las salva, reaccionando contra el dolor. Por esto es por lo que la naturaleza moral del hombre es aún más vivaz que su naturaleza física. La pena no mata nunca.

Al cabo de una semana, mi abuela pudo llorar y se mejoró. Su primer

pensamiento, cuando recobró la razón, fué para nosotros, y su cariño creció. No nos separábamos nunca de su sillón. Lloraba dulcemente, hablaba de mamá y nos acariciaba con ternura.

A nadie se le podía ocurrir, al ver á mi abuela, que exageraba su pena. Las señales que daba de ella eran grandes y conmovedoras. Sin embargo, no sabré decir por qué, yo simpatizaba más con Natalia Savichna. Aun hoy estoy convencido de que nadie quiso á mamá con un amor tan puro ni la lloró tan sinceramente como aquella excelente y sencilla criatura.

Con la muerte de mi madre termina para mí la hermosa época de la infancia y se abre una época nueva: la adolescencia. Pero á mi infancia es al tiempo á que se enlazan mis recuerdos de Natalia Savichna, á quien no volví á ver y que ejerció una influencia tan grande en el desarrollo y en

la dirección de mi sensibilidad. Añadiré, pues, aquí algunas palabras acerca de ella y de su muerte.

Los criados que habíamos dejado en el campo me han contado que después de nuestra partida se aburrió mucho de no tener nada que hacer. Seguía encargada de las provisiones y no dejaba de revolver en sus cofres, de arreglar, de contar, de pesar; pero le faltaba el ruido y el movimiento de una casa señorial habitada por los amos, todo el tráfico á que estaba acostumbrada desde su infancia. La pena, el cambio de vida y la ociosidad, desarrollaron rápidamente en ella una enfermedad senil á que estaba predispuesta. Justamente un año después de la muerte de mamá se le declaró la hidropesía y se metió en la cama.

Me imagino que Natalia Savichna encontró duro vivir, y todavía más morir sola, en la gran casa vacía de



Petrovskoë, sin parientes, sin amigos. Todas nuestras gentes la amaban y la estimaban, pero ella no estaba ligada con nadie y estaba orgullosa de ello. Pensaba que en su situación de ama de gobierno, en posesión de la confianza de los señores y teniendo entre las manos tantos cofres llenos de tantas cosas, cualquier amistad la conduciría á la parcialidad y á condescendencias culpables. Por esto es por lo que, á menos, sin embargo, que no fuera porque no tenía nada de común con los demás criados, se mantenía apartada de todos. Decía que no tenía en la casa ni compadres ni parientes, y que no dejaría derrochar la fortuna de sus amos por nadie.

Buscaba y encontraba consuelos en fervientes oraciones, con que se desahogaba ante Dios. En los instantes de debilidad á que todos estamos sujetos, y durante los cuales no hay mejor consuelo que las lágrimas y la

simpatía de una criatura viviente, subía á la cama, á su lado, á su doguillo, le hablaba y lloraba sin ruido, acariciándolo. El perrillo le lamía las manos, fijaba en ella sus ojos y acababa por ponerse á gemir. Ella se esforzaba entonces en calmarlo y le decía: «Cállate, no te necesito para saber que voy á morir.»

Un mes antes de su muerte, sacó de su cofre particular indiana, muselina blanca y cintas de color de rosa. Con la ayuda de una criada se hizo un vestido blanco, una cofia y preparó en sus menores detalles todo lo necesario para su entierro. Entregó enseguida al intendente los cofres pertenecientes á la casa, acompañados de un inventario minucioso. En fin, sacó dos trajes de seda y un chal, antiguos regalos de mi abuela, y el uniforme de mi abuelo, todo bordado en oro, que también le había sido regalado. Era tan cuidadosa, que los bordados y los ga-

lones del uniforme estaban todavía flamantes y el paño no estaba picado.

Pidió antes de morir que uno de los trajes de seda—el de color de rosa—fuera entregado á Volodia, y el otro—color de pulga—á cuadros, á mi, para que nos hicieran batas ó bechmetes (1).

Legó el chal á Liubotchka y el uniforme al primero de nosotros que llegara á ser oficial. A excepción de cuarenta rublos destinados á los gastos de su entierro, dejó el resto de su dinero y todo lo que poseía á su hermano. Este hermano, manumitido hacía mucho tiempo, habitaba en un gobierno lejano y llevaba la vida menos regular; por esto Natalia Savichna en su vida no tuvo con él ninguna relación.

---

(1) Especie de sobretodo de los tártaros.  
—(N. DEL T.)

Cuando acudió á recibir su herencia y encontró en junto veinticinco rublos de papel; no quiso creerlo. Declaró que era imposible que una mujer que había vivido sesenta años en una casa rica donde lo tenía todo entre las manos, que había sido siempre más que económica y que roñeaba en todo, no dejara nada después de su muerte. Sin embargo, esta era la verdad.

Natalia Savichna estuvo enferma dos meses y soportó los sufrimientos con paciencia verdaderamente cristiana. No refunfuñaba nunca, no se quejaba y hablaba constantemente de Dios, según su costumbre. Una hora antes de su muerte, se confesó con tranquila alegría, comulgó y recibió la Extremaunción.

Pidió perdón á todos los de la casa por las ofensas que hubiera podido hacerles, y encargó á su confesor, el padre Vassili, que nos dijera á todos



que no sabía cómo agradecernos nuestras bondades y que nos rogaba que la perdonásemos si, por torpeza, nos había ofendido á alguno. «Pero puedo decir—añadió—que no soy una ladrona; jamás he tomado una hilacha de los señores.» Este era el único mérito que se reconoció.

Se puso el traje blanco y la cofia que se había preparado, se recostó en la almohada y no dejó hasta el fin de hablar con el sacerdote. Habiéndose acordado de pronto de que no dejaba nada á los pobres, tomó diez rublos y encargó al padre Vassili que los diera á la parroquia. Hizo después la señal de la cruz, se acostó y expiró pronunciando con alegre sonrisa el nombre de Dios.

Dejó la vida sin pena, no temió la muerte y la acogió como un beneficio. Esto es una cosa que se dice con frecuencia, pero que rara vez es verdadera. Natalia Savichna podía no te-

mer la muerte porque moría con una fe inquebrantable y había cumplido la ley del Evangelio: toda su vida no había sido más que amor puro y desinteresado, y sacrificio de sí misma.

¡Cómo! Porque su religión habría podido ser más elevada, porque su vida hubiera podido tener un objeto más alto, ¿sería menos digna aquella alma escogida de ternura y de admiración?

Realizó la obra más grande y mejor de esta vida: murió sin pesar y sin temor.

Fué enterrada, según su deseo, no lejos de la capilla alzada sobre la tumba de mamá. Las ortigas han invadido el sitio donde reposa. Cuando voy á la capilla, jamás dejo de acercarme á la verja negra que rodea la tumba de Natalia Savichna y de saludarla.

A veces me detengo á la mitad del camino, entre la capilla y la verja

negra. Penosos recuerdos acuden de pronto á mi memoria, y me digo: ¿Es que la Providencia no me ha reunido á estos dos seres más que para condenarme á eternos pesares?...

---

## ADOLESCENCIA

---

### XXIV

**Donde cambian mis ideas.**

Dos carruajes están de nuevo parados delante de la escalinata de Petrovskoë. En el uno, cerrado, toman asiento Mimi, Catalina, Liubotchka y una doncella. Jacob el intendente en persona, está en el pescante y guía. El otro carruaje es una britchka. Subo á él con Volodia y nuestro nuevo lacayo Vassili.

Papá, que debe seguirnos dentro de algunos días á Moscú, está con la cabeza descubierta en la escalinata; hace la señal de la cruz en la portezuela del carruaje cerrado y en la britchka,



—¡El Señor os acompañe! ¡En camino!

Jacob y el cochero (los caballos arrancan) se quitan sus gorras de pieles y se persignan. «El Señor nos acompañe.» Las cajas de los carruajes comienzan á saltar por el camino escabroso, y los alisos de la gran alameda desfilan uno después de otro por delante de nosotros. Yo no estoy nada triste; los ojos de mi espíritu miran lo que me espera y no lo que dejo. A medida que me alejo de los objetos unidos á los crueles recuerdos de que mi alma ha estado llena hasta el presente, estos objetos se embotan y se transforman rápidamente en una situación agradable: sentirse vivir, sentirse joven, lleno de fuerza y de esperanza.

Pocas veces he pasado días, no diré tan alegres—todavía sentía escrúpulos de estar alegre—pero tan agradables, tan buenos como los cuatro días

de aquel viaje. Ya no tenía bajo los ojos la puerta cerrada de la alcoba de mamá, por delante de la que no podía pasar sin un estremecimiento, ni el piano cerrado, al que nadie se acercaba, y que no se miraba siquiera sin una especie de terror, ni los trajes de luto (nos habían puesto á los dos trajes de viaje ordinarios), ni los mil objetos que reviviendo el recuerdo de nuestra pérdida irreparable, me obligaban á guardarme de toda manifestación de vida, por miedo á ofender su memoria. Ahora, al contrario, una sucesión no interrumpida de cuadros nuevos y pintorescos ocupa mi atención; la influencia de la primavera hace brotar en mi alma el contentamiento del presente y la esperanza luminosa en el porvenir.

El último día, Catalina estaba conmigo en la britchka. Su linda cabecita, inclinada hacia adelante, miraba con aire pensativo el camino polvorien-

to huir bajo las ruedas. Yo la consideraba en silencio, y me asombraba de la expresión que sorprendía por primera vez en su cara de rosa: aquello no era una tristeza de niña.

—Pronto llegamos—le dije.—¿Cómo te figuras á Moscú?

—No sé—dijo como de mala gana.

—Pero en fin, ¿cómo te lo figuras? ¿Más grande que Serponkhov, ó no?

—No sé nada.

Gracias al instinto que nos hace adivinar los pensamientos de los demás y que es el hilo conductor de la conversación, Catalina comprendió que su indiferencia me ofendía. Alzó la cabeza y me dijo:

—¿Te ha dicho tú papá que viviremos en casa de tu abuela?

—Sí. Mi abuela quiere vivir con nosotros.

—¿Estaremos todos juntos?

—Naturalmente. Tendremos la mitad del piso superior, papá habitará

el ala y comeremos todos juntos abajo, con mi abuela.

—Mamá dice que tu abuela es tan imponente, tan irritable...

—No. Eso parece al principio. Es imponente, pero nada irritable; al contrario, es muy buena, muy alegre. ¡Si hubieras visto nuestro baile el día de su santo!

—De todos modos me da miedo. Por lo demás, Dios sabe si nosotros...

Catalina se calló bruscamente y se puso otra vez pensativa.

—¿Qué?—pregunté con inquietud.

—Nada.

—Sí; has dicho «Dios sabe...»

—¿Decías que el baile de tu abuela había estado muy bien?

—Sí; ¡qué lástima que no hubierais estado allí vosotras! ¡Había tanta gente... mil personas! ¡Y música, generales! Y bailé... ¡Catalina!—dije deteniéndome de pronto en medio de mi descripción.—¿No me oyes?



—Sí, oigo. Decías que bailaste.

—¿Por qué tienes el aire tan triste?

—No se está siempre alegre.

—No; tú no eres de ningún modo la misma desde que volvimos de Moscú. Veamos—continué con tono decidido, volviéndome hacia ella—dime, ¿por qué has cambiado de ese modo?

—¿He cambiado?—replicó Catalina con una vivacidad que demostraba que mi observación le había interesado. No he cambiado nada.

—No, no eres como eras—proseguí.—Antes se veía que no hacías más que uno con nosotros para todo, que nos mirabas como tu familia y que nos querías como te queremos; ahora estás muy seria, te alejas de nosotros...

—De ningún modo...

—Déjame hablar—interrumpí.

Comenzaba yo á sentir en la nariz un ligero cosquilleo, precursor de las lágrimas que no dejaban nunca de

acudirme á los ojos cuando expresaba un pensamiento que me sofocaba hacía mucho tiempo.

—Te alejas de nosotros, no hablas más que con Mimi, parece como que no quieres conocernos.

—No se puede ser siempre los mismos. Es necesario cambiar un día ú otro—respondió Catalina.

Cuando Catalina no sabía qué decir, formulaba así cualquier ley inexorable. Era esto una costumbre. Recuerdo que un día, disputando con Liubotchka, ésta la llamó *tonta*. Catalina contestó que todo el mundo no podía tener talento, que era necesario que hubiera también tontos. Sin embargo, su respuesta «Que había que cambiar un día ú otro», no me satisfizo y continué mis preguntas.

—¿Por qué es necesario cambiar?

—No viviremos siempre juntos—respondió Catalina enrojeciendo ligeramente y mirando con fijeza la espalda

de Felipe, el cochero.—Mamá podía vivir en casa de tu madre, que era amiga suya. ¿Quién sabe si se entenderá con la condesa que, según dicen, es tan difícil? Por lo demás, siempre será necesario separarnos, un día ú otro. Vosotros sois ricos, tenéis Petrovskoë; y nosotras somos pobres, mamá no tiene nada.

«Vosotros sois ricos, nosotras somos pobres.» Estas palabras y las ideas que despertaban, me parecieron extraordinariamente extrañas. En mis ideas de entonces no había pobres más que los mendigos y los mujiks, y me era imposible asociar la idea de pobreza con la graciosa y linda Catalina. Me figuraba que Mimi y su hija, aunque debieran vivir eternamente, habitarían siempre con nosotros, y que nosotros lo compartiríamos siempre todo con ellas. Esto no podía ser de otro modo. Las palabras de Catalina me sugirieron mil pensamientos



nuevos y confusos sobre su situación aislada, y me sentí tan molesto por ser nosotros ricos mientras que ellas eran pobres, que enrojecí y ya no me atrevía á mirar á Catalina.

«¿Qué importa—pensaba—que nosotros seamos ricos y ellas pobres? ¿En qué obliga esto á separarnos? ¿Por qué no compartir igualmente lo que tenemos?» Comprendía, sin embargo, que no sería á propósito hablar de este asunto á Catalina. Una especie de instinto práctico me ponía ya en guardia contra mis deducciones lógicas y me advertía que Catalina tenía razón, y que sería fuera de lugar darle parte de mi idea.

—¿Es que, verdaderamente, vas á dejarnos?—dije.—¿Cómo nos las arreglaremos para vivir separados?

—Yo también tendré pena por ello, pero ¿qué hacer? Sólo que si esto sucede, yo bien sé lo que haré...

—Te harás actriz... ¡Que tontería!



—interrumpo, sabiendo que el teatro había sido siempre su sueño favorito.

—No; yo decía eso cuando era pequeña.

—Entonces, ¿qué harás?

—Entraré en un convento y viviré allí; tendré un traje negro y un gorrito de terciopelo.

Catalina se echó á llorar.

¿Te ha sucedido alguna vez, lector, notar de pronto, en ciertos momentos de la vida, que tu manera de ser sobre las cosas cambia completamente como si todos los objetos te presentaran súbitamente una faz nueva é ignorada? Una transformación de esta naturaleza se produjo en mí, por la primera vez, durante el viaje de donde hago arrancar el comienzo de mi adolescencia.

Por la primera vez, tuve la percepción clara de que nosotros, es decir, nuestra familia, no estábamos solos en el mundo; que todos los intereses

no giraban en derredor nuestro; que existían en el mundo otras gentes que no tenían nada de común con nosotros; que no se ocupaban de nosotros y ni siquiera conocían nuestra existencia. Sin duda, yo sabía todo esto antes; pero no lo sabía como lo supe á partir de aquel momento; no tenía el sentimiento de ello, no lo *realizaba*.

Para cada cual de nosotros no hay más que un solo camino por donde se cumple ese cambio moral, y este camino es muy á menudo inesperado por completo aparte del que habrían seguido otros espíritus. Para mí el camino fué la conversación con Catalina, que me turbó profundamente, obligándome á considerar el porvenir de Mimi y de su hija. Contemplaba las aldeas y las ciudades que cruzábamos, y donde en cada casa vivía, al menos, una familia como la nuestra. Las mujeres y los niños miraban nuestro carruaje con una curiosidad

de un minuto y desaparecían para siempre de nuestros ojos; los tenderos y los mujiks, no sólo no nos saludaban como hacían en Petrovskoë, sino que ni siquiera nos honraban con una mirada, y por la primera vez me hacía yo esta pregunta: «¿Es que pueden estar ocupados, puesto que no fijan ninguna atención en nosotros? Y esta pregunta hizo nacer otras: «¿Cómo y de qué viven? ¿Cómo educan á sus hijos? ¿Hacen que les den lecciones? ¿Los dejan jugar? ¿Cómo los llaman? etc....»

## XXV

### En Moscú.

Mi manera de ser sobre las cosas y las gentes y sobre mis relaciones con las unas y las otras, se modificó aún más profundamente al llegar á Moscú.

La primera vez que volvimos á ver á mi abuela, cuando vi su rostro demacrado y arrugado y sus ojos apagados, la sumisión respetuosa y el terror que me había inspirado hasta entonces se cambiaron en compasión; y cuando dejó caer su cara sobre la cabeza de Liubotchka, sollozando como si hubiera tenido delante el cadáver de su querida hija, mi compasión se cambió casi en ternura. El espectáculo de su pena al volver á vernos me hacía daño. Tenía yo conciencia de que nosotros no suponíamos nada á sus ojos y que no le éramos queridos más que porque le recordábamos el pasado. Comprendía que todos los besos de que cubría mis mejillas no expresaban más que una sola idea: «¡Ya no existe, ha muerto; no la volveré á ver!»

Papá, que en Moscú no se ocupaba casi de nosotros, y á quien no veíamos más que en la comida, donde



aparecía de levita negra ó de frac, con cara eternamente preocupada, papá comenzó á bajar en mi espíritu, así como sus grandes cuellos de camisa que salían del cuello del frac, su bata, sus *starostas*, sus intendentes, sus paseos por el cercado y sus cacerías.

Karl Ivanovitch, á quien mi abuela llamaba nuestro *menino*, que Dios sabe por qué había tenido de pronto la idea de cubrir su verable frente calva con una peluca roja, partida en la mitad de la cabeza por una raya de tela, Karl Ivanovitch me parecía tan extravagante y tan ridículo, que me asombraba de no haberlo notado antes.

Una especie de barrera invisible se había alzado entre las niñas y nosotros los niños. Ellas tenían sus secretos y nosotros teníamos los nuestros. Se habría dicho que ellas nos desdeñaban á causa de sus faldas, que se habían hecho más largas, y nosotros

á causa de nuestros pantalones con trabillas.

El primer domingo después de nuestra llegada, Mimi apareció en la comida vestida de una manera tan llamativa y tantos lazos en la cabeza, que se veía enseguida que ya no estábamos en el campo y que todo debía ir de modo diferente.

## XXVI

### Macha.

De todos los cambios que operaron en mi manera de ver, ninguno fué tan importante para mí mismo como darme cuenta de *la mujer* en una de nuestras doncellas. Hasta entonces no había visto en ella más que un criado del sexo femenino, y he aquí que se convertía en un ser de quien podían

dependen, hasta cierto punto, mi reposo y mi felicidad.

De lo más atrás que me acuerdo, recuerdo haber visto á Macha en nuestra casa, y jamás había parado la menor atención en ella hasta un suceso que trastornó mis ideas en lo que á ella se refiere, y que contaré en seguida. Macha tenía veinticinco años cuando yo tenía catorce. Era muy linda, pero no me atrevo á describirla por miedo á que mi imaginación se niegue á representarme la imagen encantadora y engañadora que se había formado en el tiempo de mi pasión. Por temor á equivocarme, me contentaré con decir que era extraordinariamente blanca, en toda la plenitud de la vida, que ella era una mujer y que yo tenía catorce años.

En uno de esos momentos en que, estudiando la lección, os paseais por vuestro cuarto haciendo por no pisar más que sobre ciertas junturas del

pavimento, á menos que no os ocupéis en tararear una cancioncilla cualquiera, ó en emborronar con tinta el borde de la mesa, ó en repetir maquinalmente una frase cualquiera en uno de esos momentos, en una palabra, en que el espíritu se niega al trabajo y en que la imaginación, sobreponiéndose, busca impresiones, salí de la clase sin ningún objeto al descanso de la escalera.

Una persona subía en sentido inverso. Naturalmente, tuve deseo de ver quién era; pero cesaron los pasos, y de pronto oí la voz de Macha:

—Vamos, basta de tonterías... ¡Ven, María Ivanovna!... Estaría bueno...

—No viene —murmuró la voz de Volodia.

Y oí una lucha, como si Volodia tratara de sujetarla.

—¿Quiere V. tener quietas las manos, travieso?

Y Macha pasó corriendo por delan-



te de mí. Arrancada su pañoleta, se veía su cuello blanco y lleno.

No podría decir hasta qué punto me aturdió aquel descubrimiento. Sin embargo, el aturdimiento cedió pronto el sitio á la simpatía. Ya no era la acción de Volodia lo que me asombraba; era que hubiera él sabido adivinar que ella le procuraría placer. A pesar mío, me daban ganas de imitarlo.

En adelante pasé horas enteras en el descanso de la escalera, escuchando con intensa atención los menores movimientos que se hacían en el piso superior; pero jamás pude atreverme á imitar á Volodia. Esta era, sin embargo, la cosa del mundo de que tenía más ganas. A veces, oculto detrás de la puerta, escuchaba con un sentimiento de celos muy penoso el estrépito que salía del cuarto de las criadas. Me preguntaba qué sucedería si yo entrara y tratara, como Volodia,

de abrazar á Macha; qué contestaría yo, con mis narizotas y mis cabellos de punta, cuando se me preguntara qué quería. Oía algunas veces decir á Volodia: «¿Quiere V. dejarme tranquila, travieso?... ¡No haría Nicolás Petrovitch esas tonterías!...» No sospechaba ella que en aquel momento Nicolás Petrovitch estaba escondido debajo de la escalera, y que daría todo lo del mundo por estar en el lugar del travieso de Volodia.

Era yo naturalmente tímido, y la conciencia de mi fealdad aumentaba mi timidez. Estoy convencido de que nada ejerce tan gran influencia sobre la futura manera de ser de un hombre como su exterior, y el sentimiento de que su persona es ó no seductora.

Tenía demasiado amor propio para resignarme á ser como era. Me consolaba, como la zorra, diciéndome que las uvas estaban verdes; en otros

términos, me esforzaba por despreciar todos los placeres que procura un exterior agradable, y que eran, en mi pensamiento, el lote de Volodia. Los envidiaba con toda mi alma, pero me esforzaba con todas las fuerzas de mi alma por encontrar goces en un aislamiento orgulloso.

## XXVII

### Los perdigones.

—¡Dios mío! ¡Pólvora!...—gritaba Mimi con voz sofocada por la emoción.—¿Qué hacen Vds. ahí? ¿Quiere pegar fuego á la casa, matarnos á todos?...

Con una expresión de heroísmo imposible de describir, Mimi ordenó á todo el mundo que se apartase, se dirigió con paso resuelto hacia los per-

digones desparramados por el suelo y los pateó con desprecio del peligro de una explosión súbita. Cuando juzgó disminuido el peligro, llamó á un criado y le ordenó que tirase toda aquella *pólvora* lejos, con preferencia en el agua. Después de lo cual sacudió orgullosamente su cofia y se dirigió al salón refunfuñando.

—¡Están bien vigilados, no hay que decirlo!

Cuando papá salió de sus habitaciones y entramos con él en la de mi abuela, ya estaba allí Mimi. Estaba sentada junto á la ventana; su rostro había tomado una especie de expresión misteriosa y oficial, y miraba con aire amenazador en dirección á la puerta. En la mano tenía un objeto envuelto en pedazos de papel: adiviné que eran los perdigones y que mi abuela lo sabía ya todo.

Estaban allí, además de Mimi, la doncella Gacha, presa de una violenta



emoción que denunciaba su rostro inflamado y feroz, y el doctor Blumenthal, un hombrecillo que se esfuerza en vano por calmar á Gacha guiñándole los ojos y haciendo movimientos de cabeza pacificadores.

Mi abuela estaba sentada un poco de lado, y parecía encontrarse en un momento de humor detestable.

—¿Cómo se encuentra V. hoy, mamá? ¿Ha dormido V. bien?—dijo papá besándole respetuosamente la mano.

—Perfectamente, querido; no ignoras, supongo, que me encuentro siempre admirablemente—repitió mi abuela en el mismo tono que si la pregunta de papá hubiera sido soberanamente inoportuna. Y bien — continuó volviéndose hacia Gacha—¿y mi pañuelo limpio?

—Ya se lo he dado á V.—respondió Gacha, señalando un pañuelo de batista blanco como la nieve, colocado en el brazo del sillón.

—Quíteme V. de aquí este trapo sucio y deme un pañuelo limpio, querida.

Gacha fué al ropero, abrió uno de los cajones y lo cerró tan violentamente que temblaron los cristales. Mi abuela nos lanzó á todos una mirada terrible, y se puso á seguir los movimientos de su doncella. Cuando ésta le presentó el pañuelo (me pareció que era el mismo), mi abuela dijo:

—¿Cuándo me picará V. tabaco, querida?

—Cuando tenga tiempo.

—¿Qué dice V.?

—Digo que voy á picarlo.

—Si no quiere V. servirme, querida, haría V. mejor en decirlo: hace mucho tiempo que la habría despedido.

—Puede V. despedirme, que no lloraré—refunfuñó Gacha entre dientes.

El doctor comenzó de nuevo á guiñar los ojos, pero Gacha lo miró tan

enojada y tan decidida, que él se apresuró á bajar la cabeza y se puso á jugar con su llave de reloj.

—Ya ves, querido—dijo mi abuela dirigiéndose á papá después que Gacha salió de la habitación gruñendo—cómo me tratan en mi casa.

—Permítame V., mamá, que le pique yo mismo el tabaco—dijo papá á quien aquel inesperado apóstrofe pareció embarazar mucho.

—No, te lo agradezco. Es tan malvada porque sabe que no hay más que ella que sepa picar el tabaco á mi gusto... ¿Sabes, querido — continuó mi abuela después de una pequeña pausa —que poco ha faltado para que tus hijos peguen fuego á la casa?

Papá la miró con expresión de respetuosa curiosidad.

—Sí, mira con qué juegan. Enséñeselo V.—añadió volviéndose á Mimi.

Papá cogió el papel y no pudo dejar de sonreír.

—Pero mamá, ¡si son perdigones! Esto no es peligroso de ningún modo.

—Te agradezco mucho que me des lecciones; pero soy demasiado vieja...

—¡Los nervios! ¡Los nervios!—murmuró el doctor.

Papá se volvió hacia nosotros:

—¿De dónde habéis tomado esto? ¿Cómo os atrevéis á bromear con estas cosas?

—Es inútil preguntarles; pero conviene rogar á su *menino* que los vigile —dijo mi abuela pronunciando con una inflexión de voz despreciativa la palabra *menino*.

—Volodia dice que ha sido Karl Ivanovitch quien le ha dado esa *pólvora*—intervino Mimi.

—¡Ya ves qué lindo vigilante!—continuó mi abuela.—¿Dónde está ese *menino*? Enviámelo aquí.

—Le ha dado permiso para salir—dijo papá.

—Esa no es una razón. Debería es-



tar aquí siempre. No son hijos míos, sino tuyos, y no tengo que darte consejos; tienes más talento que yo, pero me parece que sería tiempo de darles un ayo en lugar de un *menino*, una especie de palurdo alemán. Sí, un imbécil y un palurlo, que no es capaz de enseñarles nada, excepto malas maneras y canciones tirolesas. Dime si es muy necesario que los niños sepan cantar tirolesas. Por lo demás, al presente no hay nadie que se ocupe de ellos, y puedes hacer lo que te agrade.

*Al presente* quería decir: «Puesto que ya no tienen madre», y *al presente* despertó recuerdos tristes en el corazón de mi abuela. Bajó los ojos á su tabaquera con retrato y se puso pensativa.

—Hace mucho tiempo que pienso en ello—se apresuró á decir papá—y quería pedirle á V. su opinión, mamá. ¿Le parece á V. que tomemos á Saint-

Jerome, que ahora les da lecciones disimuladas.

—Harias muy bien, amigo mío— dijo mi abuela con voz más dulce.— Saint-Jerome es un *ayo* que sabe cómo hay que educar á los niños de buena casa, y no un simple *menino*, bueno solamente para llevarlos á paseo.

—Le hablaré mañana mismo—dijo papá.

En efecto, dos días después de esta conversación, Karl Ivanovitch cedía su puesto á un joven petimetre francés.

## XXVIII

### Historia de Karl Ivanovitch.

La víspera del día en que Karl Ivanovitch debía dejarnos, por la noche, muy tarde, estaba en pie junto á su

cama, con su bata de bayeta y el gorro rojo en la cabeza. Inclinado sobre su baúl, embalaba cuidadosamente sus ropas.

Durante aquellos últimos días, Karl Ivanovitch había estado muy seco con nosotros; se habría dicho que trataba de tener las menos relaciones posibles con sus discípulos. Todavía en aquel momento, cuando entré en su cuarto, se contentó con mirarme de una manera distraída y siguió en su faena. Me eché en su cama, cosa absolutamente prohibida; pero Karl Ivanovitch no dijo nada, y la idea de que ya no nos reñiría más, que lo que hi-ciéramos ya no le importaría, me dió la impresión viva de la próxima separación. Me puso muy triste que ya no nos quisiera, y quise mostrarle mi tristeza.

—¿Quiere V. que le ayude, Karl Ivanovitch?—dije acercándome á él.

Karl Ivanovitch me lanzó otra mi-

rada y se volvió de nuevo; pero en aquella mirada, en vez de la indiferencia á que yo atribuía su frialdad, lei una pena sincera y concentrada.

—¡Dios lo dispone todo y lo sabe todo; hágase en todo su santa voluntad!—dijo irguiéndose en toda su altura y suspirando profundamente. Sí, Nicolás—continuó al ver la expresión de simpatía no fingida con que yo lo miraba—mi suerte es ser desgraciado; lo he sido desde mi infancia y lo seré hasta mi muerte. Se me ha devuelto siempre mal por bien, y mi recompensa no será en este mundo; será allí (señalaba al cielo). ¡Si supiera V. mi historia y lo que he sufrido en esta vida! He sido zapatero, he sido soldado, he sido desertor, he sido fabricante, he sido preceptor, y al presente soy cero, y como el Hijo de Dios, ¡no tengo donde reposar mi cabeza!

Cerró los ojos y se dejó caer en su sillón.



Notando que Karl Ivanovitch estaba en uno de esos momentos de enternecimiento en que hablaba para descargarse el corazón sin reparar en sus oyentes, me senté en la cama sin decir nada y sin quitar los ojos de su cara.

—Ya no es V. un niño, y puede comprender. Voy á contarle mi historia y todo lo que he tenido que sufrir en esta vida. Llegará un tiempo en que pensarán Vds. en el viejo amigo que los quería tanto...

Karl Ivanovitch apoyó un codo en una mesita que había á su lado, tomó un polvo de tabaco, alzó los ojos al cielo, y con aquella misma voz monótona y gutural con que nos dictaba, comenzó su relato en estos términos: «He sido desdichado desde el seno de mi madre...»

Repitió la misma frase en alemán con tono de profundo convencimiento.

Como Karl Ivanovitch me contó

después su historia muchas veces, siempre en los mismos términos y con las mismas entonaciones, espero poder darla aquí palabra por palabra; no corregiré más que las faltas de sintaxis.

¿Era aquella realmente su historia? ¿Era un cuento nacido en su imaginación durante su existencia solitaria en nuestra casa, y en el que había acabado por creer á fuerza de repetírselo? ¿Se había contentado con revestir de colores fantásticos sucesos verdaderos? Todavía me lo pregunto. Por una parte, contaba su historia con una emoción demasiado sincera, con demasiada correlación y demasiado método para que no llevara el sello de la verdad y se pudiera dejar de creerla. Por otra parte, era demasiado poética; el exceso de poesía inspiraba sospechas.

«La noble sangre de los condes de Zommerblatt corre por mis venas

Nací seis semanas después del matrimonio. El marido de mi madre (yo le llamaba papá) era arrendador del conde de Zommerblatt. Jamás pudo olvidar la vergüenza de mi madre, y no me amaba. Yo tenía un hermanito llamado Johann y dos hermanas; pero era un extraño en mi propia familia. Cuando Johann hacía una tontería, papá decía: «¡Jamás tendré un minuto de tranquilidad con este Karl! Y á mí es á quien reñían y castigaban. Cuando disputaban mis hermanas, papá decía: «¡Karl será siempre desobediente!» Y á mí es á quien reñían y castigaban. Sola mi excelente madre me amaba y me acariciaba. A menudo me decía: «Karl, ven conmigo á mi cuarto», y me besaba silenciosamente. «Pobre, pobre Karl, decía, nadie te quiere; pero yo no te cambiaré por otro. Tu madre no te pide más que una cosa: que trabajes y seas siempre hombre honrado, y

Dios no te abandonará.» Yo hacía lo que podía.

Cuando tuve catorce años y estuve en edad de hacer mi primera comunión, mamá dijo á papá: «Gustavo, Karl es ya un hombre: ¿qué vamos á hacer de él?» Y papá contestó: «No sé». Entonces mamá dijo: «Enviémoslo á la ciudad, á casa de Herr Schultt, y hagámosle zapatero». Y papá dijo: «Bien.»

«Estuve seis años y seis meses en la ciudad, en casa del zapatero, y el patrón me quería. Decía: «Karl es un un buen obrero, pronto lo haré socio mío.» Pero el hombre propone y Dios dispone... En 1796 se hizo la quinta, y todos los que eran útiles para el servicio, de diez y ocho á veintiún años, tuvieron que reunirse en la ciudad.

»Papá llegó con mi hermano Johann y fuimos al sorteo. Johann sacó un mal número: era soldado; yo saqué



un buen número: estaba libre. Y papá dijo: «Tenía un hijo único, y debo separarme de él.»

» Yo le cogí la mano y le dije: ¿Por qué dice V. eso, papá? Venga V. conmigo y le diré una cosa.» Y papá fué conmigo, y nos sentamos en una mesita en la posada. «Denos dos jarros de cerveza» dije. Nos sirvieron. Bebimos un vaso, y mi hermano Johann también.

«Papá, dije, no diga V. «Tenía un hijo único, y debo separarme de él», ¡eso me destroza el corazón! No se irá mi hermano Johann; ¡yo soy quien será soldado!... ¡Nadie necesita á Karl, y Karl será soldado! «Karl Ivanovitch, dijo papá, eres un buen muchacho», y me abrazó.

«¡Y fui soldado!»

## XXIX

### Continuación.

«Era aquel un tiempo terrible, Nicolás. Era el tiempo de Napoleón. Quería conquistar á Alemania, y nosotros defendíamos nuestra patria hasta la última gota de nuestra sangre.

» ¡He estado en Ulm, he estado en Austerlitz, he estado en Wagram!

— ¡Se ha batido V.? — interrumpí mirándole con asombro. — ¿Ha matado V. gente?

Karl Ivanovitch se apresuró á tranquilizarme.

«Una vez, un granadero francés quedó rezagado y cayó en el camino. Corrí á él é iba á atravesarlo con mi bayoneta; pero él tiró el fusil gritando: ¡Perdón! Y lo dejé irse.

»En Wagram, Napoleón nos había encerrado en una isla, de modo que no había medio de escapar. Hacía tres días que no teníamos víveres, y estábamos con el agua hasta las rodillas. Aquel monstruo de Napoleón no quería ni tomarnos ni dejar que nos fuéramos.

»El cuarto día, gracias á Dios, nos hizo prisioneros y nos condujo á una fortaleza. Yo tenía un pantalón azul, una casaca de buen paño; quince talers y un reloj de plata que papá me había regalado. Un soldado francés me lo quitó todo. Por fortuna, yo tenía tres ducados que mamá me había cosido en el forro del chaleco. Y no me los encontraron.

»No me resigné mucho tiempo á estar en la fortaleza y formé la resolución de escaparme. Un día de gran fiesta dije al sargento que nos vigilaba: — Señor sargento, hoy es una gran fiesta y quiero celebrarla. Si V.

quiere, traiga dos botellas de Madera y nos las beberemos juntos. — Bueno, contestó el sargento. — Cuando trajo el Madera y nos hubimos bebido un vaso, le cogí la mano y le dije: — Señor sargento, ¿tiene V. acaso padre y madre? — Los tengo, señor Mayer. — Mi padre y mi madre, dije, no me han visto hace ocho años, é ignoran si estoy vivo ó si mis huesos descansan en la húmeda tierra. ¡Oh, señor sargento! Tengo dos ducados que estaban en el forro de mi chaleco; tómelos V. y déjeme escaparme. Sea mi bienhechor, y mi madre rogará por V. toda su vida al Omnipotente.

»El sargento se bebió un vaso de vino de Madera y me dijo: — Señor Mayer, le quiero á V. mucho y le compadezco; pero V. es prisionero y yo soldado. — Yo le estreché la mano y dije: — ¡Señor sargento! — Y el sargento respondió: — V. es un pobre y no quiero su dinero; pero le ayudaré. Cuando



vaya á acostarme, pague V. una botella de aguardiente á los soldados y esto les hará dormir. Yo no lo miraré.

»Era un buen hombre. Pagué una botella de aguardiente, y cuando los soldados estuvieron borrachos, me puse las botas y un capote viejo, y salí dulcemente. Al llegar á la muralla quise saltar, pero había agua en el foso y no quería estropear mi último traje: traté de dar la vuelta por la puerta.

»El centinela se paseaba, el fusil al hombro, y me miraba:—¿Quién vive? —gritó. Yo no contesté. —¿Quién vive? —repitió. Yo no contesté. —¿Quién vive?—gritó por última vez, y yo eché á correr. Salté al agua, trepé por la otra orilla y escapé.

»Durante toda la noche, corrí siguiendo la carretera; pero cuando amaneció tuve miedo de ser reconocido y me oculté en un sembrado. Allí

me puse de rodillas, junté las manos y di gracias á nuestro Padre celestial por haberme salvado; después de esto me dormí muy tranquilo.

»Me desperté á la noche y volví á ponerme en camino. De pronto fui alcanzado por un gran carromato alemán, tirado por dos caballos negros. En el pescante iba un hombre bien vestido, fumando su pipa. Me miró. Acorté el paso para dejar pasar el carro; el carro acortó también el paso y el hombre me miró. Me senté al borde del camino; el hombre detuvo su caballo y me miró.—Joven—dijo—¿á dónde va V. tan tarde? Yo dije:—Voy á Francfort.—Suba V. en mi carro; hay sitio y yo lo llevaré... ¿Por qué no tiene V. equipaje? ¿Por qué no está V. afeitado y sus ropas van llenas de barro?—me dijo cuando estuve sentado á su lado.—Soy un pobre;—dije—quisiera colocarme en una fábrica. Hay barro en mis ropas

porque me he caído en el camino.—  
Miente V. joven; el camino está seco.

»Guardé silencio.

—» Digame V. toda la verdad—me dijo el buen hombre.—¿Quién es V. y de dónde viene? Su rostro me gusta, y si es V. un hombre honrado yo le ayudaré.

»Se lo conté todo. El dijo:—Está bien, joven. Venga V. á mi cordele-  
ría, le daré trabajo y se quedará en  
mi casa.

»Y yo respondí:—Bien.

»Llegamos á la cordelería y el buen  
hombre dijo á su mujer:—He aquí un  
joven que se batido por su país. Esta-  
ba prisionero y se ha escapado. No  
tiene ni casa, ni vestidos, ni pan. Se  
quedará en nuestra casa. Dale ropa  
limpia y hazle de comer.

»Estuve año y medio en la cordele-  
ría; y mi patrón me quería tanto que  
no quería dejarme ir. Yo me encon-  
traba muy bien en su casa. En aquel

tiempo yo era guapo. Era joven, alto, tenía ojos azules y nariz romana... y la señora L... (no puedo decir su nombre), la mujer de mi patrón, era una joven muy linda. Y se enamoró de mí.

»Un día, al verme, me dijo:—Señor Mayer, ¿cómo le llama su mamá?

»Yo contesté:—Carlitos.

»Y ella contestó:—¡Carlitos, siéntese V. á mi lado!

»Me senté á su lado, y ella dijo:—¡Carlitos, abrácame V.!

»La abracé, y ella dijo:—¡Carlitos, le amo á V. tanto, que no puedo más!—Y le temblaba todo el cuerpo.»

Karl Ivanovitch hizo una larga pausa. Moviendo ligeramente la cabeza y enarcando sus bondadosos ojos azules, sonreía como se sonríe á recuerdos agradables.

—«Sí—continuó, acomodándose en el sillón y cruzándose la bata;—he tenido mucho de bueno y mucho de malo en mi vida; pero he aquí un tes-



tigo (me enseñaba un Cristo de tapicería colgado encima de su cama). ¡Nadie tiene el derecho de decir que Karl Ivanovitch ha sido un mal hombre! No quise pagar con una ingratitud los beneficios del señor L..., y resolví escaparme de su casa. Una noche, cuando todo el mundo estuvo acostado, escribí una carta á mi patrón y la puse sobre la mesa de mi cuarto. En seguida tomé mis ropas y tres talers, y salí sin hacer ruido. Nadie me había visto, y seguí la carretera.

### XXX

#### **Continuación.**

»Hacía nueve años que no había visto á mamá y no sabía si vivía aún ó si sus huesos reposaban en la húmeda

tierra. Volví á mi país. Al llegar á la ciudad, pregunté dónde vivía Gustavo Mayer, el arrendador del conde Zommerblatt. Me contestaron: — El conde Zommerblatt ha muerto, y Gustavo Mayer vive ahora en la calle Mayor, donde tiene una tienda de bebidas. Me puse mi chaleco nuevo, mi hermoso paletó (me lo había dado mi patrón), me peiné bien y entré en la tienda de mi papá. Mi hermana María estaba en la tienda. Me preguntó qué quería. Yo dije:—¿Se podrá beber una copita de licor? Ella dijo: — Papá, aquí hay un joven que pide una copita de licor. Y papá respondió:—Dale una copita de licor.—Me senté delante de una mesa, me bebí una copita de licor y me fumé una pipa, mirando á papá, á María y á Johann que acababa también de entrar. Hablando, papá me dijo:—¿Sabe V. con seguridad, joven, dónde está ahora nuestro ejército? Yo dije: — Vengo de él; está cerca de

Viena. Nuestro hijo—dijo papá—era soldado. Hace nueve años que se fué y no nos ha escrito; no sabemos si está muerto ó vivo. Mi mujer no cesa de llorar... Yo fumaba mi pipa y dije: —¿Cómo se llamaba vuestro hijo y en qué regimiento estaba? Acaso lo conoceré... Se llamaba Karl Mayer y estaba en los cazadores austriacos—dijo mi papá. Era alto y guapo como V.—dijo mi hermana María. Yo dije: —Conozco á vuestro Karl. ¡Amalia! —gritó mi padre.—¡Ven aquí, que hay un joven que conoce á nuestro Karl! *Y mi querida mamá entró por la puerta del fondo. La reconocí en seguida.*—¿V. conoce á nuestro Karl?—me dijo, mirándome, y se puso muy pálida y comenzó... á... tem... blar. Si, lo he visto—dije, sin atreverme á alzar mis ojos hacia ella. El corazón me saltaba en el pecho. ¡Vive mi Karl!—dijo mamá.—¡Alabado sea Dios! ¿Dónde está mi buen Karl? Moriría

tranquila si pudiera volver á ver una sola vez á mi hijo querido; pero no lo quiere Dios. Se echó á llorar... No pude contenerme... ¡Mamá! —exclamé.—¡Yo soy su Karl! Y cayó en mis brazos.»

Karl Ivanovitch cerró los ojos y sus labios temblaron.

«¡Mamá, yo soy su Karl! Y cayó en mis brazos» —repitió calmándose un poco y enjugándose gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

»Pero Dios —continuó— no permitió que yo terminase mis días en mi patria. La desgracia me perseguía por todas partes. No viví en mi patria más que tres meses. Un domingo estaba en el café, bebiéndome un jarro de cerveza y fumando mi pipa, y hablaba de política con mis amigos; se hablaba del emperador Francisco, de Napoleón, de la guerra, y cada cual daba su opinión. Cerca de nosotros estaba sentado un señor con paletó



gris, á quien no conocíamos. Tomaba café, fumaba su pipa y no decía nada. Cuando el vigilante nocturno gritó: ¡Las diez! tomé el sombrero, pagué y me volví á mi casa. A media noche llamaron á mi puerta. Me desperté y dije:—¿Quién es? ¡Abra V.! Yo dije—Diga quién es y abriré. ¡Abra V. en nombre de la ley!—dijo una voz al otro lado de la puerta. Abrí. Junto á la puerta había dos soldados con fusiles, y vi entrar al desconocido del paletó gris que estaba cerca de nosotros en el café. ¡Era un espía! ¡Sígame V.! —dijo éste. — Bien—contesté. — Me puse las botas y el pantalón, é iba y venía por el cuarto poniéndome los tirantes. Me hervía la sangre, y me decía: ¡Tunante! Cuando me encontré cerca de la pared donde estaba colgado mi sable, lo cogí y dije:—Eres un espía. ¡Defiéndete! Doy un golpe á la derecha, un golpe á la izquierda y un golpe en la cabeza. ¡El espía cae! Cojo

mi maletín y mi bolsa, salto por la ventana y me voy á Ems.

»Allí hice conocimiento con el general Sazine. Me tomó cariño, me procuró un pasaporte y me trajo á Rusia para educar á sus hijos. A su muerte, me tomó su mamá de V. Me dijo:—Karl Ivanovitch, le confío á V. mis hijos, ámelos y no los abandone nunca; yo aseguraré el reposo de su vejez. Ella ya no existe, y todo se ha olvidado. Después de veinte años de servicios, es preciso que con mis cabellos blancos vaya á mendigar por las calles un pedazo de pan duro... ¡Dios lo ve todo y lo sabe todo! ¡que se cumpla en todo su santa voluntad! Sólo me disgusta esto por Vds., hijos míos.»

Al decir esto, Karl Ivanovitch me cogió por la mano, me trajo á sí y me besó en la frente.

## XXXI

## Tengo un 1.

Al expirar nuestro año de luto, mi abuela comenzó á reponerse un poco de su pena y á recibir de cuando en cuando, sobre todo niños, nuestros camaradas y las amigas de mi hermana.

El día del santo de Liubotchka, el 13 de Diciembre, la princesa Kornakof y sus hijos, la señora Valakine y Sonia, Lino Grapp y los dos Ivine menores llegaron antes de la comida.

Desde arriba oíamos las voces, las risas y las idas y venidas; pero no podíamos ir á reunirnos con los invitados antes de acabar las clases de la mañana. El cuadro, colgado en la pared, decía: *Lunes, de dos á tres, pro-*

*profesor de historia y de geografía.* Antes de estar libres, necesitábamos esperar á aquel *profesor de historia*, escuchar su lección y despedirlo. Eran ya las dos y cuarto, y el profesor no llegaba, no se le oía ni siquiera se le veía en la calle, adonde yo miraba con un intenso deseo de no verlo jamás.

—Parece que Lebedef no viene hoy —dijo Volodia arrancándose un instante al libro donde estudiaba la lección.

—¡Dios lo quiera, Dios lo quiera! No sé ni jota... ¡Bueno... ahí está! —añadió con voz triste.

Volodia se levantó y se acercó á la ventana.

—No, no es él —dijo. —Esperemos aún hasta las dos y media —añadió estirándose y rascándose la cabeza, según su costumbre, cuando descansaba un instante de su trabajo. —Si no ha llegado á las dos y media, podre-



mos ir á decírselo á Saint-Jerome y guardar nuestros cuadernos.

—El también tiene ganas de irse á pa-a-a-a-sear—dije estirándome á mi vez y agitando por encima de mi cabeza el libro que sujetaba con las dos manos.

Por no tener que hacer, abrí el libro en el sitio de la lección y me puse á leer. La lección era larga y difícil, no sabía de ella ni una palabra y comprobé que jamás me acordaría de nada; estaba en un estado nervioso en que es imposible fijar el pensamiento en ninguna cosa.

La lección de historia era siempre para mí un suplicio. En la precedente, Lebedef se había quejado de mí á Saint-Jerome, y me había dado un 2, lo que significaba *muy mal*. Saint-Jerome me había declarado que si la vez próxima tenía yo menos de 3, sería castigado severamente. La vez próxima había llegado, y yo tenía un miedo atroz.

De tal modo estaba absorbido por la lectura de aquella lección desconocida, que me sorprendió de pronto el ruido de unos chanclos, al quitárselos, procedentes de la antecámara. Apenas tuve tiempo de levantar la cabeza, cuando ya asomaba por la puerta la horrible figura enfermiza y torpe, que conocía demasiado, del profesor de historia, con su frac azul de botones universitarios.

Dejó con lentitud el sombrero en la ventana y los libros sobre la mesa, estiró con las dos manos el frac para quitar las arrugas (esto era verdaderamente necesario), y se sentó soplando.

—Vamos, señores—dijo frotándose las manos sudorosas—repasemos primero lo dicho en la clase precedente, y en seguida trataré de hacerles conocer la continuación de los acontecimientos de la Edad Media.

Esto quería decir:

«Digan Vds. la lección.»

Mientras que Volodia la decía con la facilidad y la seguridad del que la sabe, yo salí sin ningún objeto al descanso de la escalera; no pudiendo bajar, era muy natural que, sin pensar en ello, me encontrase en mi observatorio ordinario. Apenas me había instalado detrás de la puerta, cuando Mimi (era siempre la causa de todas mis desdichas) cayó sobre mí de improviso.

—¿V. aquí?—dijo mirando severamente, primero á mí, luego la puerta del cuarto de las criadas, después de nuevo á mí.

Sentíame doblemente culpable por no estar en la clase, y por encontrarme en un sitio prohibido. No me atreví, pues, á decir nada, y bajando la cabeza, expresé con mi actitud el arrepentimiento más conmovedor.

—¡No, esto es demasiado!—exclamó Mimi.—¿Qué hacía V. ahí? (Yo

guardé silencio.) No, esto no quedará así—continuó golpeando el pasamanos de la escalera—se lo diré á la condesa.

Eran las tres menos cinco cuando volví á la clase. El profesor parecía no notar si yo estaba ó no en la clase y explicaba la lección siguiente á Volodia. Terminadas las explicaciones, comenzó á reunir sus cuadernos, y Volodia fué á buscar el sello á la habitación vecina; se me ocurrió la idea deliciosa de que había terminado la lección y que me habían olvidado.

De pronto volvi6se hacia mí el profesor con una sonrisilla mala.

—Espero —dijo frotándose las manos— que sabrá V. su lección.

—Sí.

—Dígame algo sobre la cruzada de San Luis —dijo balanceando la cabeza y mirándose los zapatos con aire pensativo. En primer lugar, las causas que obligaron al rey de Francia á tomar la



cruz (alzó las cejas y señaló con el dedo el tintero). Después, los rasgos característicos de aquella cruzada (movió el brazo como si quisiera coger alguna cosa). En fin, la influencia de aquella cruzada en los Estados europeos en general (golpeó en los cuadernos en el lado izquierdo de la mesa), y en el reino de Francia en particular (golpeó con los cuadernos en el lado derecho de la mesa, é inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo).

Yo no hacía más que tragar saliva, tosía, inclinaba la cabeza de lado y no dije nada. Después cogí la pluma que había en la mesa y me puse á recortarla, siempre sin decir nada.

—Déme V. esa pluma—dijo el profesor alargando la mano—que no sirve. ¡Vamos!

—Luis... San Luis... era... era... era... un buen czar...

—¿Un qué?

—Un buen czar. Tuvo la idea de ir á Jerusalén y *entregó las riendas del gobierno* á su madre.

—¿Cómo se llamaba ésta?

—B... Be... lau...

—¡Cómo! ¿Belauta?

Me eché á reir torpe y estúpida-mente.

—Veamos, ¿no sabe V. algo más?

Yo no tenía nada que perder. Aclaré mi voz y solté todo lo que me pasaba por la cabeza. El profesor limpiaba la mesa, sin decir nada, con la pluma que me había quitado, y me miraba obstinadamente, repitiendo de cuando en cuando: «¡Bien, muy bien!» Comprendía yo que no sabía nada, me hacía un lío, y me era horriblemente penoso que el profesor no me detuviera ni me corrigiera.

—¿Por qué—dijo al fin repitiendo mi frase—tuvo la idea de ir á Jerusalén?

—Porque... es que... quería...

Me embrollé por completo y enmudecí. Sentía que aquel maligno profesor podría mirarme de aquel modo durante un año, sin que yo fuera capaz de añadir una sílaba. Esperó tres minutos, luego su rostro tomó de pronto la expresión de una profunda tristeza, y dijo en tono afligido á Volodia, que volvía en el mismo momento.

—Deme V. el cuaderno de notas.

Volodia le dió el cuaderno de notas y puso cuidadosamente el sello al lado.

El profesor abrió el cuaderno, mojó la pluma con precaución, y con su hermosa letra, puso un 5 á Volodia en la columna de los *progresos* y en la del *comportamiento*. En seguida, teniendo la pluma en el aire sobre las columnas donde estaban mis notas, me miró y reflexionó.

De pronto, su mano hizo un movimiento imperceptible y un 1 soberbio,

seguido de un punto apareció en la columna de los *progresos*. Un segundo movimiento, y otro 1, con un punto, en la columna del *comportamiento*.

El profesor cerró con precaución el cuaderno de notas, se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin parecer notar mi mirada suplicante, desesperada, cargada de reproches.

—¡Miguel Larionitch!—dije.

—No—respondió adivinando lo que iba yo á decirle.—Esto no puede seguir así. No quiero robar mi dinero.

Se volvió á poner los chanclos y el abrigo, y se rodeó cuidadosamente la bufanda. ¡Como si después de la desgracia que acababa de sucederme, se pudiera todavía interesarse en cualquier cosa! Para él aquéllo no había sido más que un rasgo de pluma; para mí aquéllo era una catástrofe.

—¿Ha concluido la lección?—preguntó Saint-Jerome entrando en la clase.



—Sí.

—¿Ha quedado el profesor contento de Vds.?

—Sí—respondió Volodia.

—¿Qué nota tiene V.?

—Cinco.

—¿Y Nicolás?

—Creo que tiene cuatro—dijo Volodia.

Había comprendido que había que salvarme por aquel día; me castigarían, pero no aquella tarde, en que había gente en casa.

—Veamos, señores (Saint-Jerome repetía «Veamos» á cada tres palabras), vistanse Vds., y bajemos.

## XXXII

### La llavecita.

Apenas habíamos tenido tiempo de saludar á todos los invitados, cuando

anunciaron la comida. Papá estaba muy contento (hacia algún tiempo que estaba en vena y ganaba). Regaló á Liubotchka, por ser sus días, un servicio de viaje de plata, y se acordó, estando aún en la mesa, de que también tenía para ella una bombonera; la había dejado en su cuarto.

En vez de enviar á un criado,

—Ve tú, loco—me dijo.—Las llaves están sobre la mesa grande, en la concha, ¿sabes?... Tomarás la más grande, y abrirás el segundo cajón de la derecha. Allí encontrarás una cajita y bombones en un papel, y lo traerás todo.

—¿Hay que traerte también cigarrros?—pregunté, sabiendo que enviaba siempre á buscarlos después de la comida.

—Sí. ¡Ten cuidado con no tocar á nada!—gritó cuando me alejaba.

Encontré el llavero en el sitio indicado, y ya iba á abrir el cajón, cuan-

do me entraron ganas de saber á qué cerradura correspondía una llavecita muy pequeña ensartada en la anilla.

Sobre la mesa, entre cien objetos diversos, había una cartera bordada, cerrada con un candadito. Quise ver si la llavecita venía bien al candado. La experiencia tuvo completo éxito: se abrió la cartera y encontré un montón de papeles. Me impulsó la curiosidad tan violentamente á saber lo que eran aquellos papeles, que ahogó la voz de la conciencia; me puse á examinar el contenido de la cartera.

.....

.....

.....

La veneración que sienten los niños por las personas mayores era tan robusta en mí, en particular por papá, que mi espíritu se negaba inconscientemente á sacar conclusiones de lo que tenía ante los ojos. Sentía que papá vivía en una esfera superior y

por completo aparte, inaccesible é incomprendible para mí, y que cometería yo una especie de sacrilegio tratando de penetrar los secretos de su vida.

Los descubrimientos que hice de improviso en su cartera no me dejaron, pues, ninguna impresión precisa, si no es la conciencia de haber hecho mal. Estaba avergonzado y turbado.

Quise cerrar de prisa la cartera, pero estaba escrito que aquel día memorable caerían sobre mí todas las desgracias. Habiendo introducido la llavecita en el agujero de la cerradura, di mal la vuelta. Creyendo haber cerrado, tiré de la llave, y ¡oh horror! se me quedó el pedazo en la mano. En vano me esforcé por ajustarlo á la mitad que había quedado en el candado y hacer salir esta última por virtud de un sortilegio cualquiera: tuve que acostumbrarme á la idea



horrible de que había cometido un nuevo crimen, que sería descubierto cuando papá volviera á su despacho.

El asunto de Mimi, el 1 y la llavecita; ya no podía sucederme nada peor. Mi abuela por el asunto de Mimi, Saint-Jerome por el 1, papá por la llavecita... y todo caería sobre mí aquel mismo día.

—«¿Qué va á ser de mí? ¡Aa-a-ah! ¿Qué he hecho?—exclamaba en alta voz yendo y viniendo por la blanda alfombra del despacho. ¡Ea!—me dije interiormente buscando los bombones y los cigarros—*¡no se evita su destino!*...—Y volví corriendo.

Esta sentencia fatalista que había oído repetir en mi infancia á Kolia ejercía sobre mí, en todos los momentos difíciles de mi vida, una influencia bienhechora y calmante. Al entrar en el comedor, me encontraba en un estado de espíritu algo turbado y no muy natural, pero perfectamente alegre.

### XXXIII

#### La pérfida.

Después de la comida comenzaron los juegos, y yo tomé una parte activa en ellos. Jugando á «el gato y el ratón» pisé, sin hacerlo intencionadamente, por torpeza, la falda del aya de las Kornakof, que jugaba con nosotros, y la desgarré. Noté que todas las niñas, y Sonia en particular, estaban encantadas del aire contrariado con que el aya fué á coserse la falda al cuarto de las criadas. Resolví procurarles por segunda vez este placer. Con esta amable intención, así que volvió el aya, me puse á galopar alrededor suyo buscando una ocasión favorable para enganchar el tacón en su falda y desgarrársela de nuevo.

Sonia y las princesas á duras penas podían contener la risa, lo que halagaba mucho mi amor propio; pero Saint-Jerome notó mis maniobras. Se acercó á mí, y me dijo frunciendo las cejas (cosa que yo no podía sufrir), que parecía que estaba meditando tonterías, y que si no era más formal, él haría que me arrepintiera, aunque fuera aquel día de fiesta.

Me encontraba en la situación de excitación del hombre que ha perdido más de lo que tenía en el bolsillo, que teme el momento de pagar y que sigue jugando á la desesperada sin ninguna esperanza de reponerse y simplemente para aturdirse: sonreí insolentemente y me alejé de Saint-Jerome.

Después de «el gato y el ratón», uno de nosotros organizó un juego que llamábamos la «nariz larga». Se ponía las sillas en dos filas, una enfrente de otra, las damas y los caballeros se

formaban en dos campos y se cambiaba de sillas al elegir compañero.

La última de las princesas elegía siempre al menor de los Ivine, Catalina, en tanto á Volodia, en tanto á Lino; Sonia no dejaba nunca de elegir á Sergio, y, con gran asombro mio, no pareció de ningún modo confusa cuando Sergio fué directamente á sentarse en frente de ella. Se echó á reir con su graciosa risa sonora, y le hizo entender que había adivinado bien. A mí nadie me elegía. Para mi profunda humillación, comprendí que yo estaba de más, que yo era el *que se queda*, y que se diría todas las veces: *¿Quién queda aún?—¡Ah, es Nicolás, tómallo!* Me decidí, pues, cuando llegó mi vez á cruzar, á ir derecho á mi hermana, ó á una de las feas princesas, y jamás ¡oh! no me engañaba: Sonia estaba de tal modo ocupada con Sergio Ivine, que yo no existía para ella. Ignoro con qué fundamento la



trataba en pensamiento de *pérfida*, puesto que nunca me había prometido elegirme y no elegir á Sergio, pero estaba firmemente convencido de que se portaba conmigo de la manera más horrible.

Después del juego noté que la *pérfida*, á quien yo despreciaba pero sin poder apartar de ella los ojos, se iba á un rincón con Sergio y Catalina. Se pusieron á hablar misteriosamente. Me acerqué con cautela, oculto por el piano, para descubrir su secreto y he aquí lo que ví: Catalina tenía un pañuelo de batista por dos puntas, delante de Sergio y Sonia, de modo que les impediría ver. «No—dijo Sergio—ha perdido V. ¡Pague V. ahora!» Sonia, de pie delante de él, los brazos colgando y con aire de culpa, dijo ruborizándose:—«No he perdido, ¿verdad, Catalina? Soy amiga de la verdad—replicó Catalina;—ha perdido V., querida.»

Apenas Catalina pronunció estas palabras, Sergio se inclinó y besó á Sonia. La besó con la mayor naturalidad, en la boca. Y Sonia se echó á reir, como si aquello no fuera nada, como si fuera muy divertido. ¡Abominación! ¡Oh hipócrita pérfida!

## XXXIV

### El eclipse.

Sentí de pronto un profundo desprecio por el sexo femenino en general y por Sonia en particular. Estaba en camino de persuadirme de que los juegos no eran divertidos del todo, que eran buenos para las niñas, y yo tenía más terribles ganas de hacer alguna buena travesura de muchacho que dejara estupefacto á todo el mun-

do. La ocasion no tardó en presentarse.

Saint-Jerome salió de la habitación. Sus pasos resonaron primero en la escalera, luego precisamente encima de nuestra cabeza, en la dirección de la clase. Se me ocurrió la idea de que Mimi le había contado dónde me había encontrado durante la lección, y que había ido á ver el cuaderno de notas. En aquel tiempo yo no creía que Saint-Jerome pudiera tener otro objeto en su vida que buscar ocasiones de castigarme.

He leído en alguna parte que los niños de doce á catorce años, es decir, en la edad de transición que precede á la adolescencia, son inclinados al incendio y hasta el asesinato. Cuando me acuerdo de mi adolescencia, y, en particular, del estado de espíritu en que me encontraba aquel día nefasto, comprendo muy bien los crímenes más atroces, cometidos sin objeto,

sin intención de dañar, así como por curiosidad, por necesidad inconsciente de acción. Hay momentos en que el porvenir se aparece al hombre con colores tan sombríos, que de miedo de detener su mirada en ese porvenir, el espíritu suspende totalmente en sí mismo el ejercicio de la razón y se esfuerza por persuadirse de que no tendrá porvenir y de que no tuvo pasado. En esos momentos en que el pensamiento no examina ya cada impulso de la voluntad y en que los instintos materiales son los únicos resortes de la vida, comprendo al niño inexperiencedado que sin sombra de vacilación ni de espanto, con sonrisa de curiosidad, enciende y sopla el fuego en su propia casa, donde duermen sus hermanos, su padre, su madre, todos los que ama tiernamente. Bajo la influencia de este eclipse temporal del pensamiento, diré casi de esta distracción, un joven campesino de diez y



siete años contempla el corte recién afilado de un hacha, junto al banco donde su anciano padre duerme tendido boca arriba. De repente blande el hacha; después mira con curiosidad estúpida cómo corre la sangre, de la garganta dividida, sobre el banco. Bajo la influencia de este mismo eclipse del pensamiento y de esta misma curiosidad instintiva, un hombre experimenta una especie de goce en inclinarse sobre el borde de un precipicio y en pensar:—«¿Me tiraré?» ó en apoyar en su frente una pistola cargada y en pensar:—«¿Dispararé?» ó en mirar á cualquier persona importante ante la cual todo el mundo se inclina y en pensar:—«¿Lo cogeré por la nariz, diciéndole: Ven, querido?»

Bajo la influencia de un trastorno íntimo semejante y de una suspensión de la reflexión de este género estaba, cuando Saint-Jerome volvió á bajar y me dijo que subiera con él en seguida,

que no tenía derecho á estar abajo después de haberme portado tan mal y de haberme sabido tan mal la lección; le saqué la lengua y declaré que no me iría.

Saint-Jerome se quedó mudo de sorpresa y de furor.

—Está bien—dijo al fin corriendo detrás de mí.—Le había prometido ya á V. muchas veces un castigo que su abuela habría querido evitarle, pero bien veo que no hay más que el látigo para obligarle á obedecer, y acaba V. de merecerlo de lleno.

Hablaba tan alto, que lo oía todo el salón. Se me agolpó la sangre al corazón con una violencia extraordinaria; lo sentía latir muy fuerte, sentía que me había puesto completamente pálido y que mis labios temblaban á pesar mío. Debía yo estar terrible en aquel instante, porque Saint-Jerome se arrojó rápidamente sobre mí y me cogió por el brazo evitando mi mira-

da. Apenas sentí su apretón, cuando ya no me conocí; fuera de mí, de rabia y sin saber ya lo que hacía, me solté y le pegué con todas mis fuerzas.

Volodia se acercó á mí con expresión de susto y de asombro.

—¿Qué te ha dado?—me dijo.

—Déjame—grité.— ¡Ninguno de vosotros me quiere! ¡No comprendéis cuán desgraciado soy! ¡Todos sois repugnantes, todos me dáis horror!—añadí en una especie de delirio, dirigiéndome á todos los asistentes.

Durante aquel tiempo, Saint-Jerome, lívido el rostro y resuelto, se había acercado á mí; antes de que hubiera yo podido ponerme en guardia, me cogió bruscamente las dos manos y me llevó. La cabeza me daba vueltas de emoción. Recuerdo solamente que me resistía como un desesperado y que di cabezadas y patadas mientras me quedaron fuerzas. Recuerdo también que mi nariz dió muchas ve-

ces contra unas piernas, que me entró en la boca un faldón del frac, que oía pies muy cerca de mí, que tragaba polvo y que aquello olía á violeta: el perfume favorito de Saint-Jerome.

Cinco minutos después, se cerró detrás de mí la puerta del cuarto oscuro.

—Vassili—dijo *él* fuera, con voz espantosa y solemne—traígame V. las disciplinas.

.....

.....

## XXXV

### Desvaríos.

¿Podía yo pensar en aquel tiempo que sobreviviría á tantas desgracias y que llegaría un día en que hablara de ello con sangre fría?...



Al pensar en lo que había hecho, no podía figurarme lo que iba á ser de mí; pero tenía el sentimiento vago de que estaba irremisiblemente perdido.

En el primer momento, reinó en derredor mío un profundo silencio; al menos me lo figuraba, pues la violencia de mi emoción me impedía, sin duda, oír. Poco á poco comencé á distinguir diferentes sonidos. Vassili subió, arrojó al rincón de la ventana un objeto que podía ser una escoba, y se tendió, bostezando, sobre una banqueta. Abajo, Saint-Jerome hablaba muy alto (hablaba evidentemente de mí); después oí voces de niños, risas, carreras; al cabo de algunos minutos, toda la casa estaba de nuevo en movimiento, como si nadie supiera que yo estaba en el cuarto oscuro ó como si nadie pensara en ello.

No lloraba, pero parecía que tenía una cosa sobre el corazón. Las ideas y las imágenes se sucedían con rapi-

dez en mi imaginación sobreexcitada; pero el recuerdo de mi desgracia venía continuamente á interrumpir su caprichosa cadena, y volví á caer en un laberinto sin salida de incertidumbres, de terrores y de desesperaciones.

En tanto me acudía al espíritu que debía existir una causa desconocida en la indiferencia ó más bien en el odio que yo inspiraba universalmente. (En aquella época estaba firmemente convencido de que todo el mundo, desde mi abuela hasta el cochero Felipe, me detestaba y gozaba en verme sufrir.) Probablemente, yo no era hijo de mi madre y de mi padre, ni hermano de Volodia. Era algún desgraciado huérfano, un niño expósito, recogido por piedad. Esta absurda idea me pareció completamente verosímil, y me causó una especie de consuelo melancólico. Experimentaba alivio en pensar que era desgraciado, no por culpa mía, sino porque mi des-

tino era ser desgraciado desde mi nacimiento, como aquel infortunado Karl Ivanovitch.

«¿Pero por qué ocultarme este misterio, me decía, cuando casi lo he adivinado completamente solo? Mañana iré á buscar á papá y le diré:— «Papá, es inútil que me ocultes el secreto de mi nacimiento; lo sé todo.» El me responderá:—«¿Qué quieres, hijo mío? Lo habías de saber tarde ó temprano; no eres hijo mío; pero te he adoptado, y si te muestras digno de mi ternura, no te abandonaré nunca.» Y yo responderé:—«Papá, aunque no tengo el derecho de darte este nombre, y lo pronuncie hoy por última vez, siempre te he amado y te amaré siempre; jamás olvidaré que eras mi bienhechor; pero yo no puedo seguir mucho tiempo en tu casa. Aquí nadie me quiere, y Saint-Jerome ha jurado mi pérdida. Es preciso que él ó yo salgamos de aquí, porque no res-

pondo de mí; odio á ese hombre hasta tal punto, que soy capaz de todo. Lo mataría.» (He aquí cómo diré:—«¡Papá, lo mataría!») Entonces papá se pondrá á suplicarme; pero yo diré:—«No, mi amigo, mi bienhechor, ya no podemos vivir juntos; déjame partir.» Y lo estrecharé entre mis brazos, y le diré en francés: «¡Oh, padre mío! ¡Oh, mi bienhechor, dame tu bendición por última vez, y que se cumpla la voluntad de Dios.» A este pensamiento sollozo, sentado en un baúl en el cuarto oscuro. De pronto me acude á la memoria la idea del ignominioso castigo que me espera; veo la realidad á su verdadera luz, y se desvanecen mis sueños.

Luego sueño que estoy libre y fuera de nuestra casa. Entro en los húsares y voy á la guerra. Me veo rodeado de enemigos, y con mi sable mato á uno; hago el molinete y mato dos, tres. Al fin, extenuado de fatiga y agotado por



mis heridas, caigo gritando: «¡Victoria!» El general me busca, diciendo: «¿Dónde está nuestro salvador?» Le dicen: «Hele aquí»; y se arroja á mi cuello vertiendo lágrimas de alegría, y exclamando: «¡Victoria!» Curo de mis heridas y me paseo por el boulevard Trerskoë, el brazo en cabestri-  
llo en un pañuelo negro. ¡Soy general! El emperador pasa, y pregunta quién es aquel joven herido. Le dicen que es el célebre héroe Nicolás. El emperador se acerca á mí y dice: «Te doy las gracias. Te concederé todo lo que me pidas.» Saludo respetuosamente, y digo apoyándome en el sable: «Soy feliz, gran príncipe, por haber podido verter mi sangre por mi patria, y quisiera morir por ella; pero puesto que te dignas autorizarme á dirigirte una petición, no te pido más que una cosa: permíteme aniquilar á mi enemigo, al extranjero Saint-Jerome. Quiero aniquilar á mi ene-

migo Saint-Jerome». Voy á buscar á Saint-Jerome, y le digo con terrible acento: «Tú has hecho mi desdicha; ¡de rodillas!» De pronto pienso que en cualquier momento puede entrar Saint-Jerome en carne y hueso, con las disciplinas, y me miro, no ya general y salvando la patria, sino llorando, humillado, la más miserable de todas las criaturas.

Otra vez, pienso en Dios y le pregunto atrevidamente por qué me castiga. No he olvidado nunca hacer mi oración por la mañana y por la noche; ¿por qué sufro? Verdaderamente puedo decir que di aquella noche el primer paso hacia las dudas religiosas que me turbaron durante mi adolescencia. No porque la adversidad me haya lanzado á las quejas y á la incredulidad, sino porque habiéndoseme ocurrido la idea de que la Providencia era injusta, durante el desorden moral que marcó mis veinti-

ticinco horas de aislamiento, aquello fué como el grano que cae en la tierra después de la lluvia y que germina en seguida.

Me imaginaba también que seguramente iba á morir y me representaba con vivacidad la sorpresa de Saint-Jerome al entrar en el cuarto oscuro y encontrar mi cuerpo inanimado. Me acordaba de lo que me había contado Natalia Savichna sobre el alma de los muertos, que queda en su casa durante cuarenta días, y me veía errante, invisible, en la casa de mi abuela y asistiendo á las lágrimas sinceras de Liubotchka, á las lamentaciones de mi abuela y á la conversación de papá con Saint-Jerome. «Era un niño excelente, decía mi papá llorando.—Sí, respondió Saint-Jerome; pero un gran tunante.—Debería V. respetar á los muertos, decía papá; V. es la causa de su muerte; lo ha asustado V., no ha podido soportar la humillación que

V. le preparaba... ¡Fuera de aquí, malvado!»

Y Saint-Jerone caía de rodillas, lloraba y pedía perdón.

El cuadragésimo día, mi alma volaba al cielo. Veía yo allí algo blanco, algo transparente, maravillosamente bello, y adivinaba que era mi madre. Aquello blanco me rodea, me acaricia, pero experimento cierto malestar y no lo reconozco. «Si eres tú verdaderamente, le digo, muéstrate mejor, para que yo pueda abrazarte.» Y su voz me responde: «Aquí somos todos así, y no puedo abrazarte mejor. ¿No estás bien así? Sí, estoy muy bien, pero no puedes acariciarme y yo no puedo besarte las manos.—Eso no es necesario—dijo ella—¡es tan hermoso esto!» Siento que aquello es, en efecto, muy hermoso; y volamos juntos más alto, siempre más alto.

Aquí echo un sueñecito, y al despertarme me encuentro otra vez sen-



tado en el baúl, en el cuarto oscuro, las mejillas mojadas de lágrimas y repitiendo maquinalmente las palabras: *Volamos más alto, siempre más alto*. Hago esfuerzos encarnizados para ver claro en mi situación, pero por más en tensión que pongo en mi espíritu, no veo más que tinieblas y espanto. Trato de volver á los sueños hermosos y consoladores interrumpidos por la vuelta á la realidad; pero por más que hago para volver á coger el hilo de ellos, me convenzo con sorpresa de que me es imposible reanudarlos, y hasta lo que es aún más asombroso, que esto no me daría ya ningún placer.

## XXXVI

**A fuerza de ir mal, todo irá bien.**

Pasé la noche en el cuarto oscuro, sin ver á nadie. El día siguiente, que

era domingo, fueron á buscarme para llevarme á un cuartito que daba á la clase, donde me encerraron de nuevo. Comenzaba á esperar que mi castigo se limitaría á la prisión, y mis ideas se serenaban bajo la influencia de un buen sueño reparador, del hermoso sol que jugaba entre las flores pintadas en los cristales y del ruido familiar de la calle. La soledad me era de todos modos muy penosa. Habría querido moverme, contar á alguien todo lo que se había amontonado en mi alma, y ni una criatura viviente á quien hablar. Aquella situación me parecía tanto más desagradable, cuanto que no podía impedirme, por insoportable que me fuera, oír á Saint-Jerome silbar canciones alegres, como si no sucediera nada, yendo y viniendo por su cuarto. Yo estaba absolutamente convencido de que no tenía ganas ningunas de silbar, y que lo hacía únicamente por atormentarme.

A las dos, Saint-Jerome y Volodia bajaron, y Kolia me entró la comida. Hablé con él de lo que yo había hecho y de lo que me esperaba. Me dijo:

—¡Eh, señorito, no se atormente V.! A fuerza de ir mal, todo irá bien.

Este proverbio, que ha sostenido muy á menudo mi valor después, me consoló un poco. Sin embargo, el hecho de que no se me había enviado pan seco y agua, sino toda una comida y hasta un pastel, me daba mucho en qué pensar. Si no se me hubiera enviado aquel pastel, esto habría querido decir que mi castigo era la prisión; puesto que me enviaban un pastel, es que ya no estaba castigado, que me habían solamente alejado de los demás como á una criatura malvada, y que aún me esperaba el castigo.

Mientras que estaba absorto en la solución de este problema, giró la llave en la cerradura de mi calabozo

y apareció Saint-Jerome, el rostro grave y oficial.

—Venga V. á las habitaciones de su abuela —dijo sin mirarme.

Antes de salir, quise limpiarme las mangas que estaban manchadas de yeso. Saint-Jerome me dijo que era del todo inútil, como si yo estuviera en una situación de tal modo deplorable, que no valiera ya la pena de ocuparme de mi exterior.

Cuando cruzamos la sala, llevándome Saint-Jerome por el brazo, Catalina, Liubotchka y Volodia me miraron exactamente con el mismo aire con que nosotros mirábamos la cadena de presidiarios que pasaba todos los lunes bajo nuestras ventanas. Y cuando me acerqué al sillón de mi abuela para besarla la mano, ella se volvió y escondió la mano bajo la manteleta.

—Sí, querido—dijo después de un largo silencio, durante el cual me me-



día de pies á cabeza con una mirada tal, que no sabía dónde poner mis ojos y mis manos—puedo decir que recompensa V. bien mi ternura y que es V. para mí un verdadero consuelo. El señor Saint-Jerome — continuó acentuando todas las palabras—que había consentido á ruegos míos, en encargarse de la educación de V., se niega ahora á seguir en mi casa. ¿Por qué? A causa de V., querido.

Se calló un instante y continuó en un tono que indicaba que su discurso estaba preparado hacía tiempo.

—Esperaba yo que le estaría V. reconocido por sus cuidados y sus trabajos, y he aquí que V., boquirrubio, pilluelo, ha osado alzar la mano sobre él. ¡Muy bien! ¡Perfectamente! Comienzo también á creer que es V. incapaz de comprender lo que son las conveniencias, que son necesarios con V. otros medios, medios bajos... Pida inmediatamente perdón—añadió du-

ramente y con tono de autoridad, señalándome á Saint-Jerome.—¿Me oye V.?

Seguí la dirección del dedo de mi abuela, y viendo al extremo el faldón del frac de Saint-Jerome, me volví y quedé inmóvil, paralizado el corazón.

—¡Vamos! ¿Me oye V. lo que le digo?

Temblé de pies á cabeza, pero no me moví.

—¡Vamos!—exclamó mi abuela, que notó probablemente mis angustias.—¡Vamos!—replicó con voz dulcificada y casi tierna.—¿Cómo, eres tú?...

—Abuela, por nada del mundo le pediré perdón...

Me interrumpí súbitamente, comprendiendo que si añadía una sola palabra, no podría contener las lágrimas que me sofocaban.

—Te lo ordeno, te lo ruego. ¿Qué tienes?

—No... quiero...; no puedo...

Los sollozos acumulados en mi pecho se escaparon, y estalló la tormenta.

—¿Es así como obedece V. á su segunda madre?—exclamó Saint-Jerome con voz trágica.—¿Es así como reconoce V. sus bondades? ¡De rodillas!

—¡Dios mío, si ella viera esto!—dijo mi abuela apartando de mí la vista y secándose las lágrimas.—¡Si ella viera...! Más vale que no viva. No soportaría esta pena, no la soportaría.

Y mi abuela lloraba cada vez más fuerte. Yo también lloraba; pero no se me ocurrió la idea de pedir perdón.

—¡Tranquilícese V., en nombre del cielo, señora condesa!—dijo Saint-Jerome.

Pero mi abuela no lo escuchaba. Se tapó la cara con las manos, y sus sollozos se transformaron prontamente en hipo y en ataques de nervios. Mimi y Gacha se precipitaron en la habitación con caras espantadas, se

esparció olor á sales, y toda la casa se llenó de ruidos de pasos y de cuchicheos.

—Gócese V. en su obra—me dijo Saint-Jerome llevándome otra vez arriba.

—¡Señor!—pensaba yo.—¿Qué he hecho? ¡Qué horrible criminal soy!

Apenas bajó de nuevo Saint-Jerome, después de haberme dicho que me fuera á mi cuarto, me precipité, sin saber por qué ni lo que hacía, en la escalera que conducía á la calle.

No recuerdo si quería huir de todas las personas de la casa ó ir á ahogarme; sólo sé que me había tapado la cara con las manos para no ver á nadie, y que bajaba la escalera corriendo.

—¿A dónde vas?—preguntó de pronto una voz muy conocida.—Ven aquí; te necesito, pequeño.

Quise pasar por delante de él, pero papá me cogió por el brazo, y dijo severamente:



—Ven conmigo.

Y me llevó al diván.

—¿Cómo te has atrevido á tocar mi cartera en mi despacho? ¿Jem? ¿No dices nada? ¿Jem?

Me cogió de una oreja.

—He hecho mal—dije;—ni yo mismo sé lo que me pasó.

—¡Ah! ¿Conque no sabes lo que te pasó? No sabes, no sabes, no sabes, no sabes—repetía tirándome de la oreja á cada palabra.—¿Volverás á meterte en lo que no te importa? ¿Volverás? ¿Volverás?

Aunque me dolía mucho la oreja, no lloraba; sentía un bienestar moral. Así que papá me soltó, le cogí la mano y se la cubrí de besos.

—¡Pégame—le dije llorando—pégame más fuerte; hazme más daño; soy un miserable, un malvado, un desdichado!

—¿Qué te pasa?—preguntó apartándome un poco.

—¡No! No quiero, no iré—exclamé agarrándome á sus ropas. Todo el mundo me detesta, lo sé bien; pero te lo suplico, ¡óyeme! protégeme, ó échame de la casa; no puedo vivir con él; siempre trata de humillarme; quiere que me arrodille ante él, quiere castigarme con el látigo. No puedo soportarlo; ya no soy pequeño; no puedo, me moriré, me mataré. Le ha dicho á la abuela que soy un tuno, y ella se ha puesto mala; la habré hecho morir, yo... él... ¡en nombre de Dios, pégamele!... por...que me ator...menta...

Me ahogaba. Incapaz de decir una palabra más, me senté en el diván, dejé caer la cabeza en las rodillas de papá y sollocé de tal modo, que me parecía que iba á expirar en aquel momento.

—¿De quién hablas?—dijo papá en tono de compasión, inclinándose hacia mí.

—De mi tirano... mi verdugo...; me moriré, nadie me quiere.

Pronuncié estas palabras con trabajo, y fui acometido de convulsiones.

Papá me cogió en sus brazos y me llevó á mi alcoba. Me dormí.

Cuando me desperté era ya tarde. Una sola bujía ardía al lado de mi cama; nuestro médico, Mimi y Liubotchka estaban sentados en el cuarto. Se leía en sus rostros que estaban inquietos por mi salud. Yo me sentía tan bien, después de un sueño de doce horas, que en aquel mismo instante habría saltado de la cama si no me hubiera sido desagradable turbarlos en la idea de que estaba muy enfermo.

No fui castigado. Nadie hizo ni siquiera alusión á lo que había pasado. Pero yo no podía olvidar todo lo que había sentido durante aquellos dos días de desesperación, de vergüenza y de odio. Porque aquello era realmente un sentimiento de odio, no de ese odio de que se habla en las novelas y en el que no creo, el odio que en-

cuentra uno en hacer daño á alguien, no; era el odio que os inspira una aversión invencible por un hombre, estimable por lo demás, que hace que sintáis horror por sus cabellos, su manera de llevar la cabeza, el sonido de su voz, toda su persona, todos sus movimientos, y que al mismo tiempo os atrae á él por una fuerza misteriosa y os constriñe á seguir sus menores gestos con inquieta atención. Tal era el sentimiento que yo experimentaba por Saint-Jerome.

Me era horribilmente penoso tener con él cualquiera relación.

## XXXVII

### El cuarto de las criadas.

Me sentía cada vez más aislado, y mi principal placer consistía en des-



varios solitarios. En el capítulo siguiente hablaré de sus asuntos. Tenían por teatro preferido el cuarto de las criadas, donde se desarrollaba una novela que me interesaba y me conmovía en el más alto grado. No hay que decir que la heroína de esta novela era Macha. Estaba enamorada de Vassili, que la había conocido antes de que estuviera en nuestra casa, y la había prometido en aquella época casarse con ella. La suerte los había reunido de nuevo, después de una separación de cinco años, en la casa de mi abuela; pero era para oponer un obstáculo á su pasión mutua en la persona de Kolia, el propio tío de Macha. Kolia no quería oír hablar de matrimonio entre su sobrina y Vassili, al que trataba de hombre *sin buen sentido y desenfrenado*.

El efecto de su oposición fué que Vassili, hasta entonces frío y poco solícito, se inflamó de pronto por Ma-

cha, como sólo es capaz de inflamarse un sastre siervo, de camisa roja y cabellos dados de pomada.

Las manifestaciones de aquel amor eran sumamente extravagantes y necias. Por ejemplo: cuando á Macha trataba siempre de hacerla daño, la pellizcaba, la daba una palmada, la abrazaba con tanta fuerza, que casi la ahogaba. La pasión no era por eso menos sincera, y lo probó, cuando fué rechazado definitivamente por Kolia, dándose á la bebida por desesperación, á correr las tabernas, á dar escándalos; en una palabra, á portarse tan mal, que se hizo llevar más de una vez vergonzosamente á la prevención por la policía. Estas maneras de obrar y sus consecuencias aparecían como méritos á los ojos de Macha y aumentaban su amor. Cuando Vassili estaba encerrado, los ojos de Macha no se secaban. Lloraba días enteros quejándose de su amarga

suerte á Gacha, que era muy compasiva con los amantes desgraciados, y se iba á escondidas á la prevención, desafiando las murmuraciones y los golpes de su tío, para ver á su amigo y consolarlo.

No te indignes, lector, de la sociedad á que te conduzco. Si las cuerdas de la simpatía y del amor no están flojas en tu alma, encontrarán con qué resonar hasta en el cuarto de las criadas. Quieras ó no seguirme, yo me voy al descanso de la escalera, desde donde puedo oír todo lo que pasa en el cuarto de las criadas. He aquí el hornillo en que están las planchas, la muñeca de cartón desnarigada, el cubo y el cántaro del agua. He allí la ventana, donde se ven confundidos un pedacito de cera, una madeja de seda, restos de cohombro y una caja de bombones. He ahí la gran mesa roja, sobre la que un ladrillo forrado de indiana sirve para sujetar la punta de

la costura comenzada, y delante de la que *ella* está sentada. *Ella* tiene el vestido, que me gusta tanto, de cotonada de color de rosa, y su pañoleta azul celeste atrae muy particularmente mi atención. *Ella* cose. Se detiene de cuando en cuando para rasarse la cabeza con la aguja ó para arreglar la candela, y yo miro, y pienso: ¿Por qué no ha nacido señorita con sus brillantes ojos azules, esa enorme trenza rubia y ese hermoso pecho? ¡Qué bien estaría en el salón, con un gorrito de cintas de color de rosa y un peinador de seda roja, no peinadores como los de Mimi, sino como los que he visto en el bulevard Trerskoë! Bordaría en un bastidor, yo la miraría en el espejo, y, aunque ella no quisiera, yo lo haría todo por ella: ¡le daría su abrigo, le serviría de comer!...

«¡Ese Vassili es muy repugnante con su cara de borracho y su gabán mez-



quino sobre su camisa roja y sucia! En cada uno de sus movimientos, en cada curva de su espalda, creo ver la señal indudable del vergonzoso castigo que le espera...»

—¿Cómo? ¿Todavía Vassia?—dice Macha sin levantar la cabeza, clavando la aguja en la almohadilla.

—Bueno, ¿y qué?—responde Vassili.—¿Se puede esperar algo bueno de *él*? Estoy decidido, y si me pierdo él tendrá la culpa.

—¿Quiere V. té?—pregunta Nadioja, otra doncella.

—Muchas gracias. ¿Y por qué me detesta el bandido de tu tío? Porque tengo un verdadero frac mío... porque soy airoso... á causa de mi manera de andar... ¡Eh!—concluyó Vassili agitando las manos.

—Hay que ser obediente—dice Macha cortando el hilo con los dientes;—y tú, tú estás siempre...

—¡No puedo! ¡Ea!

En este instante se oye cerrar ruidosamente una puerta en el gabinete de mi abuela, y la voz gruñona de Gacha sube por la escalera: «¡Que vaya ella misma, si no sabe lo que quiere!... ¡Esta es una vida de galeotes! ¡Dios me perdone!»—refunfuñó.

—Mis respetos á Agata Mikhaïlovna —le dice Vassili levantándose.

—¡Calle, tú aquí! No te presento mis respetos—responde ella, mirándolo con aire amenazador.—¿Qué vienes á hacer aquí? ¿Es este el sitio de un hombre...?

—Venía á informarme de su salud de V.—replica tímidamente Vassili.

—¡Buena está mi salud! ¡Estoy á punto de dar un estallido!—aulla Agata Mikhaïlovna, siempre furiosa.

Vassili se echó á reir.

—No hay motivo para reir, y te digo que te largues. ¡Mira el borrachón! ¡Y esto se quiere casar! ¿Quieres largarte?

Agata Mikhaïlovna entró en su cuarto pateando, y cerró la puerta con tanta fuerza, que temblaron los cristales. Durante largo tiempo se la oyó, á través del tabique, injuriar á todo el mundo, maldecir la vida que llevaba, revolverlo todo y tirar de las orejas á su gato favorito; en fin, entreabrióse la puerta, y el gato, lanzado por la cola, voló al medio del cuarto dando maullidos lastimeros.

—Veo que el té será para otra vez —murmuró Vassili. —Hasta la vista.

—No te vayas—dijo Nadioja guiñando los ojos.—Voy á mirar el samovar.

—Quiero acabar—prosiguió Vassili, que se acercó á Macha, así que Nadioja estuvo fuera de la habitación.—O bien me iré derecho á la condesa y le diré: «Pasa esto»; ó bien... lo dejo todo, á fe mía, y me voy al fin del mundo.

—Y me dejarás aquí...

—Sólo por ti me causa pena la cosa.

Sin esto, hace mucho tiempo, á fe mía, que lo habria hecho.

—Vassia, ¿por qué no me traes tus camisas á planchar?—dijo Macha después de un instante de silencio.—¡Qué negra está!—añadió, cogiéndolo por el cuello de la camisa.

Se oyó abajo la campanilla de mi abuela, y Gacha salió de su cuarto.

—¿Qué quieres de ella, perdido?—dijo empujando á Vassili, que se había levantado precipitadamente, hacia la puerta.—La alborotas; se ve que te divierte verla llorar, descamisado. Lárgate. Que no se te vuelva á ver por aquí. ¿Qué le encuentras de hermoso?—continuó, dirigiéndose á Macha.—¿No has recibido bastantes golpes de tu tío por culpa suya? Siempre: «¡No me casaré más que con Vassili Grousski!...» ¡Imbécil!

—No me casaré más que con él, no quiero más que á él, aunque me maten—dijo Macha, echándose á llorar.



La contemplé largo tiempo. Sentada sobre un cofre, lloraba y se enjugaba los ojos con su pañoleta, y yo me esforzaba por descubrir qué es lo que ella podía encontrar de seductor en Vassili. Por más que hacía, me era imposible, á pesar de la compasión sincera que me inspiraba su desesperación, comprender cómo una criatura tan encantadora pudiera amar á Vassili.

«Cuando yo sea grande—me decía al volver á la clase—Petrovskoe me pertenecerá, y Vassili y Macha serán siervos míos. Estaré sentado en el despacho y fumaré mi pipa. Macha cruzará por la cocina llevando una plancha. Yo diré: «Enviadme á Macha.» Ella entrará. Estaremos solos... De pronto entra Vassili. Al ver á Macha exclama: «¡Mi palomita está perdida!» Y Macha se echa á llorar. Pero yo digo: «Vassili, sé que la amas y que ella te ama. Aquí tienes mil ru-

blos para ti; cástate con ella y sé dichoso.» Y me iré al diván.

Entre los miserables pensamientos y desvaríos sin ilación que cruzan nuestro espíritu, los hay que dejan en él surcos profundos. Esto es hasta el punto que á menudo habéis olvidado en qué consistía justamente vuestro pensamiento; pero os acordáis de que era una buena idea, sentís sus efectos y querriáis volver á encontrarla. Me quedó en el alma uno de esos surcos, después de haber tenido la idea de sacrificar mi inclinación á la dicha de Macha, puesto que no podía ser dichosa más que con Vassili (1).

---

(1) El libro titulado «*Mi juventud*» publicado por nosotros en esta misma colección, es segunda parte del presente.—(N. DEL E.)

FIN

# ÍNDICE

---

## RECUERDOS DE MI INFANCIA.

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| I.—Nuestro preceptor Karl Ivanovitch.....   | 5            |
| II.—Mamá.....                               | 19           |
| III.—Papá.....                              | 25           |
| IV.—En clase.....                           | 32           |
| V.—El inocente.....                         | 40           |
| VI.—Qué especie de hombre era mi padre..... | 50           |
| VII.—En el despacho y en el salón.          | 55           |
| VIII.—Gricha.....                           | 64           |
| IX.—Natalia Savichna.....                   | 71           |
| X.—La partida.....                          | 79           |
| XI.—La infancia.....                        | 91           |
| XII.—Los versos.....                        | 98           |
| XIII.—Las visitas.....                      | 112          |
| XIV.—Los Ivine.....                         | 124          |
| XV.—Llegada de los invitados....            | 135          |
| XVI.—Antes de la mazurka.....               | 145          |
| XVII.—La mazurka.....                       | 155          |

|  |     |
|--|-----|
| XVIII.—Despues de la mazurka.....            | 161 |
| XIX.—En mi cama.....                         | 169 |
| XX.—La carta.....                            | 174 |
| XXI.—Lo que nos esperaba en el<br>campo..... | 186 |
| XXII.—La pena.....                           | 193 |
| XXIII.—Ultimos recuerdos tristes...          | 205 |

ADOLESCENCIA.

|  |     |
|--|-----|
| XXIV.—Donde cambian mis ideas...                 | 227 |
| XXV.—En Moscú.....                               | 238 |
| XXVI.—Macha.....                                 | 241 |
| XXVII.—Los perdigones.....                       | 246 |
| XXVIII.—Historia de Karl Ivanovitch.             | 253 |
| XXIX.—Continuación.....                          | 261 |
| XXX.—Continuación.....                           | 268 |
| XXXI.—Tengo un 1.....                            | 274 |
| XXXII.—La llavecita.....                         | 284 |
| XXXIII.—La pérfida.....                          | 289 |
| XXXIV.—El eclipse.....                           | 293 |
| XXXV.—Desvaríos.....                             | 299 |
| XXXVI.—A fuerza de ir mal, todo irá<br>bien..... | 308 |
| XXXVII.—El cuarto de las criadas.....            | 319 |



# LA ESPAÑA MODERNA

A partir del 1.º de Enero de 1894, en esta publicación sólo verán la luz escritos de los más ilustres publicistas españoles, ó de extranjeros que se ocupen de asuntos de España, Portugal ó América española.

## CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

Cada tomo formará un grueso volumen en cuarto mayor, de muchísima lectura.

PRECIOS: En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.

En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

---

## REVISTA INTERNACIONAL

---

Esta nueva publicación verá la luz el 15 de cada mes, á partir del año 1894.

El objeto que nos proponemos al publicarla es el dar á conocer en correctas traducciones castellanas las obras más notables que produzca el ingenio humano de ambos mundos.

Las novelas de mayor interés que vayan apareciendo, los estudios de crítica, de filosofía, de jurisprudencia, de bellas artes, historia, ciencia, etc., verán la luz en esta publicación.

## CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

Cada número formará un grueso volumen que contenga tanta cantidad de lectura como cuatro tomos de los que en Francia suelen venderse á 3,50 francos.

PRECIOS: En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.

En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Todas las suscripciones deben partir de Enero ó Julio de cada año. Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

DIRECTOR: J. LÁZARO

## COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

### à tres pesetas tomo.

- 1.—LA SONATA DE KREUTZER, por Tolstoy.
- 2.—EL CABECILLA, por Barbey d'Aurevilly.
- 3.—MARIDO Y MUJER, por Tolstoy.
- 4.—RECUERDOS DE MI VIDA, por Wagner.
- 5.—DOS GENERACIONES, por Tolstoy.
- 6.—QUERIDA, por Goncourt.
- 7.—EL AHORCADO, por Tolstoy.
- 8.—HUMO, por Turguenef.
- 9.—LAS VELADAS DE MEDAN, por Zola.
- 10.—EL PRÍNCIPE NEKHLI, por Tolstoy.
- 11.—RENATA MAUPERRIN, por Goncourt.
- 12.—EL DANDISMO, por Barbey d'Aurevilly.
- 13 y 14.—JACK, por Daudet.
- 15.—EN EL CAUCASO, por Tolstoy.
- 16.—NIDO DE HIDALGOS, por Turguenef.
- 17.—ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 18.—MISS ROVEL, por Cherbuliez.
- 19.—MI INFANCIA Y MI JUVENTUD, por Renán.
- 20.—LA MUERTE, por Tolstoy.
- 21.—GERMINIA LACRETEUX, por Goncourt.
- 22.—LA EVANGELISTA, por Daudet.
- 23.—LA NOVELA EXPERIMENTAL, por Zola.
- 24.—UN CORAZÓN SENCILLO, por Flaubert.
- 25.—EL JUDIO, por Turguenef.
- 26.—LA TEMA DE JUAN TOZUDA, por Cherbuliez.
- 27.—MIS MEMORIAS, por Stuart Mill.
- 28 y 29.—ESTUDIOS JURÍDICOS, por Macaulay.
- 30.—MIS ODIOS, por Zola.
- 31.—LA CASA DE LOS MUERTOS, por Dostoyuski.
- 32.—NUEVOS ESTUDIOS LITERARIOS, por Zola.
- 33.—LA NOVELA DEL PRESIDIO, por Dostoyuski.
- 34.—EL SITIO DE SEBASTÓPOL, por Tolstoy.
- 35.—ESTUDIOS CRÍTICOS, por Zola.
- 36 y 37.—HISTORIA DE AMÉRICA, por Campe.
- 38.—EL SITIO DE PARÍS, por Daudet.
- 39.—MARTÍN ALONSO PINZÓN, por José María Asensio.
- 40.—AMORES FRÁGILES, por Cherbuliez.
- 41.—MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE.
- 42.—ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA CRIMINAL, por E. Ferri.
- 43.—CASA DE MUÑECA, por Enrique Ibsen.
- 44.—LA ELISA, por E. Goncourt.
- 45.—ANTROPOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA, por Lombroso.
- 46.—NOVELAS DEL LUNES, por Alfonso Daudet.
- 47.—EL REY LEAR DE LA ESTEPA, por Turguenef.
- 48.—LOS COSACOS, por el Conde León Tolstoy.
- 49.—TRES MUJERES, por Sainte-Beuve.
- 50 y 51.—EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por Zola.
- 52.—IVAN EL IMBÉCIL, por Tolstoy.
- 53.—LOS APARECIDOS Y HEDDA GABLER, por Ibsen.
- 54.—EUGENIA GRANDET, por H. Balzac.

- 55.—RAMILLETE DE CUENTOS, por varios autores.
- 56 y 57.—MEMORIAS INTIMAS, por Ernesto Renán.
- 58.—EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por E. Caro.
- 59.—CARTAS DE MI MOLINO, por Alfonso Daudet.
- 60.—UN DESESPERADO, por Iván Turguenef.
- 61.—LA FAUSTIN, por E. de Goncourt.
- 62.—PAPA GORIOT, por H. de Balzac.
- 63.—EL CANTO DEL CISNE, por Tolstoy.
- 64.—UN IDILIO DURANTE EL SITIO, por Francisco Coppée.
- 65.—EL SUICIDIO Y LA CIVILIZACION, por E. Caro.
- 66.—FILOSOFIA DEL ARTE (La pintura en Italia).
- 67 y 68.—LOS NOVELISTAS NATURALISTAS, por Zola.
- 69.—TERNEZAS Y FLORES.—AYES DEL ALMA.—FÁBULAS, por Campoamor (tomo I de sus obras completas).
- 70.—SALONES CELEBRES, por Sofia Gay.
- 71.—EL CAMINO DE LA VIDA, por Tolstoy.
- 72.—EL HIPNOTISMO, por Lombroso.
- 73.—NUEVOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGIA CRIMINAL, por Lombroso.
- 74.—LA PINTURA EN LOS PAISES BAJOS, por Taine.
- 75.—PLACERES VICIOSOS, por Tolstoy.
- 76.—URSULA MIROUET, por Balzac.
- 77.—EL DINERO Y EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 78.—ESTUDIOS ESCOGIDOS, por Arturo Schopenhauer.
- 79.—DOLORAS, CANTARES Y HUMORADAS, por Campoamor (tomo II de sus obras completas).
- 80.—PRIMER AMOR, por Turguenef.
- 81.—EL TRABAJO, por Tolstoy.
- 82.—TESORO DE CUENTOS, por varios autores.
- 83.—APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS, por César Lombroso.
- 84.—LA PERLA NEGRA, por V. Sardou.
- 85.—MI CONFESIÓN, por Tolstoy.
- 86 y 87.—EL DOCTOR PASCUAL, por E. Zola.
- 88.—LA CONQUISTA DEL PAN, por Kropotkin.
- 89.—AGUAS PRIMAVERALES, por Turguenef.
- 90.—LOS HAMBRIENTOS, por Tolstoy.
- 91.—PAULA MERE, por Cherbuliez.
- 92.—OBRAS COMPLETAS, de Augusto Ferrán.
- 93.—META HOLDENIS, por Cherbuliez.
- 94.—¿QUE HACER? por Tolstoy.
- 95.—LO QUE DEBE HACERSE, por Tolstoy.
- 96.—EL ARTE EN GRECIA, por Taine.
- 97.—BAJO LAS BOMBAS PRUSIANAS (el sitio de París), por Teófilo Gautier.
- 98.—DEMETRIO RUDÍN, por Turguenef.
- 99.—LA VIDA DICHOSA, por Lubbock.
- 100.—TARTARIN EN LOS ALPES, por Daudet.
- 101.—EL IDEAL EN EL ARTE, por Taine.
- 102.—COSTUMBRES LITERARIAS, por Caro.
- 103.—VIAJE A ITALIA, NAPOLES, por Taine.
- 104 y 105.—VIAJE A ITALIA, ROMA, por Taine.
- 106.—VIAJE A ITALIA, FLORENCIA, por Taine.
- 107.—VIAJE A ITALIA, VENECIA, por Taine.



- 108.—VIAJE A ITALIA, MILÁN, por Taine.  
 109.—ESTUDIOS PENALES Y SOCIALES, por Tarde.  
 110.—VENGANZA DE UNA MUJER, por Barbey d'Aurevilly.  
 111.—CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.  
 112.—LA QUIEBRA DE CÉSAR BIROTTEAU, por Balzac.  
 113.—MI INFANCIA, por Tolstoy.

## NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene los siguientes

### ARTICULOS

Sopas de ajo (cuento), por el *Doctor Thebussem*.—El collar de perlas (cuadro árabe), por *Manuel del Palacio*.—Virtudes premiadas (novela), por *J. Octavio Picón*.—El poder de la ilusión (poema), por *Ramón de Campoamor*.—El mechón blanco (cuento), por *Emilia Pardo Bazán*.—Tisis poética (leyenda), por *José Zorrilla*.—Chucho (agua-fuerte), por *A. Palacio Valdés*.—La risa del payaso (cuento), por *Emilio Ferrari*.—El novenario de ánimas (cuento), por *Narciso Oller*.—Placidez (cuento), por *Eugenio Sellés*.—La condesa de Palenzuela (cuento), por *Antonio de Valbuena*.

Contiene más de 200 grabados, y es el libro más bonito é interesante que ha visto la luz en España.

Precio: tres pesetas.

## OBRAS DE DERECHO

*La casa de los muertos (La cárcel)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.—*La novela del presidio*, por id., 3 id.—*La cuestión de la pena de muerte*, por Carnevale, 3 id.—*El visitador del preso*, por Concepción Arenal, 3 id.—*El duelo y el delito político*, por G. Tarde, 3 id.—*El delito colectivo*, por Concepción Arenal, 1,50 id.—*Estudios jurídicos* por Macaulay (dos tomos), 6 id.—*Antropología criminal* por E. Ferri, 3 id.—*Antropología y psiquiatría* por Lombroso, 3 id.—*El suicidio y la civilización*, por E. Caro, 3 id.—*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, 5 id.—*La administración política y la administración social*, por Posada, 5 id.—*El derecho de gracia*, por Concepción Arenal, 3 id.—*La criminalidad comparada*, por G. Tarde, traducción, prólogo y notas por A. Posada, 3 id.—*El hipnotismo*, por Lombroso, 3 id.—*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferri, 3 id.—*La nueva ciencia jurídica*, dos grandes volúmenes, 15 id.—*La criminología*, por Garofalo, un tomo, 10 id.—*Indemnización a las víctimas del delito* (segunda parte de *La Criminología*), por Garofalo; traducción, prólogo y notas de Dorado Montero, 4 id.—*La génesis y la evolución del Derecho civil*, por J. D'Aguianno, 15 id.—*La Justicia*, por Spencer, 9 id.—*Derecho internacional privado*, por T.-M.-C.-Asser y Rivier, 6 id.—*Derecho internacional público*, por Neumann, 6 id.—*Las Instituciones eclesiásticas*, por Spencer, 6 id.—*Las Transformaciones del Derecho*, por Tarde, 6 id.



## VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

|   |        |
|---|--------|
| Jorge Sand, por E. Zola.....                                | 1 pts. |
| Victor Hugo, por id.....                                    | 1 »    |
| Balzac, por id.....   | 1 »    |
| Daudet, por id.....   | 1 »    |
| Sardou, por id.....   | 1 »    |
| Dumas (hijo), por id.....                                   | 1 »    |
| Flaubert, por id.....                                       | 1 »    |
| Chateaubriand, por id.....                                  | 1 »    |
| Goncourt, por id.....                                       | 1 »    |
| Musset, por id.....   | 1 »    |
| El P. Coloma, por E. Pardo Bazán.....                       | 2 »    |
| Núñez de Arce, por M. Menéndez y Pelayo.....                | 1 »    |
| Ventura de la Vega, por Valera.....                         | 1 »    |
| Gautier, por Zola.....                                      | 1 »    |
| Hartzenbusch, por A. Fernández-Guerra.....                  | 1 »    |
| Cánovas, por Campoamor.....                                 | 1 »    |
| Alarcón, por E. Pardo Bazán.....                            | 1 »    |
| Zorrilla, por I. Fernández Flórez.....                      | 1 »    |
| Stendhal, por E. Zola.....                                  | 1 »    |
| Martínez de la Rosa, por M. Menéndez y Pelayo.....          | 1 »    |
| Ayala, por Jacinto Octavio Picón.....                       | 1 »    |
| Tamayo, por I. Fernández Flórez.....                        | 1 »    |
| Trueba, por Becerro de Bengoa.....                          | 1 »    |
| Lord Macaulay, por Gladstone.....                           | 1 »    |
| Sainte-Beuve, por Zola.....                                 | 1 »    |
| Concepción Arenal, por P. Dorado.....                       | 1 »    |
| Enrique Heine, por Gautier.....                             | 1 »    |
| Ibsen, por L. Passarge.....                                 | 1 »    |
| Taine, por Bourget.....                                     | 0,50   |
| Bretón de los Herreros, por el marqués de Molins.....       | 1 »    |
| Campoamor, por E. Pardo Bazán.....                          | 1 »    |
| Fernán-Caballero, por Asensio.....                          | 1 »    |
| Zola, por Maupassant y Alexis.....                          | 1 »    |
| Eugenio Mouton ( <i>Merinos</i> ), por Gastón Bergeret..... | 1 »    |